

冊





Año XII Tomo XXIX Núm. 115

008/831(007)

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

1935
/



127

SUMARIO

Mauricio Fabry	<i>Puntos de vista</i>
Ricardo Tudela	<i>Escritores vistos por un escritor soviético</i>
Alfonso Reyes	<i>El pulso secreto</i>
Lautaro Yankas	<i>Mallarmé en castellano</i>
Prof. Dr. Alcibiades Santa Cruz	<i>Camorrita</i>
Ricardo Dávila	<i>La flora extranjera y el clima de Chile</i>
Emillo Cuervo Márquez	<i>Portales, por don Francisco A. Encina</i>
	<i>José Asunción Silva (I)</i>

SEÑALES — LOS LIBROS — ASTERISCOS — NOTAS DEL MES
LIBROS RECIBIDOS — INDICE DEL AÑO 1934

Precio \$ 3.50

Enero de 1935

Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA.—LUIS D. CRUZ OCAMPO
FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para fran- queo.	
Suscripción a los países extranjeros excep- to Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA NASCIMENTO

SANTIAGO
Ahumada 125
Casilla 2298

CONCEPCION
Barros Arana 800
casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLISHED
BY THE AMERICAN
ASSOCIATION OF TEA-
CHERS OF SPANISH.

**STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA**

AMERICA

Revista de Cultura
Indoamericana

Publicación Trimestral del
GRUPO AMERICA



Encargados de la Dirección:

Alfredo Martínez
Augusto Arias
Antonio Montalvo.



Dirección Postal

GRUPO AMERICA

Casilla 75 :: Quito, Ecuador. S. A.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras,
fundada en 1918



Director Fundador

Víctor Andrés Belaunde

APARTADO NUM. 176

LIMA PERU

LEONARDO

Rassegna Bibliográfica
diretta da

FEDERICO GENTILE

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

MILANO (111)

NOSOTROS

Revista Mensual de Letras,
Artes, Historia, Filosofía y
Ciencias Sociales

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI
ROBERTO F. GIUSTI

Secretario:

EMILIO SUAREZ CALIMANO

LAVALLE, 1430 - BUENOS AIRES

República Argentina

REPERTORIO

AMERICANO

Semanario de Cultura
Hispánica

DIRECTOR

JOAQUIN GARCIA MONGE

APARTADO 533

San José de Costa Rica

CENTRO AMERICA

TRAPALANDA

UN COLECTIVO PORTEÑO

CRITICA,
INFORMACION,
BIBLIOGRAFIA

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

Rivera Indarte 1030

BUENOS AIRES

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre
la aplicación del Cine a la educación en
cada una de sus ramas (universitaria,
primaria, secundaria, agrícola), así a la
científica como a la popular, y a la hi-
giene social. Se publica en cinco edicio-
nes: inglesa, francesa, italiana, española
y alemana.

Director:

Doctor LUCIANO DE FEO

Dirección:

Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española:
dólares 4; pesos chilenos, 32.

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XII

Enero de 1935

Núm. 115

Puntos de vista

1935

La fecha no evoca nada. La cifra se cierne vacía de contenido. Pero la esperanza, como en la caja de Pandora, está viva y oculta. Tal es el sino. El año literario fecundo que acaba de pasar, promete también un año tanto o acaso más fecundo. Quizá si la saturación nos impida, como en otro tiempo, entender que a mayor cantidad de libros sucede una mayor atonía, porque el que nunca ha podido satisfacer su hambre, al tener cerca el alimento, sufre de hartazgo. 1935 verá muchas cosas. Entre ellas quisiéramos desde luego, el término de esa guerra monstruosa del Chaco, que no es sino la negación de la cultura americana, por la que tanta tinta se ha derramado.

Pedíamos en esta misma página, no hace mucho, una acción conjunta de todos los hombres de pensamiento de América, para iniciar una cruzada que pusiera término a ese duelo inútil, del cual sólo serán las víctimas seguras las mujeres y los niños. Aparte de la hemorragia económica, y de la otra, ya inevitable, quedarán los ejércitos pacíficos de mutilados, los escuadrones harapientos del hambre, vagando por las soledades de la meseta y por los caminos palúdicos de la zona chaqueña.

¿Y todo para qué? Por un pedazo de tierra en un continente que padece de sobra de tierra. Como si la población de esos países fuera mucha, se han aniquilado miles de hombres. Falta población

en América, para conquistar sus riquezas naturales, para desventrar los cerros que ocultan sus tesoros, para limpiar las vastas estepas vírgenes. Falta hombres. Pero hay una zona de América, un rincón, en el que los hombres necesarios están matándose, ante la indiferencia de los vecinos. ¿A quién beneficiará esta guerra bárbara? He ahí el problema.

El protocolo estéril de las cancillerías, no ha sido capaz sino de lo único que carece de eficacia: la redacción de notas. La Liga de las Naciones ha empleado largas sesiones en discutir lo baladí. Los ejércitos continuaban aniquilándose. 1935 comienza con el mismo cuajarón de sangre adherido a sus cifras. Inicia su andar pausado por entre cadáveres insepultos, por entre fragmentos de cuerpos destrozados. El grito de los vencedores, en las alternativas de las batallas, no alcanza a apagar ese otro grito más hondo y desgarrante que brota de las entrañas de las mujeres condenadas a la muerte en vida, y el de los niños famélicos.

En las salas decoradas de Ginebra, los hombres protocolares sentados en círculo, discuten pacífica y cómodamente. A miles de kilómetros mueren por lo que ignoran, por lo que acaso no comprendan, miles de hombres jóvenes... En las cancillerías americanas, se discute del mismo modo que en Ginebra. Paz... Paz... Palabra sin sentido, en América, mientras no se ponga término efectivo a ese bárbaro conflicto.

La revista "Nosotros"

Este drama se repite cada cierto tiempo en los países americanos. Un drama sin más actores que el de unos cuantos espíritus ansiosos de detener la cruenta voluntad del tiempo sin grandeza. A veces el drama pasa inadvertido. Comienza casi en el momento de iniciarse la obra. Otras, dura algunos actos que son años bien vividos y sacrificados al ideal. Nunca el drama como ahora había alcanzado veintiocho actos. Veintiocho años, digamos de una vez. La revista «Nosotros», que fué la expresión más genuina del pensamiento argentino, que soportó todos los embates en el más tormen-

tosos de los tiempos sociales y políticos del siglo, acaba de lanzar su último número. Cierra «Nosotros» una fecunda etapa. Rinde, no por voluntad propia, sino por la fuerza de los acontecimientos, superiores a la voluntad del núcleo de entusiastas escritores que la mantuvo viva, su existencia de gran revista americana.

Hemos dado vuelta en nuestras manos el volumen doble que lleva en un ángulo de la tapa la cifra sugestiva N.º 299-300. Año XXVIII. Comprendemos que es como decir adiós a una etapa entera de la vida intelectual argentina. En las páginas de «Nosotros» colaboraron desde todas las tierras de América, pero especialmente colaboró el pensamiento argentino. Sus páginas revisaron, sin sujeción a doctrinas o escuelas, todas las corrientes intelectuales de más de un cuarto de siglo. Parecía destinada a sobrevivir a los mismos que la habían fundado. Quizá a la generación que le había sostenido sin debilidades, soportando los sacrificios que son inherentes al mantenimiento de una publicación eminentemente intelectual. Pero no se avanza con tal responsabilidad en estas regiones, sin contraer compromisos de difícil cumplimiento. «Nosotros», para continuar en su gallarda tarea, debía afrontar las urgencias económicas. Un llamado hicieron sus directores, suspendiendo momentáneamente la publicación, a partir del N.º 298. Respondieron todos los escritores de la vecina república. Pero eso no bastaba. Ellos carecían de la fuerza necesaria para no dejar morir la revista. El público culto, para el cual sin duda en los tiempos menos urgidos de la revista, constituía ésta un timbre de orgullo, si algún extranjero interrogaba acerca de las publicaciones argentinas de calidad, guardó silencio. No acudió al llamado urgente. Y la dirección decidió, entonces, lanzar su último volumen como un auto de fe, de singular importancia para la historia de las letras argentinas.

Decimos de alta importancia, porque «Nosotros»—según lo expresa la nota editorial de la que copiamos este párrafo—«supo responder dignamente al llamado de la opinión argentina, creando en torno suyo un rico y fecundo movimiento intelectual, y dando nom-

bre—por el consenso de muchos críticos ilustrados—a una generación y a una época de nuestra cultura, cuyo valor y cuyos frutos, mejor que los contemporáneos, juzgará el porvenir. Son trescientos números, son 81 tomos, son decenas de miles de páginas que han circulado en casi medio millón de ejemplares. Páginas de distinto valor, expresión de la cultura argentina en sus manifestaciones más nobles y destacadas; por tanto, desiguales como ella y con sus naturales imperfecciones. En ellas se leen las inquietudes, las esperanzas, los anhelos, de este cuarto de siglo bárbaramente sacudido, removido, y quebrado por la guerra y la revolución; es de creer que estas palabras, que hoy a algunos pueden parecer muertas, despertarán ecos de simpatía en la inteligencia y en el corazón de los lectores e investigadores».

Exacto. Y por serlo, es aún más lamentable la desaparición de «Nosotros», que fué alta tribuna del pensamiento y de la intelectualidad argentinos.

Mauricio Fabry

Escritores vistos por un escritor soviético ⁽¹⁾



ON doce ensayos de Ilya Ehrenbourg. El más antiguo data de diciembre de 1932 y el último de hace pocos meses. Pero no es una recopilación invertebrada de artículos. Se presentan más bien como gavilla duramente atada; todos estos escritores están vistos desde un mismo punto: ¿Qué valor humano tienen las obras de los literatos hoy más famosos?, se pregunta Ehrenbourg. ¿Qué resonancia humana dan Duhamel, Maurois, Mauriac, Morand, Romain, Unamuno? Ninguna, o casi ninguna.

Ehrenbourg es un polemista mordaz, bien lo saben los lectores de la sátira del mundo de los negocios, titulada: «10.C.V.», grueso tomo de cuatrocientas páginas que todos hemos tragado de un solo aliento, agarrados por su andar endiablado, su ritmo vertiginoso.

(1) El autor de este artículo es un joven escritor belga que vive desde hace algún tiempo entre nosotros. «Atenea» ha publicado algunas colaboraciones que denotan, desde luego, un espíritu muy agudo y una rica cultura literaria.

Un Ehrenbourg (al igual que un Leon Daudet, un Leon Eloy o un Georges Bernanos) no trata de convencernos por medio de rigurosos raciocinios; sencillamente nos contagia su fiebre. La calidad esencial de un polemista es la alegría de pegar. Por supuesto, esta alegría no basta, pero de ella no se puede prescindir. Y, por supuesto también, una vez cerrado el libro, el lector vuelve en sí, discute con el autor, trata de recobrar el terreno invadido por el aluvión. Y es entonces cuando sabemos si esa obra tan divertida, es divertida sin más, si son sólo «verba et voces», o si encierra alguna realidad, alguna novedad, o alguna fe.

Así hemos leído los retratos que ha burilado Ehrenbourg. No nos acordábamos de protestar cuando decía: «En la vida, Mauriac conoce una sola cosa: la podredumbre. Su tema es la carne en descomposición, la carroña que verdeguea. Es un valiente sepulturero. Conduce al cementerio los cuerpos de los bubónicos».

Paul Morand: «El libertinaje se aliaba con la desesperación. Así nacieron los primeros cocteles. Así nacieron los salones bolchevisantes, que confundían la Revolución de octubre con las síncopas del jazz. Los proyectos de rascacielos, los versos de Cocteau, las sillas en que nadie se puede sentar, el culto del freudismo y la espera de la catástrofe inminente, todo eso nos lo servían con los cocteles, como señas de la Revolución del espíritu. Las cosas, con preferencia, se hacían de noche: «Abierto de noche» o «Cerrado de

noche». Uno de sus libros se titula con más franqueza aun: «La Europa galante».

André Maurois: «Es el escritor de esa Francia que vota por los republicanos, que come pato «a la rouennaise», y que hace su siesta en butacas cuidadosamente enfundadas. Para sacarla de su somnolencia, no hay sino las intrigas del Parlamento o los crímenes sensacionales..... El curso de la historia se le figura un agradable paseo en las avenidas de Vichy o de Vitel. Esa Francia, nadie la cantará mejor que André Maurois».

Para Ehrenbourg, cuando George Duhamel vitupera la invasión de la maquinaria, personifica el espíritu reaccionario de ese país donde «cualquier tentativa de agresión contra un vestigio del pasado—aunque sea un urinario—provoca general indignación..... Las vejeces, Duhamel las quiere, no como un arqueólogo, sino como un padre de familia fiel a las tradiciones».

En cuanto a Unamuno (el único escritor no francés estudiado en este libro), reconoce que es un poeta y un filósofo sutil, que supo, además, hace diez años, rebelarse contra la dictadura, y, ya viejo, llevó en exilio la vida de estudiante pobre. ¿Pero ahora? Ahora escribe artículos moderados para «El Sol». Este hombre, que parecía atraído por todos los extremos, ya no es en política ni realista, ni anarquista: está instalado confortablemente en el Centro. No ha visto que en nuestro tiempo «no se encuentran terrenos neutrales»; no los hay

siquiera en aquel mundo superior donde quiere vivir el filósofo Miguel de Unamuno».

Ehrenbourg tiene indulgencia—y admiración—sólo para André Malraux y André Gide. Malraux, autor de «La Condición Humana» y último premio Goncourt, le parece demasiado complejo, «los héroes de su novela tienen un espiritualismo insólito», ratiocinan demasiado; pero en una reunión pública, Malraux ha declarado hace poco: «Si estalla una guerra, debemos saber que no tenemos sino una patria: La Unión Soviética. Nuestro sitio está en las filas del Ejército Rojo».

¿Y Gide?—Su ruidosa conversión al comunismo es el último escándalo con que ha regalado a sus admiradores. Ehrenbourg entona un ditirambo en su honor. (Pero, ¿quién sabe qué sorpresas el demoníaco Gide puede todavía reservarle?). Estos últimos ensayos sobre Malraux y Gide son para mi gusto los más débiles. Ehrenbourg maneja con más destreza el látigo que el incensario. Y nos imaginamos los alegres latigazos que hace algunos años habría dado a Gide: temas le sobaban: podía elegir entre el esteta sensual de las «Nourritures Terrestres», el protestante malgré lui, de «La Porte étroite», o el doctor en inversión de «Corydon».

Acabamos el libro, y ya hemos empezado a discutir con el autor, a sacudir el hechizo de su voz apasionada. Pero, reflexionando, venimos a pensar y debemos confesar que estas sátiras encierran ierta verdad. Es innegable que no se concilian los artículos en que François Mauriac afirma que la religión y la familia son

el mejor amparo del progreso moral de la humanidad, y las novelas del mismo autor, donde los miembros de esa sociedad fundada en la religión y en la familia, se retuercen horriblemente, como «un nido de víboras». Reconozcamos también, que los juegos malabares de las «Noches» de Morand, que tanto nos divertían hace una docena de años, hoy nos fastidian; pues, ¿a quién no fastidia la habilidad casi manual de una frase como ésta, tomada al azar: «Manuscritos y títulos al portador, atados con cintas de sosténsenos»? Tampoco disimularemos que las «Querellas de Familias» y otras homilias de Duhamel son latosas. ¿Y Proust? Proust, que «ha demostrado que se pueden llenar veinte páginas con la descripción de un kimono», Proust, de quien un amigo nuestro dice: «pongo por axioma que nadie ha leído las obras completas de Proust» Por fin, los surrealistas, que se proclaman jóvenes, representan la literatura en liquefacción, ya mal oliente.

Pero, dirá el lector, ¿y los grandes temas líricos? esos temas eternos,—el amor, la muerte, la naturaleza— que inspiraron a todos los poetas de todos los tiempos?... Ya no hay poetas: el último murió mucho antes que Monsieur Valery ingresara a la Academia.

De verdad, hay un acento sincero y algo trágico en el grito de Ilya Ehrenbourg: ¡Abramos las ventanas! El ambiente de esa literatura burguesa, agachada hacia el pasado y repantigada en un presente más o menos confortable, se vuelve irrespirable. ¡Abramos las ventanas! La literatura francesa actual no data de la última guerra, como lo cree Jean Richard Bloch. Es una vieja,

que nació con la revolución francesa y que hoy se halla vacía de toda substancia. En el mundo burgués que se sobrevive y que no se resigna a morir, el pensamiento está ya jubilado. Todos los temas están agotados. Será preciso un mundo nuevo, para que nazca una literatura nueva, joven y ardiente.

Aquí hay que citar textualmente: «La vida de la literatura es más breve que la vida de la sociedad; nace solamente cuando en vez del olor de cal y de pintura, se establece la atmósfera pesada de las piezas habitadas; y muere mucho antes de la catástrofe». ¿No fué acaso el destino de la literatura latina y de la literatura clásica francesa?

Según Ilya Ehrenbourg, ya empezó un gran interregno de la literatura: la burguesa ha muerto, la proletaria no ha nacido todavía, pues, «los Balzac y los Tolstoi no nacen en los talleres. Vendrán en su tiempo».

Ps.—Escritas estas líneas, nos tocó oír una charla de Vicente Huidobro ante un grupo de estudiantes, que se proclaman soviéticos. Huidobro trató de justificar la literatura pura (la propia por supuesto) y de darle un sitio preferente en la sociedad marxista. A pesar de estar su auditorio compuesto por definición de intelectuales, tuvo poco éxito; todo el entusiasmo se desvió hacia la señorita Brum, poetisa uruguaya, que, por cierto, no aspira al arte puro: sus composiciones son un llamado a las armas. Lo cual nos convence que en cualquier sociedad, burguesa o proletaria, andarán siempre divorciados el arte y la política, el ensueño y la acción.

Ricardo Tudela

El pulso secreto

DEL ARTE



Vitalidad del arte, que entrefunde sus latidos con el latido vital. Pensar que podemos morir, y morir en nosotros mismos; crearnos después, arte de nuestra filosofía, sin llorarnos, sin calumniar la felicidad que no llega.

*

Sensualidad del arte, que nos aligera de la baja sensualidad de nuestros instintos.

*

No te dejes para después. El latido del instante presente es tu suprema obligación.

*

¿Qué es el arte? Una espera de nosotros mismos. Podremos andar en todas las cumbres; al calor de la

marcha recibiremos el latigazo de todos los vientos. Siempre será el mismo camino. El arte—el alto, el auténtico—no coincide sino en aquello que ajusta o rebalsa las fuerzas vitales, esto es, en la hondura incluyente y creadora del hombre.

•

Es claro: el arte, el arte puro, ahondador, no consiste en decir sino en hallar. Tiene el hombre un hombre inédito y es más artista cuando más lo remueve. Por eso, el problema de toda vitalidad estética—de la ardiente, dolorosa, frenética y sobrehumana vitalidad—es un «crecimiento» interior, una porfía encendida y dramática entre la vida y la cultura.

•

He aquí la fuerza de todo verdadero artista: *saber esperarse*. El alma creadora tiene sus tiempos intermedios y sus tiempos definitivos. Aquel que mejor se espera obtiene el hallazgo más alto. Esperarnos constituye una clase de alegría incauta y un drama secreto, vitalizante.

•

Quizás nos quedemos muchas veces sin nosotros mismos, pero es para mejor enderezar la energía; parece que todos los minutos colaboran en la obra que no quie-

re llegar. Y cuando ésta amanece, no viene sola, sino que nos trae para sabernos y profundizarnos...

*

El exceso de calor o el exceso de frío, en arte, asusta a la gente. Sin embargo, en tales extremos crecen el genio y la obra maestra.

*

Los que triunfan rápido, los adoradores del éxito, son los tibios. Como no alteran el clima común ni se enfrentan con la comodidad ajena, se les aplaude fácilmente. Pero esa facilidad les desconecta el espíritu de las fuerzas profundas del arte.

*

Existe un misticismo de la forma: el que logra transparentar lo eterno a través de la palabra.

*

Eternidad inalcanzable, por supuesto. Para ello harían falta el artista deshumanizado a fuerza de humanidad y un arte tan en consonancia con las leyes interiores, que el lenguaje, descarnado y etéreo, sería solo una resonancia, cierta especie de reflujo verbal sobre las líneas y los planos de sugerencia...

Firmeza y embriaguez: he ahí el secreto vital y las vastas posibilidades del verdadero artista.

EL HOMBRE

Juzgar a un hombre por lo que dió, es cobardía; juzgarlo por lo que no dió, indecencia. El saldo humano está más allá de las generaciones, en sentido ulterior del espíritu.

Tenemos un combate y un hombre que realizar. Porque lo sabemos somos inquietos. Esa universalidad es la tragedia recóndita y el trance perenne en que la vida unifica sus jerarquías.

Nuestras obras son incompletas y no resumen sino débiles porciones de nosotros mismos. Esto explica que se conozca tan poco la naturaleza interior. Por grande que sea el hallazgo—toda creación de verdad lo es—apenas si trasunta algunos estados del «hombre» que somos.

Hay razones más poderosas en toda criatura. Esas razones, como es claro, están más allá de la acción. El

mundo quiere definirnos por la obra y por eso se equivoca con harta frecuencia. El hombre auténtico lucha más hondo y se mira crecer en la batalla de cada minuto.

*

Ese hombre es el porvenir del mundo y el patrimonio de la nueva sociedad. Acaso combate solo. Hace falta que así sea. Hallazgo y crecimiento son los centros magnéticos de la voluntad y nada puede superarlo sino su sed de superación.

*

Cada hombre, puesto en su insubstituible ubicación, sabe que para morir hay que crecer; de esa manera persigue equivalencias intrínsecas que han de animar otros mundos. De ahí que el hombre creador sea hombre de excelencias metafísicas: necesita abandonar lo vital en homenaje estético de la esencia.

*

Cada hombre tiene el pudor de sus propias caídas. Porque no las merece le duelen tanto. Dos cosas luchar en cada uno: lo que no se es y lo que se deja de ser. Mas, en ambos extremos corremos riesgo de perder el día creador. Un retorno, pues, es una activa ratificación del espíritu, tanto más pura cuanto más se enciende en el pulso exacto del minuto que se vive.

*

A veces el corazón humano es como el agua de la acequia: cuanto más turbia, más fecundiza.

*

Ignorar ciertas cosas, ¿quién puede afirmar que no sea también sabiduría?

*

Reconozcamos que es humano cansarse; cansarse y perder la esperanza. El alma del hombre conoce esas miserias y, por eso mismo, necesita convertirlas en aliadas de su lucha.

Pero entendámonos: cansancio no es abandono. Los cansados persisten, retoman la senda, consiguen al fin la victoria. El desertor cesa de dar en el clavo. Por eso podríamos cansarnos y continuar siendo fuertes. La renuncia, en cambio, cierra la puerta del mundo que habíamos creado; pudiendo reconquistar la energía, dejamos que nos sacudan todos los vientos.

*

Toda grandeza encierra un tesoro profundo de embriaguez: aquella que inflama el arrebatado del corazón inspirado.

*

La esencia del hombre parece que se encuentra más en sus contrasentidos que en su armonía interior. ¿Alguna prueba? El que prefiera más compadecer que admirar. Y se explica: por la admiración creamos; cosa que no ocurre con lo compadecido, porque, al estar en la desgracia, es lo «antihumano . . . »

EL DOLOR

Hemos querido llorar sobre todas las fisonomías: el alma se ha rehusado. ¿Cobardía? No: ¡intrepidez! Cuando el desengaño desmenuza el mundo de los fenómenos, surge una fuerza infaltable que crea nuevos mundos sobre el escorial de la esperanza: la intuición.

*

Hay días que amanecemos con deseos irresistibles de inventariarnos por dentro; parece que el negocio anduviera mal, que estuviéramos por presentarnos en quiebra . . .

*

Es fea la caída; pero ¡cuánta humanidad hierve en el fondo!

El dolor es también voluntad, y acaso la que más ejercitamos en la vida.

*

Lo profundo de nuestro dolor es nuestra propia realidad: alcanzarla, emanciparla, conectar con ella cuanto «es» desde siempre, puede y debe ser el gran comercio espiritual para cada uno.

*

La naturaleza quiere voluntades sometidas y el dolor las excita para libertar el alma. Sufrir, así, es cierta alegría intrínseca, esotérica: gozo penoso que vive de lo sobrehumano del silencio.

*

Pero la vida, en cuanto vida, se crea substancialmente por una sobrerrealidad: la muerte. La organización exterior de la vida no hace sino confirmar esa presencia metafísica del morir. De esa manera, entre amor y dolor actúa ese «hnésped» de nosotros mismos, la pavorosa, humanizadora y substancial libertad de la muerte.

*

Cada hombre lleva en sí mismo una terrible espera. Quisiera ser lo cabal y apenas si alcanza ciertas transparencias consoladoras. Eso le vuelve meditativo donde debiera exaltarse. No lo sentimos demasiado. El hom-

bre que está en espera de su hombre interior remueve sus posibilidades recónditas: es substancialmente la fuerza de su liberación.

*

Perseguimos, aún en los peores momentos de desolación, un sentido esencial de completación. Por eso sin duda dijo Hebbel que éramos tan pequeños como nuestra dicha y tan grandes como nuestro dolor. Esa completación enarca sobre nuestra voluntad la eficacia del ensueño, que sirve en la embriaguez de la energía. «Cambio de agonías como de vestimentas»—dice el admirable verso de Walt Whitman. Esas agonías son nuestros propios aspectos, la fuerzas desconocidas que impulsan lo que aun no somos.

*

El espíritu quiere crecer en lo que dice—crecer y sangrar, para mejor crecer—y nada reconforta y unifica el acto puro como la vida puesta a rojo vivo sobre el dolor.

*

Ni tú, ni yo, ni los otros poseemos sino una verdad a medias. Esto mismo constituye la gran esperanza para integrar esa verdad cabal que esperamos. El combate humano no es otra cosa que una porfiada concentración sobre el fondo permanente de la vida. Las contingen-

cias determinan cuantos procesos necesite la naturaleza, pero la lucha es siempre directa entre existencia y esencia.

*

Levantemos la fuerza auténtica de la vida, ¡vivamos! Entre dolor e intuición siempre habrá un promedio de vida profunda. La vida recoge sus propias enseñanzas y somos nosotros quienes debemos trasmutarlas en la substantividad del sentido interior.

Mallarmé en Castellano



Estas notas, seguramente, no agotan la materia. En todo caso creo no haber omitido ninguna traducción importante. Debo la mayoría de mis datos a Enrique Díez Canedo; y de las omisiones sólo respondo hasta donde es justo, dada la escasez de nuestros repertorios bibliográficos, sobre todo en literatura moderna.

En tiempos en que todo gacetillero de Francia se consideraba con derecho a burlarse de Mallarmé, corrían por las redacciones algunos juegos de palabras como éste, que trae Poizat: Il a un Henry de Régnier au plafond, c'est pourquoi il est Mallarmé pour la lutte. La tendencia al juego de palabras es endémica en español, y hasta hay momentos en que parece subir a categoría de tradición literaria. Un día, cuando yo era periodista en Madrid, el caricaturista Bagaría llegó con la nueva de que Nilo Fabra, aquel pobre Nilo de las «inundaciones periódicas», como decían sus amigos, estaba traduciendo a Mallarmé. Bagaría se equivocaba: Nilo Fabra traducía apenas a Mérimée (usando la pa-

labra apenas en el sentido portugués). La noticia casi causó escándalo y no faltó, entre la tertulia del Regina, quien comentara: «Yo, al oír esto, la verdad, m'alarmé. Y lo cierto es que casi causa alarma el anuncio de que alguien se atreva a poner las manos en aquellos versos. La poesía de Mallarmé está tan asida a la palabra, que hay temor de que desaparezca al desnudarla para cambiarle túnica. Las palabras de Mallarmé—dice Valéry—son «cuerpos gloriosos», incorruptibles.

Naturalmente, los traductores castellanos han preferido la primera manera de Mallarmé, la más accesible, y se han sentido especialmente atraídos por ciertos poemas. De la Aparición hemos contado no menos de seis versiones y varias también del Suspiro, la Brisa Marina, la Herodiada, las Ventanas. Pero esta regla tiene excepciones: así, Díez Canedo ha traducido, con singular acierto para mi gusto, el Cisne; Cansinos-Assens, Los Dados y el Cántico de San Juan; Bacarisse, la Santa—que, aunque de la primera época, tiene ya el sabor de la segunda—; del Abanico de la señorita Mallarmé, que yo traduje en 1919, había otra traducción anterior en dos años, hecha por José Pablo Rivas, traducción que yo ignoraba entonces; finalmente, Pedro Miguel Obligado ha traducido La tumba de Poe. Aunque el propio Mallarmé nos daba un consejo de cordura traduciendo en prosa los poemas de Poe, las traducciones en verso—donde el esfuerzo tiene que ser más limpio y realizarse más plenamente el aforismo de Whistler: que el trabajo borra las huellas del trabajo—

ofrecen a mis ojos más interés, si bien las más veces lo defraudan. Resulta difícil encerrar en un molde castellano de iguales dimensiones que el molde francés todo el contenido del poema. Esto lo saben cuántos han hecho traducciones poéticas del francés al castellano. Tan noble poeta como Guillermo Valencia ha debido abandonar la uniformidad mallarmeana, mezclando alexandrinos con heptasílabos (lo cual después de todo conservaba el galope rítmico), y se ha conformado con verter los dieciséis versos franceses de la Aparición, en veintidós versos castellanos; y los dieciséis de la Brisa Marina, en no menos de veintiocho. Además, se ha consentido repeticiones y tartamudeos («Como un hada riente—como el hada risueña—como el hada riente»), más propios del estilo de José Asunción Silva que de Mallarmé. Sin contar con que deja disiparse el vigor de la sorpresa en los finales de ambos poemas. Todavía la «vaporosidad de las flores» se le convierte en «vaporosidad de los tallos», y de paso se le caen algunas monedas, como ese tal vez intraducible *chapeau de clarté* y el correspondiente «sol en los cabellos» de la mujer que aparece de pronto frente al poeta. Eduardo Marquina—otro ejemplo de calidad—al traducir el *Placet* (él lo llama *Siglo XVIII*; *Bacarisse*, con mejor acuerdo, lo llama *Instancia*) nos transforma a la Hebe, escanciadora de los dioses, en un enigmático «Hebeo». En otros casos, el simple encuentro de dos traductores sobre igual terreno, produce curiosos resultados: 1.º Ante todo, el primer traductor ejerce atracción sobre el se-

gundo; 2.º El segundo traductor, por huir de esta atracción, se obliga a veces a abandonar el recto sentido; y 3.º Suelen, dentro de un mismo verso, producirse casos combinados de los dos fenómenos anteriores. Quien compare la traducción de *Las Ventanas*, de Marquina, con la que después hizo Maristany, encontrará ejemplos de todo ello. Hay quien se vió en la necesidad de usar la fea palabra «nacencia», en vez de «nacimiento»; cuando significan cosas tan distintas. A tal otro se le escapan versos imposibles, (¡«Ay, que la carne es triste y yo lo he leído todo!» O bien: «Pero ¡oh corazón! Oye cantar los marineros»). Uno pone «salvaje» donde correspondía «fulvo», «flavo» o «leonado»; y dos son los que dan «bestialidad» como traducción de *bétise*. Quien procura «aclarar un poco» a Mallarmé—contradicción en los términos—y quien se permite colaborar con él demasiado, echando sobre los versos el peso de cosas en que el maestro nunca pensó, para lograr así que los versos aterricen en el deseado y seguro suelo del consonante. Tales son las bregas de la traducción, problema irresoluble en principio. Con todo, el conjunto de las versiones de Mallarmé al castellano, daría una pequeña antología llena de un encanto especial, pues no se acerca uno en vano a tan alto modelo. Además, la traducción de Mallarmé tiene que ser fruto de amor, y esto ya es una promesa de deleite poético. El solo hecho de ponerse a la versión de Mallarmé, cuando no sea un arrebató ambicioso, parece un testimonio de probidad literaria, y entre los traductores aquí menciona-

dos, andan algunos de las primeros nombres de nuestra poesía. Por mi parte, yo algo he aprendido en todas estas traducciones, y todas me han servido para las que a mí, de paso y mientras analizaba los versos de Mallarmé, se me iban cayendo de la pluma. Si he señalado reparos, no es con ánimo desdeñoso. Reconozco que es siempre fácil rectificar los detalles, los pasajes aislados, cuando no se tiene el compromiso de hacer la obra total. En prenda de mi buena fe, publico al final mis últimas traducciones, que es confesar del modo más explícito, que yo también tengo de vidrio el tejado, como decía Cervantes.

NUEVAS TRADUCCIONES

No considero como definitiva ninguna de las versiones que propongo a continuación. La traducción poética obliga a retoques constantes. Pero esto no me parece incompatible con el placer de comunicar a los aficionados el estado de mi trabajo en determinado momento. El poeta español Jorge Guillén, uno de los traductores castellanos de Paul Valéry, ha llegado, en su fuero interno, a la idea de que la traducción poética debiera ser obra colectiva, aunque sometida a una dirección general. A esta noción me arrimo, y ofrezco mis disjecta membra al Gran Censor Desconocido que, si no en actualidad, existe ya en estado latente y parece gobernar como desde arriba todos nuestros versos.

Pido al lector de esta traducción que tenga siempre

a la vista los originales franceses y, donde algo no le contente, tire de la pluma y haga por enmendarlo a su modo. Si después quiere darse todavía el trabajo de comunicarme el resultado de sus intentos, es posible que juntos nos aproximemos más al enigma. Yo recuerdo a menudo—y lo llamo el proverbio por excelencia—aquel que Giner de los Ríos aprendió de un campesino disertó:

—Don Francisco: todo lo sabemos entre todos.

SALUDO

Con este poema comienza el libro de versos. Hasta este misterio no se entra de la calle directamente. Fiel al principio que usé en 1919 para presentar al público el *Abanico de Mlle. Mallarmé*, considero indispensable un entrenamiento paulatino de la imaginación, y a ellos nos ayudará una cita oportuna.

Thibaudet explica que el Saludo fué recitado por Mallarmé en un banquete de poetas. Saludo—dice— abre la recopilación de las *Poesías*, y quien vacile en afrontar la obra tendrá, ya sin necesidad de ir más lejos, en esa gotita leve de rocío, la imagen completa de aquel arte... Se experimenta aquí la sensación de estar viendo aquel papel blanco, aquel vacío misterioso donde sólo el poner la pluma y el aplicar el trazo de tinta eran para Mallarmé verdaderos ritos siempre abordados con temor. El verso apenas dibuja la copa que el poeta alza entre los dedos, la copa sobre el va-

cío, sobre el mar—tal vez viviente espuma—literalmente, el penacho hirviente que florece un instante en torno al cristal. Mirad: son imágenes que no se siguen, sino que, como las mismas sirenas, entre una emergencia y una sumersión, ya se zambullen o se llaman, o bien se nos ofrecen de flanco bajo un rayo de luz, ya en coro, ya en bandada. De este leve Murano, el juego poético hace surgir a toda vela un Bucentuario de poetas. Y el Maestro habiendo contado a los suyos con una mirada, se asegura y sonríe. Ved como se dispersa el fino chorro del segundo terceto, y luego carga cerrando la alígera vela. No es una frase: es una constelación de quince palabras (1); y en torno, la página blanca. Otro escritor, goloso de tinta, dibuje personalmente la figura con rasgos gruesos: aquí, para determinarla, han bastado tres puntos como tres clavos de diamante, y con sólo eso queda diseñada la esencia sobre el cielo platónico.

Nada, esta espuma: verso es
Virginal, apenas la copa.
Tal se hunde, lejos, la tropa
De sirenas; cuál, de revés.

Así boga nuestro bauprés,
¡Oh, amigos; mientras yo en la popa,
Vuestra proa en fausto galopa
De invierno y rayos al través.

(1) También en la traducción han resultado quince palabras.—A. R.

En gozosa embriaguez me ayudo.
Y, sin miedo a tumbo y procela,
Os lanzo de pie mi saludo;

—Soledad, arrecife, astro—

A cuanto valgan nuestro rastro
Y el blanco afán de nuestra vela.

Pecados de mi traducción. Introduzco tres nociones nuevas: «bauprés», «procela» y «rastros». Y me asombro de que haya cabido en la traducción más materia que en el original, siendo ambas de igual tamaño. Me disculpo considerando la armonía que estas tres imágenes guardan con las demás del poema. No tuercen un punto la línea de éste, y yo creo que el maestro las hubiera aprobado. En vez de: «Vuestra proa en fausto galopa», pudo decirse: «Vuestra proa fastuosa galopa», pero esto de tres asonantes seguidas a martillazo y, además, un pie sobrante. En efecto, no me siento con fuerzas para deslizar como monosílabo el noble bisílabo «proa» (que es inútil alambicar en «prora»); y tengo observado que si la diéresis parece subir la calidad poética de los vocablos (razón por la cual tantos poetas la usan sin darse cuenta, estirando a cuatro sílabas el trisílabo «sonriente» y, sobre todo, a tres sílabas el bisílabo «piano»), en cambio la contracción parece más bien rebajar el decoro estético, lo cual no acontece con la sinalefa, por fuerte que sea como en el caso. Quedaba el recurso de decir: «Vuestra fausta proa galopa». Pero acontece que, a pesar de la etimología, en el la-

tín vulgar de España que yo hablo lo fausto y lo fastuoso son cosas distintas, correspondiendo lo primero a la idea de alegría y lo segundo a la de lujo y opulencia. Opté, pues, por dejar el verso como está, empleando la adverbial «en fausto», a pesar de la sinalefa fuerte: pro-aen. Los demás extremos se explican solos, o entran ya con los pecados que no se confiesan.

APARICION

Este Mallarmé, músico de la Aparición, donde los sonidos y los colores se responden como en los «vivientes pilares» de su maestro Baudelaire, da mucho que hacer a los traductores. Casi es imposible juntar en los cuatro primeros versos todas las especies que allí se juntan. El castellano tiene que afinar mucho para el discrimen de rêve, sommeil, songerie. «Ensueño» más bien aflojaba los resortes de la frase, yo no sé por qué; «ensoñación» es un ingrato barbarismo y se come no menos de cuatro sílabas; y aun no nace el atrevido que pueda con «vagueación». «Rumia» puede usarse metafóricamente: el olvidado Gabriel y Galán habla por ahí de una noche propicia a «la rumia de las grandes ideas»; pero este uso es tan casero y tan de la tierra, que da pena vestir con paño tan burdo a un huésped tan delicado y venido de muy lejos. Así, me dejé decir una vez «afán» y otra «éxtasis», reservando la palabra «sueño» para el instante sagrado que hay que escribirla con mayúscula. Y también para conseguir este efecto, cam-

bié el *rêvant* del segundo verso por «vagando», lo cual tiene dos ventajas más: da mejor la diafanidad con que los ángeles andan entre las flores, y evita la anfibología de la expresión, «soñando en la paz de las flores vaporosas», que lo mismo significaría el lugar donde acontece el sueño que el objeto mismo del sueño. «El arco entre los dedos» bien podía ser el «arco presto», y en mi verso cabe muy bien esta expresión; pero ella da un sentido de prontitud y alerta incompatible con el tono moribundo y desfallecido del fragmento. De aquí «ocioso el arco», el arco llevado con abandono, un poco sin darse cuenta, en estado sonambúlico; Santa Teresa diría: «como cosa boba». Hubo que cambiar «la calma» por «la paz de las flores», para no decir «la calma de flores», sin artículo que, aunque apoyaría en «vaporosas», resulta frase sin cocer. «Moribundos violines» no cabían en el verso; las imágenes van tan prietas, que gastar una sílaba demás es un desperdicio irreparable. «Murientes», como algunos quieren, me parece muy chapucero. Preferí «exánimes», que viene a decir lo mismo. En el verso cuarto, todos los problemas confluyen y hacen crisis; trátase de un verso unidad, y había que limpiarle bien el terreno para que saliera indemne, había que descartarse en los versos anteriores. A pesar de todo mi esfuerzo, y aunque llegué hasta este punto sin fardo inútil, no fué posible sino a medias el acertijo. El caudal de una vena no cabía en la otra. Había que salvaguardar todas estas ideas: 1.a, blancos; 2.a, sollozos; 3.a, deslizantes o que resbalan sobre; 4.a, el azul, y 5.a, de las

corolas o cálices. El sollozo se me convirtió en «lloro en temblores», débil como toda perífrasis; y la idea del deslizamiento quedó reducida al régimen «por», como no escapará a los buenos entendedores. Estos cuatro versos han dado más trabajo que todas las demás traducciones juntas, debido seguramente al propósito de conservarlo todo. Sacrificando algo, se pueden hacer combinaciones más flúidas y mejores en apariencia, pero que no resistirían la comparación con el original, porque se descubriría el fraude, el pan falto de peso. A guisa de curiosidad, pongo aquí uno de mis ensayos previos:

La luna se affigía. Llorosos serafines
Vagando, libre el arco, entre las amapolas
Vaporosas, vertían de lánguidos violines
Blancos gemidos sobre las moradas corolas.

¿Cómo justificar la substitución de las flores en general por las amapolas en particular, substitución que me obligaba de paso a cambiar el azul por el morado—el más cercano al azul entre los colores posibles de las amapolas? Lo hice sin sentir. Sin duda me dejé llevar por las sugerencias de mi campo, como en el motivo popular apenas retocado de que parte la Glosa de mi tierra. Seguía, sin percatarme, el camino del traductor mexicano de Horacio y de Virgilio. En efecto, Joaquín Arcadio Pagaza — árcade y «pastor de pueblos» — frecuentemente se dejaba influir en sus versos, a pesar de su corte clásico y hasta académico, por el coloquio me-

xicano, en nada incompatible con el genio de nuestro idioma. Así lo demuestra Mariano Silva y Aceves (Virgilio y su poeta mexicano: estudio de las formas del español en México), quien repara en este pasaje de la traducción de las Geórgicas por Pagaza. Urunt Lethaeo perfusa papa vera somno: «Las tristes amapolas con sueños empapadas del Leteo», donde todos los traductores peninsulares dicen: «adormideras». Verdad es que nada de esto podía servirme de exculpante. Y al darme cuenta de lo que había hecho, prescindí de mis subconscientes amapolas. «De tu beso primero era el bendito día» resulta una inversión que va cayendo en desuso desde los tiempos de Rubén Darío. Lo peor es que también es un verso dulzón: hasta parece un comienzo de aire. Pero no se puede sacar mejor partido del verso que tampoco es de los mejores. Hay un error que disuena. Sin embargo, lo alivia el hemistiquio, cuya pausa es todavía mayor—psicológicamente al menos—porque, en toda lectura espontánea, la misma inversión del giro obliga a alargar el compás mudo. Ensayé: «De tu primer caricia», pero esto nos lleva a la asonancia del hemistiquio y el final, «día»; además, de que si todo beso es caricia, no toda caricia es beso. Y al fin lo dejé como está, a título provisional. Consideré que la mejor expresión para dar los dos matices de savamment—1.º, a sabiendas, y 2.º, doctamente—era: «a conciencia». No encontré mejor chapeau de clarté para un hada que el «casco refulgente». Sans regret et sans déboire quedó en «sin lástimas y sin resabio» El que

siente esas lástimas demasiado familiares, puede preferir: «sin duelo y sin resabio», como decía Garcilaso: «salid sin duelo lágrimas corriendo».

La luna se afligía. Dolientes serafines
Vagando—ocioso el arco—en la paz de las flores
Vaporosas vertían de exámenes violines
por los azules cálices blanco lloro en temblores.

—De tu beso primero era el bendito día,
como en martirizarme mi afán se complacía,
se embriagaba a conciencia con ese desvaído
aroma en que—sin lástimas y sin resabio—anega
la cosecha de un sueño al alma que lo siega.

Yo iba mirando al suelo, errante y abstraído,
cuando—con los cabellos en sol—toda sonriente
en la calle, en la tarde, te me has aparecido.
Y creí ver el hada del casco refulgente
que cruzaba mis éxtasis de niño preferido,
dejando siempre, de sus manos entrecerradas,
nevar blancos racimos de estrellas perfumadas.

SUSPIRO

No me seduce, en el segundo verso del Suspiro, la inevitable sugestión a la efélide, tan realista; taches de rousseur. He preferido «empañar la frente en sonrojos», ateniéndome a la estética que el maestro mismo predica en el poemita del cigarro (número 8 de estas traducciones). Creo salvar la fidelidad al espíritu, sacrificando apenas la letra. Acá para mí, yo sé bien que uso el

verbo «empañar», no sólo en el sentido corriente (que aleja y corrige un poco, sin borrarla del todo, la idea de las manchas de la piel), sino también en el sentido andaluz, muy parecido al de joncher. El jardinero del Alcázar de Sevilla me dijo un día: «Por mayo, todo esto está empañao de flores». La acumulación de adjetivos es cosa del original, salvo en un caso: cuando «la dorada agonía de las hojas que yerran al viento» se me convirtió en «las hojas errantes». El verso: «Y al cielo errante de tus angélicos ojos» presenta un primer hemistiquio travieso, objetable para la traducción de un poeta cuyo alejandrino tiene todavía el nervio metálico de los parnasianos. Hubiera convenido mejor un verso de cadencia más plena, un verso obvio, que no dependa de la intención del recitador. Yo no di con otro que conservara como éste la dimensión interior del verso francés: original y traducción son milimétricamente iguales, puesto que la única diferencia—«ojos» en vez de «ojo»—era una exigencia de nuestro idioma. Además, la traducción evoluciona como todos los géneros literarios. Yo he nacido después de Rubén Darío, el primero que hizo en castellano alejandrinos como éste: «Los que aus-cul-tasteis el co-ra-zón de la noche». Doy, pues, a la preposición «de» el valor bisilábico de la terminación aguda. Es un paso más en el atrevimiento ya iniciado para Aparición, verso penúltimo: «Dejando siempre de sus manos entrecerradas», donde concedo a «de» un acento mayor que naturaleza, para que atraiga al primer hemistiquio al posesivo «sus», fundiéndolo

consigo como en un sola palabra. «Lánguido desvío es una aproximación mediocre de «languidez infinita». El «colgar» del último verso procura conservar la pasividad y la magia del «arrastrarse» francés. Los tímidos pueden substituirlo por «tender». ¡Ah! En el segundo verso puse «duerme» por «sueño», quise huir de las tres «ñ» seguidas.

Toda mi alma, hermana serena, hasta tu frente,
donde un otoño duerme empañado en sonrojos,
y al cielo errante de tus angélicos ojos,
sube, como en transido jardín sube la fuente
y—fiel—en blanco chorro hacia el azul suspira
copiarse en los estanques su lánguido desvío,
y deja en aguas muertas que el dorado desmayo
de las hojas errantes arruga en surco frío—
al amarillo sol colgar su largo rayo.

TRISTEZA DE ESTIO

I. «Funde» por «calienta». «Quemado» por «consumiendo». «Cara temida» por «mejilla enemiga». «Filtro de amoroso engaño» por «brevaje amoroso».

II. «Fijeza sin vida» por «inmutable calma» o sopor. «Gritar huraña» por «decir entristecida». «Momia perdida» por «momia». «Desierto de antaño» por «desierto antiguo». (Es la substitución que más me incomoda). «Palmas gárrulas» por «felices palmeras».

III. «Alma consciente» por «alma que nos obsesiona». Un nuevo régimen obliga a añadir el auxiliar «provocar», y queda «provocar a hundir» por «ahogar».

IV. «Ojeras» por «párpados», cambiando de lugar el afeite — y de época—. «Hieras» por «heriste». «Cielo» por «azul», porque suena mejor el verso. Mallarmé, tras de clamar contra el azul, en el poema que todos recuerdan, lo desagravia usándolo a manos llenas.

Tales son los catorce puntos críticos de estos catorce versos.

El sol sobre la arena, luchadora dormida,
 con tus cabellos de oro funde un lánguido baño,
 y quemando el incienso en tu cara temida,
 mezcla en filtros de lágrimas un amoroso engaño.
 De este albo flamear la fijeza sin vida
 —¡Cobardes besos míos!—te arranca un grito hurraño:
 «¡Nunca seremos una sola momia perdida
 bajo las palmas gárrulas y el desierto de antaño!»
 Pero tu cabellera es la tibia corriente
 que a hundir sin calofríos nuestra alma consciente
 y a encontrar esa nada que ignoras me provoca.
 Besaré los afeites que lloran tus ojeras,
 a ver si saben dar al corazón que hieras
 la insensibilidad del cielo y de la roca.

Camorrita



AMORRITA era hombre de los cerros. Había nacido en ellos como las liebres que los plagaban y sus juegos y escapadas de granuja hallaron en las quebradas abrigo y defensa contra el peligro de las bandas enemigas y de las batidas de los gendarmes. El rancho asentado en una altura vecina al mar, tenía un gesto fosco, rodeado como estaba, de cercos de alambre y de tierra inculta, donde el verde de la primavera no alcanzaba a madurar. Así y todo, Camorrita arraigó allí su cuerpo flaco pero tenaz como la liana de las quebradas y desdeñó el mar que sus ojos reflejaban dormido en la ilusoria quietud de las distancias. El rumor del oleaje se perdía en su oído cansado de captarlo desde niño y los temporales que empenachaban los acantilados no lograron alterar su existencia arisca y bestial.

El caserío costero—cien casas pintiparadas, la mitad desiertas en las estaciones frías—comenzaba para Camorrita más allá de la fragua cayente al callejón que lo atravesaba, convertido cuadras adelante en adoquinada

via. Semejante caserío, apretujado y multicolor, que él viera nacer y que año tras año trepaba con mayor brío los cerros, era, quizá, lo que había vencido y destruído en Camorrita la natural pasión del costeño por el mar. A pesar de la dominadora presencia de los chalets recargados de vitrales, de los hoteles suntuosos, de las magníficas terrazas y de los baños calientes, Camorrita, cuyos pulmones bebían a diario la sal y el yodo del mar, pasaba por aquellos sitios sin un pensamiento de orgullo, sin el menor impulso afectuoso hacia aquella vida nueva, surgida en la antigua caleta de pescadores.

Era sábado y como de costumbre en tales días, Camorrita olvidaba un poco su casa solitaria y bajaba hasta las primeras casas del pueblo. Por allí, todavía lejos de la población nueva, en una esquina ruínosa, flameaban las letras de oro del boliche «El Triunfo». La paga había sido poca esa semana, por escasez de trabajo en la fragua. Los tiempos se ponían malos. Por primera vez, desde largos años, Camorrita se encontraba ante un problema acaso insoluble: los pocos billetes que había recibido le alcanzaban justamente para sus compromisos de fin de semana... A través de los años estos compromisos habían ganado inmediata preferencia en el balance semanal que su tozudo cerebro se hacía cada sábado. De ordinario, verificado el cálculo, sobrábale buen número de billetes, que entregaba a su mujer después de la acostumbrada reyerta. ¿Qué hacer ahora? Camorrita se cogió una oreja y se la restregó un

buen rato con sus dedos negruzcos y callosos. Un momento después el difícil problema estaba resuelto y ninguna preocupación lo aquejaba. No había dinero para la mujer, sencillamente; que ella se acomodase a la nueva situación. La culpa no era de él, bien se veía; el trabajo estaba malo, muy malo; no se ganaba para vivir. Por lo demás, la mujer era habilidosa; nunca faltaría en casa un plato de frejoles. Era diligente la pobre Chepa; apenas el hombre se iba a la fragua, ella arreglaba la casa en un santiamén, dejaba a los dos chiquillos encargados a una vecina del callejón y se iba a servir a las casas pudientes.

Silbando una tonada,

Aquella flor en tu pecho,
flor de amapola....,

las manos en los bolsillos, el grasiendo sombrero oscuro ladeado sobre el ojo izquierdo, Camorrita entró en el boliche «El Triunfo», letras de oro, esquina de anchas puertas, siempre entornadas. Era obscuro como los antiguos chinceles y en la penumbra flotaba el acre olor del vino derramado año tras año en el piso de tierra endurecida. Pronto, acostumbrado a la poca luz, Camorrita distinguió a los tres bebedores arrinconados cerca del mesón lleno de botellas, y tras un «qué dice la gallá», se sentó con ellos.

—¡Uno del tinto!—gritó hacia el mesón. Luego, a sus compañeros: —Venaiga la suerte de uno. Mientras más trabaja menos tiene pa vivir.

—¡Cuándo no estamos lo mismo!—fraternizó un caripecoso de ancha nariz y boca descosida. Si el vino fuera mejor siquiera. Siempre la misma tintura aguachenta. ¡Maldita sea!

—¡Sin trago quién va a vivir; por la santa! Y ahora, con lo poco que se gana, uno no alcanza a curarse siquiera. Y toavía las mujeres pitean. La mujer no sirve pa otra cosa.

Camorrita asintió en silencio a la última frase desabrida y bestial del Rana, personaje que vivía «así no más» con una mujer de mala fama, en la barriada alta. El Rana era pescador y diariamente dejaba la caleta perdida en los acantilados para remontar el caserío en demanda de «El Triunfo», sitio éste donde se reunían sus amistades. Obediente a su naturaleza libre, sediento de aventura y de vino, olvidaba durante semanas el tabuco de los pescadores, durmiendo en cualquier parte, allí donde lo empujaba el amor o lo derribaba la borrachera. Camorrita recordó el abandono en que su amigo tenía a la hembra que lo había sujetado durante mucho tiempo, y como quien no desea hincar la atención en ello, masculló, mientras apretaba en su mano tiznada el potrillo mediado:

—Cuándo no pitean las mujeres. Pero a qué acordarse de ellas si estamos bien solos. Salucita, pues.

El potrillo estuvo inclinado un rato largo, dando su áspero caldo, hasta que los gruesos labios de Camorrita se despegaron flojamente de su borde. Los compañeros

habían vaciado los suyos y miraban calmos y sombríos al que acababa de beber.

—¿Cuánta plata tenís?—le preguntó el caripecoso, que parecía incommovible, echado el cuerpo sobre la mesa.

Los cuatro estaban todavía lúcidos, aunque los amigos de Camorrita habían bebido por adelantado, esperando al compinche. Este no se disgustó cuando les oyó decir que entre los tres no tenían más de cinco pesos. Durante la semana habían pedido de fiado en el boliche.

—¡Cuatro dobles!—gritó Camorrita al cantinero como única respuesta a tal declaración.

Comieron allí y Camorrita, horas después, remontaba el callejón con paso vacilante. Quería ver a su mujer. Cada vez que se emborrachaba y cuando advertía que todas las puertas se le cerraban, le mordía el deseo de la reconciliación con el hogar abandonado.

El callejón y sus luces torvas de cuadra en cuadra. El paso tambaleante, a tropezones, era recibido con un que otro destemplado ladrido. Esta noche, en el fondo de su tenebroso y denso anhelo de concordia familiar, Camorrita sentía prender áspera y exaltada violencia. Dos hombres silenciosos bajaban el callejón, acompañados por la bullanga quiltrera. Camorrita creyó reconocer a la gendarmería en sus siluetas firmes y marciales. Una alegría hostil llameó en su sangre y a tiempo que sus piernas se abrían y se cruzaban en lento juego

de equilibrio, su voz cobraba un extraño efecto espectral en el aire fresco:

—¡Aquí va Camorrita, que quiere peliar con los matones! . . . Soy Camorrita y voy a pegarle a la mujer . . . Eso es querer, ¡eh! Vengan pacos, vengan catanas . . . uno que se atreva a pisarme el poncho . . .

—Cuando lo tengay—gritóle uno de los desconocidos, sin detenerse.

—Tengo lo que vos no tenís . . . Vengan pacos asoleados, catanas mogosas, bolsillos pelaos . . . ¡Camorrita quiere pelea!

Sus brazadas de energúmeno revolvían el aire, y su cara oleosa se erguía y recogía con ademanes vacilantes o violentos. Los desconocidos le hicieron poco caso. Ensoberbecido, Camorrita continuó su camino, poblando el silencio con el ardiente desafío que manaba incansable de sus labios babeantes y torpes:

—¡Vengan pacos, vengan matones! Camorrita quiere encontrarse con un gallo de estacas. ¡Que vengan! . . . ¿Onde están? Se los tragó la tierra . . . Ja . . .

Mascullando amenazas llegó al rellano de la loma, en que se encontraba su casa. El terreno estaba cubierto de herbajos secos que crujían bajo sus pies. Andando, andando, su cuerpo fué a dar en el cerco de alambres que limitaba el terreno. Allí se quedó unos instantes, sorprendido y sin deseos. ¡El, que creía que iba por holgado sendero! Lanzó una maldición, buscaron un apoyo sus manos, y al encontrarlo y levantarse él, sintió que su ropa se desgarraba en las púas.

A poca distancia, ladridos.

—¡Choco! ¡Juan de La!—rezongó Camorrita, y sus piernas empezaron a moverse de nuevo.

Los perros de la casa dejaron de ladrar cuando estuvieron a unos pasos del amo y en seguida lo escoltaron, gacha la cabeza, olfateando el suelo.

La puerta estaba abierta y los pesados y flojos pies de Camorrita no tropezaron al entrar. Su mirada turbia fué atraída por la mezquina luz que vacilaba en el rincón, junto a la cama.

—¡Onde estay!—gruñó mirando siempre aquella luz que magnetizaba sus pupilas pesadas y lúgubres.

Desde el rincón vecino a la puerta se alzó ágil la respuesta, a tiempo que la mujer se incorporaba dejando la silleta de paja.

—¡Aquí, esperándote como una burra! ¿No estay contento?

—Vengo curao; no me digay na, vieja piojenta.

—Dame unos cobres siquiera, porque mañana no hay qué comer.

—Entonces no comís, pues.

El hombre respondía sin esfuerzo, empujado por la costumbre de decir las mismas palabras que desnudaban los mismos cotidianos impulsos. Sabía que ella guardaba en la falda algunos pesos, muy pocos, paga de trabajos que hacía en las casas pudientes del balneario. Le pedía, como lo hacía todos los sábados, pero esta vez, la primera, quizás, en mucho tiempo, él no le daría un solo peso. El diálogo era semejante, tal vez, pero Camorrita

ahora no accedería, porque nada le quedaba. De ordinario, acariciando golosamente, con avaricia, los diez o quince pesos que apartaba para la casa, se defendía del asalto verbal, ora furioso, ora gimiente, de la mujer, que los necesitaba para comprar algunas faltas de los chiquillos.

—¡Dame luego esa plata, hombre desconsiderado! Pa qué te hacís el tonto. Los güeños ya no tienen calzones, y los tuyos son puro remiendo. Si no me day, el lunes te vay con el traste al aire, por vía santísima.

La mujer se había aproximado, como lo hacía habitualmente, estrechando al hombre en su asedio.

—No te acerquís, porque lo que te voy a dar son cachetás. No hay plata.

Se volvió del revés los bolsillos y mostró el gesto tranquilo que empleaba siempre como último recurso persuasivo.

—¡Bandido! Te lo habís tomao too! Esta es la última que te soporto. Ahora mismo me mando cambiar con mis chiquillos. ¡Salvaje!

Y corrió hacia el jergón donde dormían las crías. El hombre, que de súbito pareció excitado, giró con relativa viveza y sujetó a la mujer.

—¡Andate sola, si querís, perra!

La mujer, de un envión, quiso zafarse de la manaza, pero al instante una bofetada la inmovilizó. Los chiquillos despertaron llorando. La lámpara y su mísera luz. El hombre sintió en su carne los dientes terribles de la mujer, y loco de dolor y de furia cogió de la mesa algo

que él mismo no distinguió bien. . . En seguida, un alarido de hembra herida.

El silencio, que se le vino encima como una ola inmensa, no lo aniquiló. Los chiquillos, al ver caer a la madre, intentaron acudir a su lado, sin comprender bien lo sucedido, pero un rugido del hombre los contuvo. Camorrita se inclinó sobre la mujer, deslizó la mano entre las faldas y no tardó en hallar el dinero que buscaba. En seguida, sin mirar a los chiquillos—sus pobres caras sucias y desesperadas—salió del cuarto.

La sombra gruesa y envolvente lo cegó apenas se encontró cara a las lomas. El alarido de la mujer estaba allí todavía. Calculó la hora y luego se encontró de nuevo en el callejón. Sentía la cabeza pesada, como si falto de costumbre hubiese andado elucubrando un difícil problema. Su conciencia estaba tranquila; prueba de ello era el rumbo escogido entre otros que le mostraba la noche. El boliche «El Triunfo» estaba casi vacío y el tabernero se disponía a trancar las puertas. Camorrita, sediento, silencioso, hundido en la tiniebla amurallada de su destino, consumió el contenido del único doble que el tabernero consintió en servirle.

Un rato después, con algunos pesos en el bolsillo, Camorrita remontó las lomas. En las densas sombras de su alma, borrábase ya el recuerdo y la atracción rutinaria del rancho. Sentía mejor que otras veces, en su sangre, el apremiante llamado de los cerros. A menudo, después de sus borracheras, se le había encontrado sumido en su sueño alcohólico, en un tajo de las quebra-

das, donde escasos matorros guarecían su soledad. La quebrada era para él la suprema querencia, el refugio inexpugnable, el magnífico nidal de sus borracheras.

Esta noche, como otras, iba a esconder allí su cuerpo rendido por el vino, harto de bestialidad. Había bebido más que de costumbre, pero iba sediento.

Días después, los carabineros lo encontraron muerto en una quebrada distante, ovillado bajo la rala ramazón de unos maquis. Su cara sostenía una brava mueca, la mueca ebria de sus desafíos callejeros:

—¡Yo soy Camorrita! Vengan pacos, vengan matones. . . ¿Onde están? Se los tragó la tierra. . .

Prof. Dr. Alcibíades Santa Cruz

La flora extranjera y el clima de Chile



ASI desde el primer momento de la ocupación de Chile, llamó la atención de los conquistadores la extrema feracidad de esta tierra «que parece la crió Dios a posta para poderlo tener todo a mano», como dice Pedro de Valdivia en su primera carta, en la que anuncia a su Monarca que de aquellas «dos almuerzas de trigo» que salvaron de la primera destrucción de Santiago se cosecharía cuatro años después «de diez a doce mil hanegas».

Mala suerte ha tenido España para que los historiadores le reconozcan sus condiciones de colonizadora al mismo tiempo que conquistadora: lo que se ha considerado como un justo motivo de alabanza para otras naciones dominadoras de alguna región americana no ha sido puesto en el acervo de la Madre Patria, y bien pocos tendrán presente que, junto con sus armas y sus provisiones de guerra, los conquistadores trajeron toda clase de semillas de cereales, hortalizas y árboles frutales. Los huertos de las humildes chozas de las nacientes ciudades, los ejidos vecinos a los puntos fortificados, y los campos donde no se batallaba recibieron las simientes que los conquistadores traían y con las que se proponían implantar en los nuevos países el cultivo de las plantas que en su patria les daban alimento.

La nueva tierra respondió pródiga al llamado, y cereales, legumbres, hortalizas y frutas se dieron en abundancia y de ex-

celente calidad, calidad y cantidad que superaban en mucho a las de las mismas plantas cultivadas en Europa.

Para que no se nos tache de que al emitir tal juicio habla un enamorado de la flora de Chile, vamos a ceder la palabra a los historiadores y viajeros que han descrito nuestro país desde pocos años después de descubierto: ellos darán razón de nuestro aserto.

En su *Historia Natural y Moral de las Indias*, publicada en Sevilla en 1590 y reimpressa varias veces, dice el padre Joseph de Acosta: «Algunos de estos (los frutos americanos) se han « traído a Europa, como son batatas, y se comen por cosa de « buen gusto; como también se han llevado a Indias las raíces « de acá; y aun hay esta ventaja, que se dan en Indias mucho « mejor las cosas de Europa, que en Europa las de Indias: la « causa pienso ser, que allá hay más diversidad de temples que « acá; y así es fácil acomodar allá las plantas al temple que quie- « ren. Y aun algunas cosas de acá parece darse mejor en Indias, « porque cebollas, ajos y zanahorias no se dan mejor en España « que en el Perú; y nabos se han dado allá en tanta abundancia, « que han cundido en algunas partes, de suerte que me afirman, « que para sembrar de trigo unas tierras, no podían valerse con « la fuerza de los nabos que allí habían cundido».

Un capítulo entero dedica el padre Acosta a «Las plantas y frutales que se han llevado de España a las Indias», y en otro, refiriéndose a algunas especialmente, dice: «Plantas de provecho « entiendo las que demás de dar que comer en casa, traen a su « dueño dinero. La principal de éstas es la vid, que da el vino, el « vinagre, la uva, la pasa, el agraz y el arropo; pero el vino es lo « que importa... El vino llevan de España o de las Canarias « y así es en lo demás de Indias, salvo el Perú y Chile, donde hay « viñas, y se hace vino, y muy bueno; y de cada día crece, así en « cantidad, porque es gran riqueza en aquella tierra, como en « bondad, porque se entiende mejor el modo de hacerse».

Téngase presente que el buen padre escribía lo anterior apenas medio siglo después de la llegada de Pedro de Valdivia a Chile.

Alonso de Córdoba Marmolejo, en su *Historia de Chile* desde su descubrimiento hasta el año de 1575, hace igual observación. «Cójese mucho trigo, cebada, y todas las demás legumbres « d'España se dan muy bien: danse las frutas y los árboles de la « mejor que en España; porque cosa de admiración la mucha « fruta que produce, en especial en estas dos ciudades (Santiago « y La Serena) que donde dicho tengo que se da en tanta abundancia; porque en las demás del reino, conforme al temple que « tienen dan lo que se planta».

El padre Alonso de Ovalle, el escritor cultísimo y correcto que mereció ser colocado entre las autoridades de la lengua española, no habría podido dejar en silencio esta peculiaridad del clima de Chile, como enamorado de su patria que era. En su histórica relación del reino de Chile, escrita en 1644, al hablar del Otoño y sus cosechas, dice:

«En este tiempo comienzan a madurar las frutas, que son « muchas y de variadas suertes y maneras, y de las de Europa « solamente falta alguna u otra que aun no ha llegado, porque « en llevándola, o en pepita, o hueso, o planta, prende luego con « tanta fuerza que admira».

«No se da en todo aquel país alguna de las que son propias « del Perú, Méjico y Tierra Firme, y aunque se lleve la pepita o « planta, en ninguna manera se logra a causa de ser el clima tan « opuesto por estar aquellas tierras dentro de los trópicos y fuera « de ellos la de Chile; lo cual, por consiguiente, es causa de que « se den allí las frutas de Europa con tanta abundancia que « apenas se podrá creer, particularmente las peras, albaricoques, « higos, melocotones, duraznos y membrillos, que suelen cargar « más que hojas...

«Pero la fruta que en esto se aventaja a todas son las ca-
muezas y manzanas, de que es tan fecunda la tierra, que he vis-

« to en los campos y quebradas manzanales como bosques...

El padre Diego de Rosales, ponderativo como buen chileno, que para juzgar de las cosas de nuestro país o las apocamos hasta lo ínfimo o las enaltecemos hasta lo superlativo, no se queda corto en la alabanza del clima de Chile: poco más de una página de su «Historia General de el Reyno de Chile, Flandes Indiano» dedica a las condiciones agrícolas de nuestra tierra; pero con lo que allí dice hay bastante.

«No tiene esta tierra parte ninguna que sea ingrata en el
« retorno de las semillas que la depositan, que todas las vuelve
« con logro y abundancia. Es fértil de trigo, zebada, vino, azeite,
« maiz, abas, alberjas y todo genero de legumbres y frutas que
« de España se han traído, dándose aqui todas como allá, faltan-
« do solamente las que el descuido o poca curiosidad ha dexado
« de traer, y no solo en el partido de Santiago y la Concepción
« se da abundantisimamente el trigo y demas legumbres, sino
« también la tierra adentro, que en Osorno cogió de setenta
« fanegas de sembradura mil y quinientas fanegas, y en Boroa
« conté con otro Padre de la Compañía de un grano ciento y
« veinte y cinco cañas y otras tantas espigas».

«... Los arboles frutales, sin beneficio de humana industria,
« cargan tanto que se desgaxan las ramas; ay impenetrables bos-
« ques de guindas, ciruelas y membrillos, y de uno y otro cercas
« hazen para las huertas, porque se tupen y entrincan de suerte
« que queda impenetrable la muralla que hazen. Los manzanos
« dan en tanta abundancia que se hazen bosques de ellos, y des-
« de Valdivia a Calle-Calle están las márgenes de los ríos por
« cuatro y cinco leguas coronadas de altissimos manzanos hechos
« espeso bosque».

Pudiera argumentarse que todos los autores citados son españoles o criollos, y que los ciega el amor al terruño. Vamos a anotar dos testimonios de viajeros franceses que conocieron nuestro país a principios del siglo XVIII.

El padre Louis Feuillée, tan excelente matemático, astrón-

nomo y botánico, dice en su «Journal des observations physiques, mathematiques et botaniques faites depuis l'année 1707, jusques en 1712» como sigue, describiendo la ciudad de Concepción:

«Chaque maison a un jardin, dans lequel en voit toutes
« fortes d'arbres fruitiers, chargez toutes les années d'une fi
« grande Quantité de fruits, que si on n'avoit pas le foin d'en
« retrancher une partie dans leur naiffance, leur pefanteur casse-
« roit les branches, de plus ils ne pourroient pas tous meurir:
« c'est ce que j'ai vu pendant les trois années que j'ai demeuré
« dans ce Royaume. Les fruits qu'on a dans tout le Royaume
« de Chily, font de meme espece que ceux que nous avons en
« Europe, il n'iy a que des chataignes que je n'ai point vues, il y
« a aussi plusieurs fortes de fruits que nous ne connoissons point
« dans nos climats».

No menos expresivo es el ingeniero Amedé Francois Frézier en su «Relation du Voyage de la Mer du Sud aux cotes du Chily et du Pérou», publicada en 1716, dos años después de la de Feuillée.

«... Les Poires et les Pommés viennent naturellement dans
« les Bois, & a voir la quantité qu'il y en a, on a de la peine a
« comprendre comment ces arbres ont pu depuis la conquete se
« multiplier & se répandre en tant d'endroits, s'il est vrai qu'il
« n'y en eut point auparavant, comme on l'affure».

«On y cultive des campagnes entieres d'une espece de Frai-
« sier differendi du notre par les feuilles plus arondies, plus char-
« nues & fort velues, ses fruits font ordinairement gros comme un
« noix, & quelque fois comme un oeuf de poule; ils font d'un
« rouge blanchatre & un peu moins délicats au gout que nos
« fraises de Bois. J'en ai donné quelques pieds a Mr. de Juffieu
« pour le Jardin Royal, ou aura foin de les faire fructifier».

«Outre celles-ci, il n'en manque pas dans les Bois de la meme
« espece qu'en Europe. Au reste, toutes les Legumes que nous
« avons y viennent en abondance & presque fans peine; il y en
« a meme qu'on trouve dans les campagnes fans cultiver, comme

« des Navets, des Taupinambours, de la Chicorée des deuz
« efpeces, &c.».

No menos expresivos son el padre Miguel de Olivares en su «Historia militar, civil y sagrada del reino de Chile», escrita a mediados del siglo XVIII; el padre Felipe Gómez de Vidaurre en su «Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile», poco posterior a la de Olivares; el anónimo «Compendio de la Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile», atribuído al abate Molina y que nosotros, con don José Toribio Medina, creemos que es evidentemente de Vidaurre, y en el «Compendio de Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile» del abate don Juan Ignacio Molina. La repetición de observaciones iguales a las ya anotadas alargaría sin objeto estas líneas; pero no resistimos a la tentación de copiar lo que dicen dos autores más: Córdoba y Figueroa y Antonio de Ulloa.

En su «Historia de Chile», de estilo ampuloso y un tantito gerundiano, nutrido y mechado de citas de clásicos y de Padres de la Iglesia, el Maestre de Campo don Pedro de Córdoba y Figueroa se expresa como sigue:

«El sol sabe caminar por la eclíptica con acierto, sin subir
« a las borealtas estrellas, ni descender a las australes: los demás
« planetas, como desavertidos faetones, no se afirman en el me-
« dio, y así se llaman errantes. ¿Si esto sucede en los astros cómo
« no errarán los hombres?

«... El trigo se da generalmente en todo el reino, y en mu-
« chas partes de él rinde ciento por uno, lo que ha sido examen
« de nuestros ojos y no de los ajenos: esto es que con negligencia
« se cultivan los campos, como bien lo notan y aun lo admiran
« los europeos. Las campañas de tan grato terreno, son las Trai-
« guén en Quechereguas, las del Larque, Ñuble y Perquilauquén,
« las de Chanco, la Navidad y en el fértil valle de Copiapó y en
« otras muchas partes de la cordillera y costas de los dos obispa-
« dos del reino, de donde se extrae anualmente notable cantidad
« y se navega para la ciudad de los Reyes: de suerte que suele ser

« nociva su abundancia, pues muchos no lo siembran porque el
« bajo precio no suele dar los costos. Coséchanse muchos cáñamos,
« de donde se proveen los navíos que navegan el Mar del Sur.
« Abundan mucho las legumbres, buenas por excelencia, como
« lentejas, garbanzos, cominos, anís, azafrán y orégano, lo que se
« extrae del reino para el Perú.

« Las almendras sólo se dan en Chile, y no en otra parte de las
« dos Américas, de donde se provee toda la meridional. Abundan
« mucho las nueces, limones y naranjas, y toda especie de fruta
« en toda su extensión. Hay muchos olivos de singular robustez
« y excelente fruto, granados, higueras, que hasta los treinta y
« cinco grados dan con imponderable abundancia; y hasta la
« misma altura fructúan las palmas, que habiendo hallado el te-
« rreno muy propicio, han pasado a ser bosques; y con más no-
« table exceso los hay de manzanos desde los treinta y seis hasta
« los cuarenta grados, que se pueden numerar a leguas, sin que
« basten los hombres, animales ni aves a extinguir su fruto, al-
« canzándose en algunas partes de abrigo el fruto a la flor. De
« guindas, melocotones y duraznos abunda mucho el país hasta
« los treinta y ocho grados, de suerte que se ven algunos prados
« cubiertos de esta fruta, habiéndose criado estos sotos sin nin-
« guna solicitud ni cultivo; y aun todavía es más notable la abun-
« dancia de membrillos y lúcumas, y de esta especie hay unas sin-
« gulares en Coquimbo, que sólo las produce aquel país; hay al-
« barcoques, tunas, peras de varias especies, y muy delicadas
« ciruelas.

« Dice Esculapio, que el vino iguala a la potencia de los dio-
« ses: háilos en el reino con abundancia, mas de igual generosi-
« dad. Son los más electos, los que se dan en las inmediaciones del
« río Itata y generalmente en la jurisdicción de su distrito, y
« en algunas partes del partido del Maule, como en Cauquenes,
« Pichinguileu, Villavicencio y otros; y hablando con sinceridad
« y sin empeño, en lo delicioso y delicado y conjunto de su bon-
« dad, si no exceden, pueden competir con los de más celebridad

« del orbe, y así se aprecian para traficarlos fuera del reino ».

Son de indiscutible autoridad histórica las obras de Antonio de Ulloa, resultado de las observaciones recogidas por él y su compañero Jorge Juan durante el desempeño de la comisión que Felipe V les había encomendado: sus « Noticias Americanas », sus « Noticias Secretas de América » y principalmente su « Relación histórica del viaje a la América Meridional » contienen datos del mayor interés, y acreditan el espíritu observador y el buen criterio del ilustre marino, de quien diremos de paso y sin ofenderlo en lo más mínimo, que no le tenía pizca de respeto a la Ortografía y distribuía los signos de puntuación como espolvorear pimienta. Vamos a copiar el principio del Cap. IX del Lib. II de la segunda parte de su Relación.

« Ya se dixo en el Capitulo V. tratando de la Ciudad de la
 « Concepción, y de sus campañas la grande amenidad propia
 « de ellas, y la lozania, con que las Simientes se producen ri-
 « diendo con excefsivas creces un tributo mas que regular al
 « trabajo del Labrador: esta prerogativa es tan general en todo
 « aquel Reyno, que a competencia sus Llanos, sus Colinas, sus
 « Cañadas, y todo el Territorio, cada pedazo, o pequeño espacio
 « de él es un objeto de admiración en lo pródigo; y parece que las
 « particulas de Tierra transformadas en granos de la Simiente,
 « que se les confia, los vuelven acrecentados en tan numerosas
 « cosechas, y que incansables ni se aminora en ellas la fecundi-
 « dad, ni reconoce defcaecimiento el vicio. Son las Campañas de
 « Santiago, así como en lo amenas, y fecundas iguales a las de la
 « Concepción, semejantes a ellas en las especies de Frutos, que
 « reciben con mas proporcionalidad; porque siendo el Tempera-
 « mento de unas, y otras casi uno mismo, lo son también los efectos
 « que dependen de él: por esto se componen las Haciendas, que
 « hay en aquel País, unas de fembradio, otras de cria, y engordar
 « varias especies de Ganados *Bacuno, Ovejas, Cabras, y Cavallos*
 « y otras de Viñería, y Arboles Frutales: en las primeras se hacen
 « cosechas muy quantiosas de *Trigo, Cebada, y Meneftras*; a que

« fe agregan las del *Cañamo*, que fe produce lozanamente, exce-
« diendo fu calidad, y altura á el que fe cria en *Efpaña*; en las del
« fegundo orden fe engorda el ganado *Bacuno*, y fe hacen crecidas
« matanzas: hacefe mucho *Sebo*, *Graffa*, y *Charquis*, y fe curtan
« *Suelas*: con los cueros del *Cabrío* fe curten *Cordovanes*, y fe faca
« algún *Sebo*; y últimamente con la *Uba* fe hacen *Vinos* de diftin-
« tas calidades, y aunque no fon tan fobrefalientes, como los de
« la *Concepción*, no dexan de fer muy buenos, y delicados, y tam-
« bien fe reducen a *Aguardientes*. Eftos fon los *Frutos*, y *Generos*
« principales, con que aquel Reyno entretiene fu Comercio acti-
« vo con el *Perú*, proveyéndolo de *Trigo*, *Sebo*, y *Jarcias*, renglo-
« nes, que folo de alli le ván; y fe regúla, que cada año faldrán
« de las *Campañas* de *Santiago* para el *Callao* ciento y quarenta
« mil fanegas de *Trigo*; como ocho mil quintales de *Jarcia* de
« *Cañamo*; y de 16 á 20 mil quintales de *Sebo*: a lo qual fe agregan
« defpues las *Suelas*, *Cordovanes*, y *Frutas fecas*, como *Nueces*,
« *Avellanas*, *Higos*, *Peros* y *Camueffas*, que también fe llevan
« de alli, y a efte refpeto *Graffa*, *Chárqui*, y *Lenguas de Bacas*
« *faladas*; no fiendo corta la porción de eftos tres ultimos ren-
« glones».

Queda bien comprobado con las citas anteriores que no se debe achacar al cultivo el hecho de que las plantas extranjeras se hayan desarrollado en Chile mejor muchas veces que en su país de origen. Más aún, muchas de ellas no han necesitado sino tomar pie en nuestro suelo para hacerse silvestres: la *almizclera* o *almizcleña* de España, *Erodium moschatum*, cuyas semillas vinieron evidentemente con el alimento para los caballos, se extendió con tal rapidez que nadie la creyó advenediza; los criollos la llamaron *alfilerillo*, los indígenas *loica-lahuén*, y Molina la describió como nativa con el nombre científico de *Seandix Chilensis*, confundiéndola con una planta umbelífera; la achicoria (*Cichorium intybus*), y el cardo negro (*Cirsium lanceolatum*) escaparon inmediatamente de traídos y se convirtieron en dos molestas malezas; el dedal de oro (*Escholtzia californica*) partió de los jardi-

nes de El Salto y Quilpué para marcar con una raya dorada la líneas férreas a lo largo de Chile; la digital ha cubierto en poquísimos años grandes extensiones de territorio, y tapiza con manchas violadas o blancas las faldas de nuestras cordilleras.

No queremos cansar más con una enumeración que podría abarcar muchas páginas: dejamos establecido el hecho de que toda planta de las regiones templadas de cualquiera parte del mundo se desarrolla en Chile con sin igual facilidad y muchas veces con una rapidez muy superior a la de su crecimiento normal en su país de origen.

Trájose la galega (*Galega officinalis* o *G. vulgaris*) con la recomendación, por nadie comprobada, de ser un buen forraje, y la planta crece con tal rapidez y dimensiones que ahoga las demás, por lo que ha llegado a ser una de las más perjudiciales malezas, plaga de que se libró Méjico gracias al informe del cónsul de esa nación en Santiago; llegó a Chile la zarzamora (*Rubus fruticosus*, *R. ulmifolius* y otras variedades), traída por inmigrantes que deseaban tener con ellos el recuerdo de su patria, o por viajeros que habían visto cercas vivas obtenidas con la variedad estéril de esta planta, y la zarzamora adquirió en Chile una fecundidad y un desarrollo verdaderamente gigantescos, hasta convertirse en una plaga que cuesta a la agricultura millones de pesos. En revancha, los eucaliptus, y especialmente la especie *E. globulus*, crecen con tal rapidez que son explotables tal vez diez años antes que en su patria de origen, y en los pinos, especialmente la especie *P. insignis*, de que hay tantos bosques artificiales en el centro y sur de Chile, el gigantismo es casi inverosímil: un distinguido profesional que es a la vez un entusiasta arboricultor, pudo comprobar muchas veces en Alemania que pinos centenarios tenían el desarrollo que aquí alcanzan a los 40 ó 50 años; el distinguido naturalista Prof. Dr. N. I. Vavilof, Director del Instituto de Botánica Industrial y Presidente de la Sociedad Geográfica de Rusia, de paso en nuestro país, avaluaba en más de diez años la edad de Aromos de Australia (*Acacia Melanoxylon*).

nacidos de semillas sembradas justamente cinco años antes por el Prof. Dr. Lipschütz.

Hay que descartar desde luego, para la explicación de este fenómeno, la configuración de nuestro país, variada como pocas. Desde la altiplanicie de Tarapacá, que guarda en su regazo el salitre vivificante, abono natural que ninguna preparación química podrá superar, se extiende la pampa árida e ingrata, especie de dragón que amenaza con la muerte a los osados que quieran arrebatarse los ricos veneros que esconde en su seno; las sierras que recorren la estepa estéril se alzan peladas y ceñudas, para darse la mano con los contrafuertes de la cordillera de los Andes y formar intrincada red de cerros y valles, áridos los unos, feraces sobre toda ponderación los otros; aclárase la red y se diseña el valle central desde la rica y fértil provincia de Aconcagua: la cordillera de los Andes, toda rocas y nieve, y la de la costa, ya alta y áspera, ya apenas diseñada, van abarcando como dos brazos protectores a la zona central, zona cuyos caracteres van cambiando a medida que avanza hacia el Sur hasta que, agujereada por la cadena de lagos australes, se rompe y desbarata al fin en las mil islas del archipiélago. El gigantismo de los vegetales introducidos no puede, pues, ser atribuído a la configuración de nuestro país.

Tampoco puede ser causa de este fenómeno la composición de las aguas que riegan nuestro suelo: desde el limo espeso y fecundante que arrastran los turbulentos ríos del Norte y Centro de Chile hasta las claras aguas de los caudalosos ríos del Sur, que en el río Bueno semejan esmeralda líquida, hay toda una escala de diferencias: nacidos unos del deshielo o de la violencia de las tempestades en las cimas andinas, arrastran en su seno los restos del descuaje y desagregación de las rocas que toparon en su camino, y sus aguas son ricas en materias minerales; formados los otros por las fuentes y arroyuelos, hijos del bosque, llevan disuel-

ta en su linfa abundante materia orgánica, recogida en el humus de los bosques, y apenas si vestigios de cal, indispensable para el desarrollo de los vegetales, para formar el esqueleto de los herbívoros y llegar por fin hasta el sistema óseo del hombre. Habrá, pues, que descartar la composición de las aguas en la producción del fenómeno que venimos estudiando.

Pudiérase ver un factor de gigantismo en la regularidad de las lluvias; pero es solamente una tercera parte del país, la zona central, la que tiene lluvias abundantes en invierno y sequía en el verano: en el tercio Norte la lluvia es escasa o nula, tanto que su venida es más veces perjuicios que alivio, y en el tercio Sur la caída de agua es frecuente en todo tiempo, ya en lluvia abundante, ya en borrascas de extraordinaria fuerza, ya en esas neblinas espesas que parece que empapan antes de mojar: en el extremo Sur llueve diariamente. Y va otra causa que suprimir.

Sólo de paso mencionaremos las corrientes aéreas, porque su acción no tiene más de costante que la del viento Norte para producir mal tiempo y lluvias, y la del viento Sur que trae la bonanza; pero este benéfico Sur es seco, caliente y agostador en verano, y frío hasta el aterimiento en invierno. En cuanto a los vientos del Este, viento de la cordillera, y del Oeste, viento del mar, refrigerado el uno por las nieves andinas, refrescado el otro por la helada corriente polar que recorre nuestra costa, apenas si se puede tomar en cuenta su acción moderadora de las calurosas tardes estivales.

Quedan dos elementos que estudiar, y los dos son de manifiesta importancia: la luz y la temperatura.

Nadie ignora la suma importancia de la luz en el desarrollo de los vegetales verdes, para los que ella es factor indispensable de vida y un regulador de su crecimiento. Tan seguro es el efecto de la luz que, en ausencia de natural, puede obtenerse la vida vegetal con luz artificial filtrada con tamices que van del azul al rojo. Aun más: la ausencia de rayos violeta, nocivos para los vegetales, permite una precocidad verdaderamente maravillosa,

como lo han demostrado Truffaut y Thurneyssen, autores de este descubrimiento, cultivando plantas de fresas en los subterráneos de Versalles, donde han obtenido frutos maduros en 40 días, en pleno invierno.

Chile es un país ampliamente favorecido por la luz: en la región del Norte, sin vapor de agua en el aire, y donde los rayos solares llegan sin estorbo hasta el suelo, la luz ejerce ampliamente su acción reguladora, y hay un marcado contraste entre la vegetación achaparrada y escueta de las partes altas y la frondosidad de árboles y plantas desarrolladas en cañadas y quebradas; en la región central, donde las horas de luz varían entre 8 y 14, las altas cimas de los Andes prolongan la tarde reflejando los rayos del sol, y los corpúsculos de polvo que flotan en el aire son como innumerables espejos que reflejan y acrecientan los rayos solares, produciendo así esa extrema luminosidad de nuestros paisajes, y que aumentaría su belleza si ya no fueran de por sí maravillosos. Aun en el Sur, donde la frecuencia de los días nublados y de las lluvias mantiene más de la mitad del año a la tierra bajo una luz difusa y grisácea, la temporada de verano tiene días de hasta 16 horas de luz solar, y cuando el otoño se prolonga hasta el mes de Mayo, como sucede con frecuencia, nos es dado asistir a esa maravilla de las tardes australes, cuando el sol, como a desgano, hunde pausadamente su disco rojo, dejando flotar sobre los mares un velo anaranjado y tiñendo los cielos con celajes de tan vívidos y variados matices que el más diestro pincel no llega a copiar, mientras que al Oriente se iluminan con los postreros rayos solares los agudos conos de los volcanes, envueltos en una niebla de color rosado, suave e intenso al mismo tiempo: cielo y cordillera iluminan aún el valle, hasta que todo principia a esfumarse y lentamente, lentamente, se envuelve el mundo en un manto de gasa azul que se va desvaneciendo, mientras llega la noche y surgen las estrellas como brillantes que el joyero desparrama sobre el obscuro tapiz de su vitrina.

Es evidente que nuestra vegetación es influída favorablemen-

te por la luz clara y brillante de nuestra atmósfera, luz que sólo cede en intensidad lo que gana en duración. Debemos, pues, anotar la luz como uno de los factores del gigantismo de los vegetales inmigrados.

Agente importantísimo que modifica la acción de la luz en la asimilación de las plantas es la temperatura: las características especiales de nuestro país con relación a las variaciones termométricas nos obligan a detenernos en su estudio.

La máxima varía disminuyendo de Norte a Sur: a las altas temperaturas diurnas, seguidas de noches muy frías, de la zona nortea, sucede en la región central una curva térmica de gran regularidad, con ascensos cada vez más altos desde la primavera hasta el otoño, y descensos igualmente marcados desde el otoño hasta el invierno; pero ni el calor llega más allá de los 40 grados—y esto como excepción—ni el frío pasa más allá del 0, y solamente en contadas noches baja uno, dos o tres grados: una baja hasta siete grados bajo de cero acaba de producir la ruina de viñedos y sembrados de toda la zona central en donde no había recuerdo de tan intenso frío. Igual curva sigue la temperatura en la región austral; pero las alzas son cada vez menores, en beneficio de las temperaturas bajas que van aumentando en intensidad y duración, aunque todavía el verano se hace presente con días francamente calurosos; ya en el extremo austral la nieve, hasta ahora simple agente decorativo, destinado a embellecer nuestras cordilleras, cobra sus derechos y cubre con su blanco manto las islas del Archipiélago y las llanuras de la Patagonia chilena.

El mar, poderoso agente de regularización de la temperatura, obra en nuestro país en un solo sentido a consecuencia de la corriente polar que recorre toda nuestra costa, y por esto su acción se reduce a rebajar las altas temperaturas estivales. Habrá de notarse también que sus brumas contrarrestan el frío seco productor de heladas.

Queda claro que no hay en Chile temperaturas más allá de los 40 ni por debajo de 2 a 4 en casi toda la región actualmente cul-

tivada, que es la en que hemos anotado nuestras observaciones. Evidente resulta que esta ausencia de fríos intensos y de nevadas, unida a la marcha más o menos constante de los ascensos y descensos de la curva termométrica, y la acción prolongada de la luz solar son entonces los agentes productores del gigantismo en las plantas aclimatadas en este país.

Otro factor debe influir también y tal vez con no conocida importancia: la acción de las corrientes electro magnéticas sobre la vegetación; pero este es un capítulo casi en blanco en el que apenas unas pocas líneas hablan del desarrollo anormal de plantas cultivadas en terrenos sometidos a una fuerte corriente eléctrica o de la hipótesis de que el mejor rendimiento de los trigos barbados sobre los desprovistos de aristas se debería a la captación de las corrientes eléctricas por estos verdaderos pararrayos. El que se dedique a estos estudios tendrá mucho que aprender, muchas novedades que dar a conocer.

Sean o no acertadas nuestras opiniones, el estudio del desarrollo rápido y exagerado de los vegetales introducidos en nuestro país tiene doble importancia: para el hombre de Ciencia, como un fenómeno de manifiesto interés; para el agricultor y el industrial, como un considerable factor económico. Los tiempos están para tomar en cuenta ambos aspectos.

R. Dávila Silva

“Portales”, por Don Francisco A. Encina

A mi excelente y muy sabio
amigo Valentín Brandau, con
cariño y respeto.



EN «La Nación», del 11 de noviembre, aparecía en grandes y solemnes caracteres el aviso de que don Francisco A. Encina iba a contestar en tres domingos sucesivos una crítica mía a su libro «Portales», aparecida en la revista «Atenea». Agregábase ahí un muy largo sumario de los temas que el señor Encina se proponía dilucidar y que, en síntesis, forman como el índice de un sistema filosófico. Tal como estaba anunciado, en los números dominicales de «La Nación» aparecieron, alineados en dieciocho formidables columnas, las observaciones que a nuestro autor le merecen mis reparos. A virtud del antedicho anuncio, me he creído autorizado para intervenir en este debate y hacerme cargo de esa respuesta, si bien el señor Encina, con espíritu científico y discreción que me complazco en reconocer, haya omitido en esas columnas el nombre de su impugnador.

Debo confesarlo: en presencia de dicha respuesta mi primera impresión fué de asombro y temor. Voy a explicar porqué. Fenómeno muy conocido de turistas y viajeros es el que se produce en las altas cordilleras de las nieves eternas, de los ventisqueros milenarios. Según ahí se observa, la nieve que de continuo

cae sobre las crestas de las montañas no se asienta y afirma y amalgama sólidamente sino que va quedando superpuesta, leve, sin adherencia con las capas inferiores, en inestable equilibrio, de modo que la más ligera trepidación del suelo o la atmósfera basta para que toda la névea torre se derrumbe hasta el fondo del valle. En ocasiones, sobran una pisada fuerte, un grito, cualquiera vibración para que el fenómeno se produzca. Por eso a los alpinistas, a los cazadores montañeses les advierten que en esas alturas envuelve riesgo de muerte disparar un tiro, pues se dan casos en que una sola detonación, conmoviendo desde la base el frágil conglomerado de las nieves, las arrastre por sobre ventisqueros y rocas, como impetuosa e irresistible avalancha, hasta las llanuras y sembrados, arrasándolo todo al paso, convirtiendo en informe masa de escombros y lodo lo que allá en las cumbres fuera nieve cándida y fúlgida.

Este conocido accidente físico suele tener su semblanza en el mundo moral; el acto más inocente puede acarrear espantables, catastróficas reacciones que llevan estrago y muerte a inimaginables distancias. Ante ellas nos quedamos atónitos de asombro y pavor, tocándonos el cuerpo para cerciorarnos de que aun estamos enteros y con vida.

Es lo que en la presente ocasión me ha ocurrido con el señor Encina. Había él escrito un voluminoso libro acerca de «Portales», libro hasta de blanca cubierta, repleto de un saber que durante treinta años había ido acumulándose ahí, pero en que los copos de nieve—digamos las observaciones, teorías y conjeturas—no se fusionaban sólidamente unas con otras ni descansaban a firme en la granítica base de la realidad histórica. Inexperto cazador, tuve yo la malhadada ocurrencia de lanzar un artículo, como quien dice un tiro, sobre la ostentosa construcción y, ¡ahí de la catástrofe, del derrumbe, del monstruoso aluvión, sobre los inermes lectores de estas dieciocho columnas de apretada letra que estamos contemplando entre admirados y pavoridos, casi todos procurando entender lo que ahí se dice y aprovechar la

modernísima y sin duda inefable sabiduría contenida en estas nuevas tablas de la ley.

Confesémoslo francamente: no es sencilla la empresa ni mucho menos, aun cuando para descifrar este código de ultramodernismo, que establece en forma absoluta la relatividad del saber, se embeba uno en su lectura, y medite y analice el texto «a grand renfort de bésicles», como diría el alegre cura de Meudon. Después de contemplar intrépida y pacientemente, con calma y esmero estas columnas, de afrontarlas por todas sus caras, se cae en la cuenta de que el señor Encina ha querido echarnos encima todo un original y personalísimo sistema de filosofía, expuesto más o menos metódicamente pero, eso sí, afirmado muy dogmáticamente, con aquella fuerza en el aserto que le conocemos los lectores de «*Portales*».

Empero, si hemos de ser francos, el público, y antes que él este im prudente cazador, aguardábamos en esta ocasión otra cosa que el bosquejo de un sistema filosófico más o menos plausible: a los netos y precisos reparos de historia y de metodología histórica imaginamos que opusiera el señor Encina consideraciones de la misma índole y que no abandonaría el terreno en que estaba planteada la controversia. Entretanto, a propósito de historia y de teoría de ella, nos sale con una extensa disertación epistemológica y ontológica que, de caer bajo la vista de Portales, lo hubiera muerto mucho más rápidamente que las balas y bayonetas de Vidaurre. Menos mal que en respuesta no nos ha dado un resumen de la teoría cosmogónica de Laplace o una historia de la teurgia o las matemáticas. Es decir que el señor Encina ha considerado uno solo de los varios puntos de disidencia que yo indicaba en mi crítica, y seguramente el menos favorable para «*Portales*», como en ulterior artículo habré de mostrarlo.

Por el momento, básteme anticipar que esta relatividad del conocimiento humano proclamada con tanta amplitud y énfasis por nuestro autor, no es nueva; tiene ya veinticinco siglos de fecha, data de los tiempos en que en Grecia la predicaba el gran

sofista presocrático Protágoras. Por otra parte, ella hace fuego, antes que nada contra el Portales del señor Encina, que de ser un hombre de carne y hueso, tangible, histórico y a quien conocemos o presumimos de conocer en plenitud, se convierte en borrosa e incierta figura, arbitrariamente construída y caprichosamente apreciada por nuestros relativos criterios y modos de aprehender la verdad, la realidad de cosas y personas. Porque no hay motivo para colocar el criterio del señor Encina en categoría especial y preponderante sobre el de los demás cuando juzga a Portales ya que, según su doctrina, tan relativo es ese criterio como el de los otros seres humanos. Y esto que digo de Portales se aplicaría a cualquier personaje de la historia y a la historia misma, envuelta como en densa niebla en las lucubraciones de nuestro autor. Es que en estricta lógica, ante el universal relativismo que enseña el señor Encina, resulta una inconsecuencia escribir acerca de nada o de nadie, si no ha de ser como expresión de un sentir individual que no se impone a ninguna otra inteligencia. Mas, las teorías a que me refiero serán, como dije, tema de un nuevo artículo; por ahora para ellas *non est hic locus*, no están aquí en su lugar, sólo remota atingencia guardan con las cuestiones en examen.

Pero a este respecto debo desde luego manifestar siquiera mi extrañeza cuando a propósito de una discusión histórica el autor se concreta al solo aspecto filosófico del asunto y deja de mano a la historia misma y su interpretación. Procedimiento que no dejará de embarazar a los historiadores futuros si los obliga a profesar una metafísica, a tener un sistema más o menos propio acerca de los prístinos y fundamentales principios de las cosas. Así, para juzgar a Bismarck habrá que conocer a fondo el kantismo y hegelianismo, o si se trata de Napoleón, las doctrinas de Renouvier y Comte, si ya no es que se requiera una completa y personal concepción del Cosmos. De otro modo no cabría escribir historia. ¿Ven Uds. a Macaulay escribiendo, en cuanto spence-riano, su historia de Inglaterra, o a Mommsen, en cuanto se-

cuaz de Krause o Schelling, la de Roma? Comprendamos que tal pretensión es inadmisibile; sería introducir la inestabilidad, incertidumbre y fluctuaciones del pensamiento filosófico en la materia firme, concreta e invariable de la historia ya consumada e irreversible. Por ahí, por esa indebida intromisión—*empiétement* dicen los franceses—de una disciplina en otra, han fallado las veinte filosofías de la historia que de Herder a Spengler han seguido en Alemania la fatal derrota del olvido.

Y no es ésta la única dificultad en que tropezarán los futuros historiógrafos si han de acogerse al sistema filosófico de nuestro autor. Sabemos ya que éste, despreciando la inteligencia razonadora y discursiva, sólo concede valer, verdad y realidad a los datos de la intuición. Esta intuición, en que se trasciende y supera a lo intelectual, a la razón, el historiador no sólo ha de reconocerla en sus personajes sino también poseerla él mismo, pues de lo contrario no podría ponerse a tono con los biografados, le faltaría esa antena espiritual con que percibir el raro y personalísimo fenómeno de la intuición. Y todavía, ¿cuándo y cómo estaría seguro de haber aprehendido e interpretado correctamente las iluminaciones, raptos, visiones, arrobos, o como quiera llamárseles, del personaje en estudio? ¿Cuál sería el criterio para apreciar el rigor y exactitud de la deducción? Y por último, si el historiador, un Barros Arana pongo por caso, demora treinta años en escribir su historia, ¿va a exigírsele que en todo ese largo lapso de vida su percepción intuitiva no falle o disminuya un momento mientras escribe las doce mil o más páginas de su relato, y recuerde esos lampos de intuición, por naturaleza fugacísimos?

Para mi crítica a «Portales» lo esencial es que, reducida la respuesta del señor Encina al solo punto de las bases y desarrollo del conocimiento, quedan en pie y en toda su fuerza, manifiestamente y por lógica consecuencia, todos mis demás reparos a su obra. Y desde luego, el más fundamental, el que impugna la presunta imposibilidad de asignar leyes a la historia, de some-

terla a ellas y por ellas explicar la marcha de la humanidad. Esta misma voluminosa réplica del señor Encina, estas dieciocho columnas en que sustenta un raro y sutil sistema especulativo, ¿qué otra cosa es más que la implícita confesión de que el pensamiento del hombre y en consecuencia sus actos, están sujetos a normas en mayor o menor grado discernibles y predicables, normas que nuestro autor ha descubierto o creído descubrir, y cuya pesquisa, en todo evento, no le parece ni irracional ni contradictoria? ¿Qué reconocimiento más franco y pleno de que las ciencias sociales, con el hombre por sujeto, son tales ciencias, con principios y reglas y conclusiones susceptibles de ser inferidas con rigor? Y con este silencio, esta preterición suyos, ¿cuántas otras disciplinas históricas desde la antropología hasta la epigrafía y la estadística no deja a firme el señor Encina de las que sus asertos en «Portales» repudiaban y condenaban como anticientíficas e imposibles? Y dentro de la historia misma, ¿son pocas, acaso, las leyes de cultura, de política y los preceptos de administración, análogos en todo tiempo y país, que subsisten incólumes a despecho de la incondicional y resuelta negación de nuestro autor? Subsisten esas leyes de la experiencia que desde Hipócrates a Montesquieu afirman la influencia de los climas en la historia humana: perduran las leyes tan vigorosamente expuestas por Taine acerca del influjo del suelo, del tiempo y la raza en dicha historia; se mantienen en su plena eficiencia las reglas de los grandes números en la formación y resultados de la estadística. Nada de esto ha removido o anulado la respuesta que, fundándose en su relativismo universal, nos presenta nuestro autor.

Por lo demás, creo yo que salta a la vista de todo el mundo la incongruencia de postular ese total relativismo, negando a la vez la existencia de leyes de cualquier orden, el histórico inclusive. Porque para nosotros la inmediata y obvia consecuencia de tal sistema es ésa: el igual valor de todas las opiniones, si plenamente eficaces para quien las profesa, nulas ante los demás

critérios. Esa relatividad sólo puede referirse a la facultad perceptiva y discursiva de cada cual, y por esencia y definición difiere de individuo a individuo. No hay motivo para que un autor erija su propio criterio y juicio en ley de historia y geografía. Sin embargo, es lo que pretende el historiador de Portales al avanzar su tesis.

A este respecto argüía yo en mi crítica a «Portales» que su biógrafo, al negar aún la posibilidad de leyes históricas, incurría en palmaria contradicción puesto que ese mismo aserto presupone ya una ley, un principio. Y ya vemos que—no digo una ley—es todo un sistema de filosofía el que el autor deduce de la contemplación de los acontecimientos humanos, aun cuando para ello necesita plegar los hechos a sus conceptos. Por otra parte, su obra tiende a establecer un principio de jerarquías entre las diversas familias humanas. De este cargo de inconsecuencia no se ha aligerado nuestro autor, así como tampoco refuta mis comentarios relativos a esa propia cuestión de razas e influencias étnicas.

Mucho más grave que esa inconsecuencia resulta la forma y aplicación que el señor Encina da a su teoría de las razas. En su defensa él no ha tocado este reparo. En mi artículo crítico juzgué este problema suficientemente claro para no requerir mayores comentarios, limitándome a producir en su contra razones que estimo definitivas. De intento, y para no alardear de una fácil erudición me abstuve de toda cita o referencia. Mas, ante la ponderosa respuesta del señor Encina, y a fin de que no se alarmen con ella mis lectores, paréceme que no estará de más invocar el testimonio de otros pensadores, naturalistas, filósofos y críticos que añadan valor a mi débil opinión, mucho más descalificada aún si se la juzga a la luz del relativismo.

En magistrales palabras dice, por ejemplo, nuestro distinguido etnólogo el Dr. Ricardo E. Latcham (1): «La terminolo-

(1) Ricardo E. Latcham: *Antropología, Etnología y Arqueología*. Santiago, 1915, pág. 22.

« gía de la ciencia en cuanto a las diferentes agrupaciones huma-
« nas todavía no se ha fijado de una manera concreta, de modo
« que para hacerla comprensible es preciso establecer la defini-
« ción que se quiere dar a los distintos términos... En cada gru-
« po vemos, uno al lado del otro, pueblos de los caracteres más
« diversos... La evolución puede, en parte, responder por estas
« diferencias... pero con todo, es muy difícil descubrir cuáles
« sean los verdaderos factores que obran, en qué proporción, en
« qué tiempos, y cuáles han sido los tipos primitivos cuyos ca-
« racteres se han superpuesto a los demás para producir los que
« son comunes a todas las subdivisiones». E insistiendo en la di-
« ficultad de determinar la forma y proporciones en que intervienen
« los factores étnicos, agrega el autor, (p. 23). «Como casi todos los
« pueblos actuales son mezclados, resulta que son en la mayor
« parte mesaticéfalos, no obstante lo cual, se encuentran en ellos
« todos los tipos... Es, por lo tanto, muy difícil descifrar los
« diferentes elementos que han entrado en su formación... Es,
« por lo tanto sumamente complicado y difícil seguir hasta sus
« orígenes a cada uno de los componentes, sobre todo cuando és-
« tos mismos han sufrido la misma serie de mezclas antes de cons-
« tituirse en entidades políticas». Con discreción y cautela ver-
« daderamente científicas el señor Latcham no cierra la puerta a
« otras explicaciones ni excluye la intervención de otros factores
« en las razas. Así, después de señalar entre los factores genéticos
« de las razas, a la selección, al cruzamiento y a la herencia, agre-
« ga (p. 23) estas considerables palabras: «Indudablemente que-
« dan otros factores, muchos tal vez, no descubiertos aún...»
« Y confirmando lo que yo avanzaba en mi artículo acerca de la in-
« seguridad en que estamos todavía respecto de la herencia y sus
« leyes, agrega (p. 26) esta frase que abre ancha brecha en la teoría
« del señor Encina: «Las verdaderas leyes que gobiernan la he-
« rencia y el atavismo no las conocemos bien; pero aun cuando no
« parecen obrar, subsisten latentes, prontas para aparecer a la
« primera oportunidad favorable». Y por último, para asestar

golpe de muerte a la tesis de nuestro autor, séame lícito transcribir este párrafo de fuerza y autoridad únicas, que hiere a dicha teoría en su centro vital, (p. 71): «Se ha deducido de este « hecho que hay razas superiores y razas inferiores, pero los ar- « gumentos avanzados a favor de estas teorías no son conclu- « yentes; porque hemos visto que los pueblos más civilizados « de hoy no lo eran ayer y bien podrán no serlo mañana... « El desarrollo relativo es más cuestión de accidente que de di- « ferencia fundamental de la capacidad; y dada una feliz combi- « nación de circunstancias y el tiempo necesario para su desarro- « llo evolutivo natural, no encontramos motivo alguno para « suponer que el pueblo más bajo en la escala de la civilización « no pudiera ponerse al nivel de los que acostumbramos a con- « siderar como superiores. No es argumento, como muchas ve- « ces se ha pretendido que la forma del cráneo o de la cara o la « capacidad craneal sean indicio seguro de superioridad o infe- « rioridad, porque hemos visto que estos caracteres también se « modifican y que el desarrollo de la función es el que produce la « mentalidad y modifica el órgano, en este caso el cerebro, y no « la caja ósea que lo cubre. Es simplemente un prejuicio el que « coloca la sección de la humanidad a que por casualidad perte- « necemos en un pináculo que decretamos no será jamás alcan- « zado por otra». No se podrá ya hablar de fatalismos de raza después de leer las siguientes categóricas palabras que son firme expresión de la ciencia (pág. 138): «se puede admitir la diferencia « entre una clase y otra en cuanto a vigor físico y energía intelec- « tual; pero como diferencia relativa, no absoluta. No son dife- « rencias fundamentales sino de grado, y bajo condiciones favo- « rables tienden a eliminarse o atenuarse en gran parte. Sin « embargo, como todo progreso es lento, no siempre alcanzamos « a presenciarlo y esto nos hace creer con frecuencia que no exis- « te, y negar a los pueblos de cultura inferior la capacidad de « progreso».

Pero escuchemos ya a otras autoridades. El conocido etnó-

logo M. Eugéne Pittard (1) escribe: «Los invasores, convertidos
 « en vencedores, se han otorgado las mejores situaciones. Han
 « constituido en el acto la aristocracia militar, tipo del mundo
 « feudal. Eso se ha visto siempre y verosímilmente se verá siem-
 « pre, cualquiera que sea el grupo étnico a que se pertenezca.
 « Y no es porque poseyesen el complejo étnico que se sabe;
 « no es en virtud de un determinismo racial, sino simplemente
 « porque eran los triunfadores por lo que las gentes de raza nór-
 « dica se han colocado, por derecho de conquista, en primera
 « línea». Más lejos, (p. 28) añade Pittard: «¿Es exagerado decir
 « que por el momento no hay lugar a aceptar las leyes enunciadas
 « (acerca de la superioridad de los dolico, sobre los braquicéfalos),
 « por lo menos bajo esta forma autoritaria? Nuestros documen-
 « tos de morfología comparada son demasiado insuficientes para
 « que podamos tomar otra actitud que la de la espectación, de la
 « reserva. Nunca más que aquí se impone la reserva científica
 « porque tales suposiciones, entre las manos de los exaltados,
 « pueden conducir a trastornos sociales mal organizados...».

Nada ataca más directamente la tesis del señor Encina en su metodología que el texto de Lévy-Brühl que transcribe en seguida: «Nada aparta mejor del método deductivo *a priori* que
 « la práctica de la historia. En efecto, como se ha divertido en
 « hacerlo ver Littré, lo que de hecho ocurre en la historia es casi
 « siempre lo contrario de lo que *a priori* hubiera debido ocurrir.
 « ¡Cuántas sorpresas para el hombre de Estado más clarividente
 « si volviese al mundo cincuenta años, nada más, después de su
 « muerte!».

Pero escuchemos ya la voz del historiador. Eduardo Meyer una de las supremas autoridades en la materia, escribe acerca de estas cuestiones (2): «Así, pues, no puede existir duda: el grupo
 « étnico no se ha creado, él también sino por un largo proceso his-

(1) Eugéne Pittard. *Les Races et l'Historie*. París, 1924, pág. 26.

(2) Edouard Meyer: *Histoire de l'antiquité*. París, 1912, tomo I, pág. 86.

« tórico, semejante al que hemos considerado más arriba». Y en la siguiente página añade estas decisivas palabras: « En realidad, « en ninguna parte de la tierra se dan pueblos sin mezcla; y « mientras más alta es la civilización, más fuerte es de ordinario « la mezcla. La pureza de la sangre, el autoctonismo, la impe- « netrabilidad a las influencias extranjeras, todo ello dista tanto « de constituir ventajas que, por el contrario, un pueblo es nor- « malmente tanto más fuerte cuanto mayor número de influen- « cias extranjeras ha acogido y fundido en una íntima unidad; « es sólo cuando no lo consigue cuando la mezcla es funesta. « Todos los pueblos y sobre todo las nacionalidades de nuestro « mundo civilizado son el producto de un proceso complicado de « evolución, influenciado por los acontecimientos históricos más « diversos; y tan poco es la nacionalidad—por mucho que lo « pretenda—la expresión de una unidad étnica primitiva que, « muy al contrario, en el terreno del mismo grupo étnico y de la « misma unidad lingüística, diferentes nacionalidades se pre- « sentan... y que, a la inversa, en el seno de la misma naciona- « lidad, los pueblos que en él se injertan pueden mantener parte « de su individualidad».

No es menos preciso y concluyente el sentir de críticos y filósofos a este respecto. Así, en un profundo artículo de Brunetiére (1) hallamos las siguientes explícitas declaraciones: « Hoy « día la noción de raza, dice Mr. Gumplowicz, no es ya por do- « quiera más que una noción histórica... La raza es una unidad « que en el curso de la historia se ha producido en el desarrollo « social y por él... Los factores iniciales son intelectuales: len- « gua, religión, costumbre, derecho, civilización... Sólo más tar- « de aparece el factor físico, la unidad de la sangre... » Diremos la misma cosa de manera más breve: no es la sangre la que hace la raza, sino, al contrario, la raza hace la sangre. Con lo cual una cuestión, no sólo obscura sino contradictoria en los términos,—

(1) Publicado en la *Revue des Deux Mondes*. Año 1893, pág. 437 y sgtes.

porque si no se puede observar en parte algunas razas naturales, ¿cómo en realidad se las definiría?—se encuentra reducida a una cuestión puramente histórica... «Y más adelante (p. 442) leemos «estas luminosas palabras: Pero, ya sea que se le reconozca o, «al contrario, ya sea que se lo niegue, si el poder del individuo «se aumenta con ello en el primer caso, no se disminuye en el «segundo; de todas maneras la individualidad permanece como «una fuerza histórica, siempre independiente y siempre impre- «vista, que no cabría retirar de la historia sin reducir a la mate- «mática lo que hay de más complejo, de más variable y de más «vívido en el mundo. Así equilibrada por la influencia del indi- «viduo—de la cual todo lo que pudiera decirse para disimularla «es que es menos constante y de apreciación más delicada—la «influencia de la lucha de las razas en la historia o en el proceso «mismo de su formación no deja de quedar ya singularmente re- «ducida... El mismo Mr. Gumplowicz nos lo ha dicho, y de «buen grado lo repetimos con él: «La raza es una unidad que se «ha constituido en el curso de la historia, en el desarrollo social «y por él». Nada de comunidad de sangre, nada de fisiología «ahí sino hechos históricos y sociales, y nada de más ni de menos. «La raza francesa es una *creación* de la historia de Francia...». A este respecto escuchemos, por último, la palabra lúcida, inven- cible, de aquel magno espíritu, dialéctico formidable y agudísimo escritor que fué Alfredo Fouillée. Escribe él: (1): «No ver en la evolución de las sociedades más que una lucha de razas en el «seno de medios geográficos más o menos favorables es no per- «cibir más que un aspecto de la cuestión y el más primitivo, el «más vecino a la animalidad, es caer de nuevo en el dominio de «la zoología y la antropología. Aun entre las razas prehistóricas «el gran móvil del progreso social fué la producción en vista del «consumo; ahora bien, la cooperación apareció pronto a los hom- «bres como el medio más fecundo y seguro de producir las cosas

(1) Alfred Fouillée: *Psychologie du peuple français*. París, 1927, pág. 48.

« útiles». En la página 54 agrega estas palabras que parecen escritas como remate de toda la discusión: «En una palabra, las ideas y los sentimientos no se distribuyen por razas; eso ocurre « sólo con un pequeño número de ideas o sentimientos, y ese « número va disminuyendo sin cesar. *Es falso, pues, que la adaptación por instrucción, por educación, por costumbres, legislación, « régimen económico, no presente importancia; son por el contrario, « factores cuya importancia va creciendo y que moldean poco a poco sobre el mismo patrón a los individuos que vienen de familias « o de razas diferentes».*

En presencia de estos textos y de cien otros que pudieran acotarse, la cuestión racial como la entiende el señor Encina, con los comentarios y aplicaciones que de ella hace, puede considerarse refutada en sus fundamentos, condenada a muerte por el más alto y sabio pensamiento moderno. No hay fatalismo racial; la raza es una resultante de múltiples factores de toda índole; no aparece en el origen sino en el curso de la evolución de las sociedades y tiende a la total y definitiva fusión de todas las sangres. No existen razas perpetuamente superiores y privilegiadas. La historia no es un problema que resuelva sólo la consideración étnica de los individuos sino la concomitancia de la raza con los otros elementos normales y formativos de la evolución social: clima, época, suelo, costumbres, religión y, por sobre todo ello, el libre, espontáneo y demiúrgico genio del hombre. Es lo que enseñan los textos aducidos y lo que en su libro desconoce el señor Encina.

Esto que digo de la cuestión racial puede repetirse de los demás asertos de nuestro autor objetados en mi crítica. Así, por ejemplo, ahí hacía yo especial hincapié en lo relativo a la libertad, tratada con tanta ironía por el señor Encina. Paréceme que el largo resumen filosófico de dieciocho columnas confirmaría, antes que rebatirlo, mi reparo. Porque filosofía como la del señor Encina, que postula y exalta el sentir propio, la intuición y el visionismo, erigiéndolos en norma del juicio de cada cual, es la

suprema expresión de la autonomía del pensamiento, la más sólida base de individualismo y, por tanto, de libertad. No cabe suponerle a ésta, fundamento más amplio y profundo porque toca a lo más íntimo y hondo del hombre. De modo que no es dable, sin notoria inconsecuencia, (¡y en ella cae nuestro autor!) por una parte afirmar la relatividad del conocimiento con que aprehendemos la realidad, y por otra un determinismo evolutivo y racial que reprime, condena y decapita la libre iniciativa humana. Si nuestro autor se proponía suprimir la libertad, sobre todo en el terreno político, debió propiciar algún sistema que llevara implícito ese repudio, digamos, por ejemplo, el hegelianismo, que esclavizando al individuo, lo sacrifica a la sociedad y por encima de todo pone al Estado omnipotente, dictador de personas y conciencias. Pero es lo que no ha hecho; y de ahí la insalvable contradicción que señalo: su relativismo es doctrina personalista y de libertad, y él desdeña la libertad. Es decir, en otras palabras, que le vuelve la espalda a la historia, que cierra los ojos al dilatado y uniforme espectáculo del avance de la humanidad hacia una meta que es la más amplia independencia del hombre compatible con la vida social. Esa marcha, lenta pero continua, se produce a lo largo de los siglos en el sentido de asegurar al individuo el máximum de bienestar y confianza hasta tocar el límite de los derechos ajenos; el objetivo final que persigue es facilitarle el espontáneo y libre juego de todas sus actividades físicas y espirituales para las que se siente organizado. Esa progresión de pueblos e individuos a la libertad, avance refrenado a veces, otras retrógrado, es propiamente la historia y es su forma y destino. De ahí que cuando una nación se ha acercado a ese ideal, se ha producido en ella una época gloriosa y feliz de bienestar, grandeza y exaltación. Tal sentimiento de autonomía espiritual y civil, y el de responsabilidad que le es correlativo, son motores supremos de la vida humana. Para constituirlos y afianzarlos pugnan las generaciones; ayer los instalaban los hombres en sus códigos y leyes; hoy, en todo el orbe, millones de mujeres

tienden al mismo fin, y a lograrlo encaminan todos sus esfuerzos. Es que nunca se siente el individuo bastante provisto de libertad, así como nunca imagina respirar suficiente aire puro o encerrar en sus arcas las necesarias riquezas. Y todo cuanto enfrena o amengua esa independencia lo afecta y lastima como una disminución de su personalidad. Eso es lo que nos muestra la historia en cada una de sus páginas desde Atenas y Roma antiguas hasta Francia y Gran Bretaña, Suiza, Estados Unidos. Cuando en algún pueblo ha faltado ese potente impulso, aquella noble y creadora aspiración de bienestar y progreso, decimos que ahí han sentado sus reales la incultura y decadencia. De manera que todas esas fáciles ironías contra la libertad, si acreditan el talento de quien las gasta, caen impotentes al suelo si pretenden ser algo más que ingenioso y sofístico juego. Que es, manifiestamente, lo que ocurre con estas gracias del señor Encina. A este respecto vuelvo a interrogar a nuestro distinguido historiador: ¿Han nacido los pueblos a ser libres o siervos? ¿y por cuál término opta él? Porque nada puede substraerlo a la disyuntiva: o libertad con todas las limitaciones y modalidades que quiera imponérsele, o despotismo, cruda tiranía, cuya condición y vital necesidad es el encadenamiento de la inteligencia e iniciativa individuales. ¿Cuál propone al hombre mayores paz y felicidad y contribuye más eficientemente al progreso y civilización de los pueblos? Como entre libertad y despotismo la diferencia está en los principios generadores, no cabe imaginar un híbrido de ambos sistemas, porque la lógica y la experiencia histórica han demostrado cien veces que el régimen remonta siempre a su principio constitucional, orgánico. Hemos de preferir la libertad aun cuando más no sea que por esa perpetua vigilancia que impone a sus devotos y que mantiene alerta, en tensión, en constante ejercicio todas las facultades y energías del individuo. Vigilancia fecunda en iniciativas de que se aprovecha la sociedad entera, en virtudes que retemplan su voluntad y que aun a los que carecen de todo otro,

proponen como el más bello ideal de existencia la libertad en todas sus formas.

Quizás la razón de la antinomía que señalaba hace un momento se halle en los orígenes de la filosofía y construcción histórica del señor Encina. En realidad, se la encuentra sin mayor trabajo en el conocido libro de Spengler acerca de «la decadencia de occidente». Ahí ha recibido nuestro autor el *coup-de-foudre* del historiógrafo alemán; él mismo no lo oculta, lo deja claramente vislumbrar cuanto en los dieciocho capítulos de «Portales» pone como epígrafes nueve textos del escritor germano. Se ve la enorme, la avasalladora influencia de éste sobre nuestro compatriota, que, en toda la fuerza de la palabra, está intoxicado de spenglerismo. Influencia, a mi entender, nefasta, porque bajo capa de una vasta y viaria erudición, que aun no ha sido aquilatada en forma por la alta crítica, Spengler ha introducido en la historia multitud de prejuicios, controvertibles principios, falsas inferencias y engañosas simetrías que la deforman y encuadran en un marco de error. ¿Quién no siente palpitar en sus libros la tesis de la supremacía teutona y que la obra ha sido escrita para demostrarla? Día ha de llegar—y ya existen trabajos de avanzada—en que todas esas peregrinas teorías serán controladas y estimadas en su justo valer; y mucho me temo que éstas, como tantas otras especulaciones forjadas en Alemania y recibidas con aplauso y acatamiento en todo el mundo, pase a ocupar un nicho en el hipogeo de los sistemas históricos y filosóficos. ¿Por qué no, si ya pasaron los de Kant, Fichte, Hegel y Bunsen?... Por el momento basta constatar que ellas han creado e informado el concepto histórico del señor Encina y, por natural consecuencia, su manera de apreciar a Portales y su época.

Pero no todo el sistema de nuestro autor lo suministra el spenglerismo, que describe las sociedades ya constituídas; otra parte, y esencial, de la filosofía que examinamos la proporciona la doctrina de Bergson, que también anda muy recordada por estas páginas. El bergsonismo tiene aquí plausibilidad y cabida. Por-

que sí, con Spengler, los lectores asisten al desarrollo de las sociedades humanas en ciclos que el autor alemán describe minuciosamente, es fuerza remontar aún más cuando se buscan los orígenes de ese eterno movimiento de avance; hay que rastrearlo en el hombre mismo que forma dichas sociedades, en su constitución mental y física y, aun más lejos, en la evolución de la materia universal de que se componen las agrupaciones humanas. Ese evolucionismo, que empieza por ser cósmico antes de convertirse en biológico, el bergsonismo nos lo muestra en acto y proceso de sempiterno devenir. Y se contempla entonces completo el sistema discurrido, por el señor Encina que, partiendo del átomo, concreción de fuerzas y pasando por las infinitas metamorfosis de una evolución universal y eterna, ha venido a culminar en el hombre, y aun más arriba, en los grupos de hombres que viven y forman la historia.

No es ésta, como dije, la oportunidad de juzgar el sistema que se nos ofrece con tan imponente aparato de erudición. Pero con lo expuesto cabe formar idea del terreno en que el señor Encina sitúa sus doctrinas y apreciaciones; cabe asimismo señalar desde luego algunas de sus deficiencias. No es el menor inconveniente de la filosofía propuesta en las consabidas dieciocho columnas su perfecta inutilidad para la elaboración de «*Portales*». Este libro—de índole puramente histórica y biográfica—(no necesitaba asumir otra,) ha podido escribirlo cualquiera que poseyese los documentos, datos y agudeza psicológica de nuestro autor, sin necesidad de filosofía sistemática alguna. Le habría bastado algún conocimiento de la vida y sociedad de entonces, cierta experiencia de la historia general. No se divisa, porque no existe, ningún acto de *Portales* que no hubiera podido explicarse sin recurrir a la iluminación intuitiva, ni el señor Encina cita ninguno. La realidad de los hechos es que no se ve en qué las sutiles distinciones, las finezas dialécticas y la intrincada fraseología filosófica ayudan a mejor comprender la clara y luminosa figura de *Portales*, toda naturalidad y energía. No descubre el lector acto

proyecto o empresa del gran Ministro que lo fuerce a buscar una base o explicación especulativa, transcendental; todos se entienden a la serena luz de las circunstancias y personajes de la época, todo ocurre en el pleno día de la historia, en la esfera de lo racional y comprensible. El señor Encina ha podido, pues, sin inconveniente suprimir de una plumada toda aquella inoportuna vegetación filosófica sin que su héroe quedara menos preciso, completo y humano, menos vívido y real. De ahí también que todo el mundo, aun los que jamás saludaron los cánones de la metafísica ni oyeron de sus postulados, y aun a despecho de la envoltura ontológica en que nuestro autor lo ha envuelto, haya percibido a maravilla, la grandeza, la imperiosa personalidad del insigne Ministro. Revela esto que me faltaba el relativismo del conocimiento para entenderlo y que la teoría del señor Encina en ninguna medida contribuye a definir y esclarecer al preclaro personaje. Esa pseudo-filosofía es sólo un peso muerto que el biógrafo le ha colgado a los pies.

Por eso creo yo que si después de estas columnas algo queda en plena luz de evidencia, es mi aserto de que Portales no fué la creatura de pasmo y milagro, el vidente que nos pinta su historiador. Ni aun en las referidas columnas de réplica hay nada que abone ese juicio laudatorio hasta lo irreal. Necesito insistir, en este punto capitalísimo para de algún modo contener la avalancha de lirismo y romance en la biografía que nos trae perturbados, ese recrudecimiento de los entusiasmos mistagógicos de Carlyle y Emerson que en cada personaje ilustre veían un ser bajado del cielo. En este caso de Portales resulta la apoteosis aun más injustificada que en otros, porque a *Don Diego*, (¡lo tratamos como a contemporáneo!) lo conocemos íntimamente en sus vidas privada y oficial, y ello gracias en parte al mismo señor Encina. El autor nos produce repentinamente ante la vista al prócer, lo enfoca aisladamente e ilumina su imagen con lumbre enceguecedora de entusiasmo; después, de súbito, lo eclipsa. Es un semidiós a quien hace vivir fuera de ambiente, sin contacto casi con la

realidad que lo circunda; surge de improviso como completo estadista armado de todas las capacidades, cual saltara Atenea del cerebro de Jove. Y, claro, mil veces claro, ésa no es toda la realidad, toda la verdad. Porque el señor Encina descuida hablarnos de la enorme, de la formidable reacción que a la época de Portales existía en contra del caudillaje, en contra del desenfreno de la soldadesca y la delincuencia desbordada. Hubo entonces una opinión pública que el autor no nos deja escuchar y reconocer en su influencia sobre el magnánimo Ministro. Ese anhelo de redención, ese clamor de socorro, aquella necesidad, casi diría fisiológica de reconquistar paz y seguridad, estaban en la atmósfera, la sentía el país del uno al otro confín, circulaba por salones y tribunales, en la industria y el comercio, todo lo cual sufría y periclitaba en el universal desgobierno y desconcierto. No era sólo Portales, eran millares y millares de ciudadanos en toda la extensión del territorio, hartos de arbitrariedades y atropellos y crímenes, los que buscaban al hombre que encarnara aquellos sentimientos de protesta y rebeldía contra el militarismo anárquico. Fué esa conciencia general del Chile de 1830, fué esa voluntad homogénea y universal de todo un pueblo la que se albergó en el alma de Portales, la forjó con temple de acero y colocó al gran Ministro en una base incommovible de seguridad y lealtad sin la que el genial estadista no hubiera podido avanzar un paso, expedir un decreto. De esa popular voluntad sacó Portales sus energías, en ellas las retempló. Milagro aquel que en estos días hemos visto reproducirse cuando análoga situación de tiranía militar reunió y concertó como por obra de prodigio todas las sanas voluntades del país en un solo, soberano esfuerzo, y en pocos meses lanzó a la defensa de la patria y sus instituciones a las entusiastas milicias republicanas. A la luz de los hechos vistos sin pasión, desaparecen milagros, facultades intuitivas nunca soñadas, actos de genio sin ejemplo desde los clásicos días de Julio César. El caso de Portales sería todo eso, pero sólo cuando, deformada la historia, se olvidara que los grandes hombres nece-

sitan para producirse y prosperar un ambiente que los incube, envuelva y proteja en el curso de su carrera. Son efectos de causas no sólo íntimas sino en gran medida externas. Esta parte de influencias sobre Portales es la que silencia o deprecia el señor Encina; con lo cual, si engrandece a su héroe sacándolo de los humanos límites, también lo coloca fuera del marco de la historia, aparte de toda razonable psicología. Aquélla, la historia, no admite,—porque es relato de la verdad—esas deificaciones y metamorfosis; y en todo personaje, grande o pequeño, busca los antecedentes y circunstancias, el conjunto de pormenores que lo rodean y que en la mayoría de los casos determinan y explican sus actividades. Más que ninguno de esos grandes estadistas recibió Portales dichos influjos del medio en que actuaba.

Hay algo más que olvido o menosprecio en esta actitud del señor Encina: hay una verdadera ingratitud cuando en la enorme labor administrativa de su biografiado, en la masa de las leyes, decretos y notas promulgadas o expedidas bajo el gobierno del gran Ministro, calla toda la parte que en dicha labor correspondió a los colaboradores de Portales, algunos de ellos especialistas en sus ramos, muchos de ellos varones de preclaro saber y útiles iniciativas. Si juzgamos de todo ello por el libro de nuestro autor, parecería que esa legislación surgió espontánea del solo cerebro de Portales, sin consulta ni estudio de nadie, por inspiración propia, y en algún caso por adivinación o mensaje celestial. Lo que no sólo es injustísimo respecto de aquellos beneméritos patriotas que colaboraron con el Ministro y lo asesoraron e instruyeron en materias que él ignoraba sino que es contrario a la historia que así como discierne la parte de la vigorosísima personalidad de Portales en su obra política, no puede, a la vez, dejar de reconocer la muy capital que tuvieron en sus ideas, ya que no en sus resoluciones, los compañeros de su actuación ministerial. Toda esa labor administrativa de legislación portaliana el señor Encina la pinta cual si se tratara de rescriptos cesarianos expedidos *motu proprio*, sin consulta. Y eso no es la historia, no.

A este respecto, hablando de los hombres de talento o de genio y del modo cómo hay que apreciarlos, un eximio pensador trae muy precisas y categóricas palabras que valen por un extenso comentario. Dice Herberto Spencer (1): «El origen del grande hombre es natural, y ello admitido, hay que clasificarlo sin vacilar con todos los otros fenómenos de la sociedad que le ha dado el ser, entre los productos de los estados anteriores de esa sociedad... El no es más que una resultante de un enorme conjunto de fuerzas que han actuado de concierto durante siglos... Si es verdad que el grande hombre puede modificar a su nación en su estructura y sus acciones, es también cierto que antes de su aparición han existido forzosamente modificaciones anteriores que han constituido el progreso racional. Antes de que él pudiera rehacer a su sociedad, es preciso que la sociedad lo haya hecho a él mismo. Todos los cambios de que es inmediato autor tienen sus causas principales en las generaciones de que descende. Si existe una explicación verdadera de esos cambios, hay que buscarla en ese conjunto de condiciones de que han salido los cambios y el hombre».

Pongo especial empeño en traer la noble figura de Portales al campo de lo racional y humano precisamente porque no necesita de místicos e indiscretos entusiasmos para brillar en nuestra historia con fulgores de héroe y de mártir. Lo hago también para substraerlo a esa actual corriente de carlylismo y providencialismo que transforma y desnaturaliza las más nítidas y vigorosas personalidades, en el comprensible anhelo de glorificarlas. Mas, para ello se quiere hacer abdicar a la inteligencia, postrarla ante esas respetables figuras, y no rendirles justicia sino tributarles culto. De tales apoteosis se excluye, como a importuno testigo a la razón. Y entonces, la enseñanza que pudiera darnos la historia, la experiencia que en ella pudiéramos coger se esfuman

(1) Hebert Spencer: (*Introduction á la Science Sociale*. París, 1878, pág. 35).

entre el clamor hierático de los panegiristas y el espeso incienso de la alabanza... Mas, volvamos al caso de Portales. Con los datos que trae el mismo señor Encina, no hay un solo honrado y competente historiador, que, basado únicamente en ellos y en un completo dominio de los sentires y aspiraciones de los contemporáneos del Ministro, no pueda trazarnos un retrato pleno, coherente y razonable del genial estadista. Pero... ¿a qué imaginar ese historiador honesto y competente si ya lo poseemos en el señor Encina? Bórrense de su libro todas esas teorías parásitas e inexactas traídas a cuento en justificación de un supuesto milagro psicológico, y nos hallamos ante un personaje muy real y equilibrado, lleno de facultades y recursos, que apoyado en el sentir de toda la nación, interpretándolo y realizándolo con energía llevada hasta la crueldad, cumple su augusta y viril misión y muere envuelto en la bandera de la patria y de la gloria.

De todo lo hasta aquí dicho se desprende que la respuesta de nuestro autor no ha tenido la virtud de refutar mis reparos ni de afianzar sus propios conceptos y afirmaciones. ¿Qué vale entonces esa filosofía en que basa toda su teoría de la historia y de Portales el señor Encina? es lo que acabaremos de determinar en un último artículo.

Diciembre 20 de 1934.

Emilio Cuervo Márquez

José Asunción Silva, su vida y su obra

(Conferencia dictada en la Sorbona de París)

Dos siglos después de fundada, Santa Fe de Bogotá había ganado fama de ciudad letrada, y el santafereño, abuelo del bogotano actual, de gustar del epigrama y de los escarceos de la casuística, de la litis y de la política: la literatura no había nacido allí todavía. No en vano su fundador había sido, no simple aventurero como tantos otros conquistadores, sino licenciado condobés, y no en vano tampoco él murió envenenado por los golillas en el ignominioso juicio que ante la Real Audiencia le siguieron por malversación de caudales públicos. El y sus compañeros, entre los que se contaban navarros, castellano y sobre todo andaluces, imprimieron a la naciente ciudad, entonces y más tarde al importar de la península sus mujeres y haciendas, oidores, escribanos y alguaciles para sus tribunales y religiosos para los conventos que empezaban a fundarse, una modalidad espiritual que aun perdura.

Aquella base racial, sensiblemente modificada por el cruzamiento con la raza aborigen de la altiplanicie, altiva y sumisa a un tiempo mismo, y en el decurso del tiempo modelada por el ambiente, o sea por el clima y hasta por el paisaje que habría de servir de escenario a su desenvolvimiento, marca el origen de la mentalidad bogotana; y no me atrevo a decir «colombiana».

pues salta a la vista que diferencias étnicas y de situación geográfica, han creado dentro de la nacionalidad colombiana características divergentes.

A la sombra del convento y de la Real Audiencia; bajo la autoridad del virrey y del arzobispo, del oidor y del prior del convento; entre el papel sellado y el peripato, el olor de incienso y y la jícara de espumoso chocolate; conociendo por solos regocijos populares las fiestas religiosas o las ofrecidas por el virrey con ocasión del nacimiento de una princesa o la jura de un monarca español en lo más profundo de un país montañoso sin comunicaciones con el mar, a donde no llegaban sino amortiguados de tarde en tarde los ruidos del mundo, como a una cartuja enclavada en lo más alto de los Andes, se deslizó durante dos siglos y medio la vida de nuestros antepasados. Esos muertos hablan en nosotros todavía.

La guerra de independencia y su libertad que la siguió apenas modificaron las condiciones de vida en lo que hasta ayer había sido capital del virreinato: la naturaleza es lenta en sus obras y la evolución de los espíritus corre parejas con la de las estratas geológicas. El pensamiento, que acababa de redimirse del peripato como de un aro de hierro que lo oprimiese, buscaba ahora expansión en la lucha política. La imprenta no serviría ya para imprimir novenas y vidas de santos, sino para publicar panfletos envenenados: el *Semanario de la Nueva Granada*, del gran Caldas, es excepción a la regla común. Después de diez años de lucha a muerte, el momento no era favorable para la eclosión de la obra literaria. Sin embargo, como estrella errante en cerrada noche, brilló un instante en esta época de Vargas Tejada, el conjurado del 25 de septiembre, con *Las Convulsiones*, juguete de real valor cómico, que se diría inspirado en Fernández de Moratín. Después todo volvió al silencio.

En el curso de los años siguientes y en el trajín del periodismo doctrinario, los escritores aprendieron a cuidar su estilo y trataron los asuntos más elevados en lenguaje castizo y elegante.

Esto hizo decir que en el fondo de todo colombiano existe un gramático y un purista; más tarde se pensó que todo colombiano debía ser poeta. Cabe aquí observar la influencia que el pensamiento francés, a partir de la obra de los enciclopedistas y de los *Derechos del Hombre*, ejerció sobre los escritores colombianos y, en general, sobre las ideas, y la que ha sido siempre más honda que la ejercida por los escritores españoles. No que se dejara de leer a Cervantes, a Calderón o a Lope de Vega, o que si ignorara a Quintana, a Espronceda o al duque de Rivas; éstos también tuvieron discípulos e imitadores en el Bogotá de aquella época; pero la influencia de Víctor Hugo sobre nuestra naciente literatura fué más grande que la de Zorrilla, y la de Chateaubriand que la de Espronceda y Larra. Quizás débase esto a que la producción de los unos, múltiple en los diversos campos de la actividad mental, poesía lírica, viajes, política, teatro, novela, se prestaba a satisfacer todas las curiosidades, en tanto que la de los otros, limitada a la literatura, serviría especialmente de modelo de lenguaje. El predominio de la influencia anotada persiste hasta hoy.

Fué al comenzar la segunda mitad del pasado siglo cuando ya un tanto apaciguada la serie de tormentas políticas que habían acompañado la organización de la república—surgidas las más de las veces de un batallador idealismo—comenzaron a apuntar los brotes de un movimiento literario, como signos de una sociedad ya refinada. Activo era entonces el comercio de libros con Francia y España. Compañías de teatro extranjeras se habían aventurado a presentar en el Coliseo de Bogotá piezas dramáticas y musicales aplaudidas en teatros europeos. Personas acaudaladas viajaban al viejo mundo y regresaban trayendo sus mobiliarios, sus pianos, sus espejos, su cristal, su porcelana y hasta sus coches y caballos al precio de mil dificultades, pues la mercancía debía subir los enhiestos Andes izada por cargueros desde el Magdalena hasta la altiplanicie, lo que significaba que su costo en Bogotá representaba un valor cuatro o cinco veces mayor que el de la misma

mercancía en cualquiera otra capital sudamericana. Al establecerse la navegación por vapor en el río Magdalena, el comercio de lujo empezó a importar de París y de Londres las últimas novedades de la moda y del buen tono. El que no podía viajar se consolaba leyendo narraciones de viajes: Amicis, Dumas, Alarcón, tuvieron muchos lectores y lectoras. Una sociedad elegante y exclusiva—salvo para el extranjero—que nada tendría que envidiar a la más exigente de otras partes, abría con frecuencia sus salones en banquetes y saraos, en tanto que en cenáculos más íntimos jóvenes literatos leían sus producciones en prosa y verso.

Copiosa fué la producción literaria en ésta época; pero es preciso convenir que en especial la escrita en prosa no resiste análisis crítico: dentro del género llamado «Artículos de Costumbres», muy en boga entonces, sólo podríamos citar dos o tres producciones que deban ser recordadas, pero aun ellas dan la impresión de ser obra de aficionados, cuyos autores hubieran podido dejar obra sólida y realmente literaria si hubieran querido profundizar más hondamente la veta que explotaban, como lo hicieron Díaz, en *La Manuela*, e Isaacs, en *La María*, obras que si bien populares, no están libres de lunares.

Pertenecen a esta época la bella oda de José Joaquín Ortiz, *Los colonos*, digna de Quintana, y el canto a *La Luna*, de Fallón, digno de Vigny, que pueden servir de exponente del grado de perfección a que había llegado la poesía colombiana. Pero ni Ortiz ni Fallón dejaron por desgracia verdadera obra poética, en el sentido de que hubieran arrancado a su lira todas las notas de que era ella capaz, al igual de tantos otros bardos y escritores de genio auténtico a quienes los cuidados e incertidumbres de la vida, por su arte no sólo improductivo, sino oneroso, impidieron el cultivo sostenido de su vocación. Igual cosa ha acontecido en el dominio de las bellas artes en general: lo exiguo de nuestro medio y la desproporción entre nuestras capacidades y la dura realidad, mata el estímulo para la producción artística. Donde aquel falta, ésta se agota y muere.

En efecto, raro es entre nosotros el poeta o el escritor, limitándose al dominio literario, cuya obra, digna de este nombre, alcance a más de un volumen. Entre ellos, bien sea porque su inspiración fué más imperiosa o porque pudieron dedicarse sin trabas al cultivo de la literatura, es preciso de manera especial citar a Pompo, el autor de *Edda*, de *Preludio de Primavera*, de *Hora de Tinieblas*, cuya obra honra una literatura; a J. M. Marroquín, autor de *Blas Gil*, de *El Moro*, de *La Perrilla*, cuyas novelas pueden compararse con las mejores de autores españoles; a Miguel Antonio Caro, el autor de la *Oda a la estatua de Bolívar* y traductor de Virgilio, quien resiste el parangón con Bello y con Menéndez Pelayo, y a José Asunción Silva, por último el autor de *El libro de Versos* y de *De Sobremera*, quien rompió el primero entre nosotros los moldes de la antigua métrica castellana y cuya obra poética no tiene parecido en la literatura hispanoamericana.

Por extraño que pueda parecer, fué creencia muy arraigada entre nosotros que el hacer versos era signo inequívoco de carencia de aquello que llamamos «sentido práctico»: al poeta lo aplaudíamos a dos manos, puede decirse que lo admirábamos; más descendiendo a las realidades de la vida, no le confiaríamos la gestión de nuestros intereses particulares. Esta creencia popular cerró muchas puertas a poetas y a escritores. Sin embargo, por una aberración que se explica por la influencia que desde tiempos remotos ejerció la pluma sobre las masas, el literato, y en especial el poeta, tiene fácil acceso al escenario de la política, que debiera ser considerada como la ciencia de las realizaciones, y ha conquistado con frecuencia en los comicios no sólo la curul del legislador sino el solio presidencial, lo que ha contribuído a divulgar la creencia de que Colombia es nueva república ateniense y la ciudad del águila negra. Atenas sudamericana. Debo aquí detenerme a declarar que, como bogotano, me apresuro a renunciar a la parte de honor que pudiera caberme en tan pomposo título. Silva también la habría renunciado.

Otros aspectos de nuestra compleja mentalidad contribuyen

a explicar la contradicción apuntada: la poca importancia que prestamos a la competencia en la gestión de los negocios públicos cuando entran en juego los intereses de la política; la confusión que hacemos con frecuencia, en tratándose de cuestiones abstractas, entre imaginación y preparación brillante y fugaz aquella, ésta sólida, pero discreta; el no discriminar las formas variadas de la inteligencia y su aplicación profesional y el pensar que aquella luminosa bandera cubre, sin discernimiento, en un mismo haz, las aptitudes del poeta o las del gramático y las del gobernante; la seducción que en nuestra imaginación de origen andaluz despierta el artículo de periódico escrito en estilo vibrante e impecable, la proclama o manifiesto de frases sonoras, el programa político amplio y sugestivo, que será calificado de «pieza magistral». Inútil es pensar que artículo, manifiesto y programa han sido escritos por un profesional y no por un simple político.

Pero ocurre que no todos los escritores y poetas colombianos se resolvieron—*genus irritabile vatum*— abdicar de su personalidad ni a hacer auto de fe con lo más caro que poseían, sus ideas, si ellas se hallaban en pugna con las del gobernante. Colocado entonces al margen de la vida, el poeta, si carecía de fortuna personal, o se lanzaba a la guerra civil, como tantas veces ocurrió, o buscaba precario refugio en las oscuras oficinas de un periódico de oposición, y terminaba fatalmente por hallar en los paraísos artificiales, en el fondo de la botella de Verlaine, el olvido de su decadencia. Pero si se resistía a descender la escalera que conduce a los lóbregos sótanos de la bohemia, entonces le era permitido pensar en la muerte, en dormir bajo de una lápida.

el último sueño de que nadie vuelve,
el último sueño de paz y de calma...

Fruto de linajuda estirpe, José Asunción Silva nació en Bogotá el 27 de noviembre de 1865. Fueron sus padres don Ricardo Silva, acaudalado comerciante y al mismo tiempo ático

autor de artículos de costumbres, y doña Vicenta Gómez de Silva, en quien la hermosura iba de par con el señorío. Fortuna, distinción, inteligencia, hicieron de aquel matrimonio ornato de la alta sociedad bogotana de su época. Era José Asunción el mayor de sus dos hermanos. Elvira y Julia, que heredaron de su madre, ingenio, virtud y belleza, e hizo sus primeros estudios en el colegio regentado por don Ricardo Carrasquilla, el apreciable escritor que con Marroquín, Vergara y Vergara, José David Guarín, Caicedo Rojas, Eugenio Díaz y el mismo Ricardo Silva, había fundado las tertulias literarias de *El Mosaico*, en donde Gutiérrez González leyó, por primera vez, su bello canto *El Cultivo del Maíz*. Corta fué su permanencia en aquel plantel, y muy joven entró a colaborar en el almacén de artículos de lujo de su padre, ya que algún día él tendría que manejar el negocio que hacía vivir a la familia.

No por trajinar con facturas y letras de cambio, dejó Silva de lado el cultivo de los libros. Movido por temprana e irresistible vocación, dotado de múltiples facultades, en la rica biblioteca de su padre halló los maestros que comenzaron a modelar su inteligencia y a pulir su gusto literario. ¡El dinero, los libros! He aquí los dos términos, en apariencia opuestos, en que él cifró su vida desde que salió de la infancia hasta la muerte.

Durante el día, el tráfago y el roce mercantil, prosaico de suyo aun cuando sus manos manejan frascos de perfumes, finas telas de seda y estatuitas de bronce; durante la noche, la evasión del espíritu, el libro del autor favorito, la página blanca en donde verterá su prístina inspiración: así escribió Silva su primera poesía: *Crisálidas*.

Al dejar la prisión que las encierra
¿qué encontrarán las almas?

Fácil es ver en ella la influencia de Bécquer o de Querol: es su primera manera, la de adolescencia, la de las acuarelas de

tintas azuladas. Años después vendrán las aguas fuertes, aquellas *Gotas Amargas*, que parecen escritas bajo la inspiración de Schopenhauer y de Baudelaire:

Un desaliento de la vida
que en lo íntimo de mí se arraiga y nace
el mal del siglo... el mismo mal de Werther,
de Rolla, de Manfredo y de Leopardi...

En ésa época, Silva, sabiendo que escribiría en castellano y que el castellano sería su instrumento de labor, estudió los mejores autores españoles; pero preciso es confesar que escasa es la huella que de ellos podemos descubrir en su obra poética. Su espíritu independiente se acomodaba difícilmente a los moldes clásicos de la métrica en uso hasta entonces, y deseando verter ideas viejas en moldes nuevos:

soñaba en éste entonces en forjar un poema
de arte nervioso y nuevo, obra audaz y suprema

Al cumplir Silva veinticinco años, su padre le envió a Europa a fin de estudiar la posibilidad de ensanchar el negocio con la apertura de nuevos créditos y de renovar el surtido de mercancías. Estuvo en Londres, pero la mayor parte de su estadía la hizo en París, cuyo ambiente le era familiar por sus lecturas desde mucho antes de su viaje. Después de un año de ausencia, regresó a Bogotá. Su permanencia en Europa, que parece no contribuyó de manera especial al desarrollo de los negocios, fué decisiva para marcar un rumbo preciso a su inspiración. Más lejos aún: ella despertó en el joven poeta y comerciante bogotano una sed de aspiraciones difíciles de realizar con mediana fortuna, y que no habría de apagarse ya.

Coincidió aquel viaje con la merma del capital paterno por causa del papel moneda de curso forzoso y del empobrecimiento

general. Los beneficios derivados en el negocio de mercancías apenas alcanzaban para atender a los gastos de la familia, de suyo elevados a causa de su posición social. En estas circunstancias murió su padre, y quedaron al cuidado de José Asunción, su madre y sus dos hermanas. Comenzó entonces para él una nueva vida, durante la cual fué hijo y hermano modelo: hasta la ruina definitiva, ocurrida varios años después, se dedicó a mantener en pie un edificio vacilante, cuidando de sostener el tren de su casa en el mismo nivel de épocas de opulencia. Fueron seguramente éstos para Silva años de lucha atroz, que nadie conoció, y de la cual hallaba compensación en las mil delicadas atenciones que a diario prodigaba a los seres que de él dependían, y por quienes él sentía amor profundo, mezclado tal vez de compasión si pensaba en su obscuro porvenir. Durante esta época, el poeta halló en la producción literaria, activa, variada y nerviosa como de quien ignora de que el mañana se componga, la liberación de sí mismo y el reposo para sus nervios fatigados. Al analizarse, descubre que en el fondo de su alma:

hay el hondo cansancio que en la lucha
acaba de matar a los heridos,
vago como el color del bosque mustio,
como el olor de los perfumes idos,
y el cansancio aquel es triste
como un recuerdo borroso
de lo que fué, y ya no existe!

Era Silva entonces, y siempre lo fué, de impecable y aristocrática apostura. Ojos negros y luminosos, nariz aquilina, tez pálida, boca bien dibujada, bigote y barba negros y sedosos, partida ésta en dos como la de los ismailitas nobles. Vestía siempre de negro y calzaba con esmero. La cabeza cubierta por el hongo carmelita con cinta negra. En la indispensable corbata de seda, picaba un alfiler con brillante del que pendía una perla en lá-

grima. Las manos blancas, de uñas pulidas y recortadas en almendra, porque Silva, que se pagaba mucho de su persona, tenía entre todas, dos vanidades, la de sus pies y la de sus manos.

Al regresar Silva a Bogotá, parecía que todas las aspiraciones le fueran permitidas. Su posición social, su inteligencia, su apostura, el mismo prestigio que entonces daba a un joven el haber hecho un viaje a Europa, le hubieran abierto, si lo hubiera querido, posibilidades desconocidas para otras. Entonces, como después de la muerte de su padre, ante él podían abrirse dos caminos: entrar en la política o casarse. Silva carecía de disposiciones para la primera, y no obstante sus convicciones, basadas en sólido cimiento filosófico, él prefería permanecer alejado de ella y quedar libre para usar de una punta de escepticismo sobre los hombres y las cosas de su tiempo. Como Phinéés al regresar a Jerusalén, él hallaba que su patria se alimentaba de casuismo religioso y político, y que a la lucha de la ágora era preferible la religión de la belleza. Más explícito era Silva respecto del matrimonio; él se casaría cuando se cumplieran dos condiciones: poseer un fuerte capital y hallar la mujer a quien pudiera amar con fervor de artista. De otro lado, ¿podría acaso casarse nunca?, no tenía una madre y hermanas a quienes debía consagrar su vida? De esta suerte los años corrieron para el poeta amando en imaginación el lujo de las artes, los placeres de una civilización feliz, las mujeres que forjaba su fantasía, y murmurando quizás, en el silencio nocturno de su gabinete, el verso del poeta:

La libertad más dulce que el imperio
y más hermosa que el laurel la oliva!

Silva se hallaba en esta época en la plenitud de su talento. Una larga preparación había fijado su orientación literaria. Vientos de revolución agitaban el mundo de las ideas en los dominios de la filosofía y del arte en general. Oscar Wilde y Ruskin, en Inglaterra; Dannunzio y Ferrero, en Italia; Blasco Ibáñez, en

España; Eza de Queiroz, en Portugal; Shopenhauer, en Alemania; Rubén Darío, en Centro América; en Rusia, Tolstoy, María Bashkirtseff y Dostoyewsky; en Francia, Bourguet, Baudelaire, Verlaine, Renán, Zola, Maupassant, los Goncourt, Barrés, Leconte de Lisle, Taine y Anatole France, aparecían como los maestros de la escuela que derribaba los viejos ídolos románticos. La ciencia invadía el dominio de la literatura, y la psicología lanzaba un rayo de luz sobre la obscuridad de la conciencia. Se animaron entonces los personajes de la historia y los creados por la imaginación vivieron vida normal como la nuestra. Ninguno de los autores nombrados dejó de marcar su huella en el cerebro de Silva, quien no obstante no se afilió a ninguna escuela determinada—neoclásicos, simbolistas, decadentes, parnasianos—y fué siempre el mismo.

La obra poética de Silva es por gracia reducida, debido a lo corto de su vida, para que tal huella sea en ella perceptible. Mas basta leer *De Sobremesa* para adivinar que el autor emplea en su novela, que ha sido calificada de artificiosa, la técnica de los hermanos Goncourt, exagerándola quizás. Ella nos revela al par que la rara cultura artística y literaria de Silva, su exaltación ardiente por una mujer joven, hermosa y muerta, «divinidad viviente», para sus admiradores, a quien él conoció al través de su *Diario*: María Bashkirtseff. Si a la fuerza debiéramos poner un nombre de mujer a la inspiradora del *Nocturno*, pienso que el de la joven escritora rusa no debe ser olvidado. La apasionada admiración del artista por la dulce muerta, fluye al través de la novela citada. La página siguiente, ¿no es acaso un Nocturno? Es Silva quien habla por la boca de Fernández:

«Jamás figura alguna de virgen soñada por un poeta, Ofelia, Julieta, Virginia, Graziella, Evangelina, María, me ha parecido más ideal ni más conmovedora que la de la maravillosa criatura que nos dejó su alma escrita en los dos volúmenes que están abiertos sobre mi mesa de trabajo y sobre cuyas páginas cae, al través de las cortinas de gasa japonesa que velan los vidrios del

balcón, la diáfana luz de esta fresca mañana de verano parisiense... El amor que a la Bashkirtseff profesamos algunos de hoy, tiene como causa verdadera e íntima que ese Diario, en que escribió su vida, es un espejo fiel de nuestras conciencias y de nuestra sensibilidad exacerbada. Hay frases de aquel Diario que traducen tan sinceramente mis emociones, mis ambiciones y mis sueños; mi vida entera, que no habría podido jamás encontrar yo mismo fórmulas más netas para anotar mis impresiones... Feliz tú, muerta ideal, que llevaste del universo una visión intelectual y artística y a quien el amor por la belleza y el pudor femenino impidieron que el entusiasmo por la vida y las curiosidades insaciables se complicaran con sensuales fiebres de goce, con la mórbida curiosidad del mal y del pecado, con la villanía de los cálculos y de las combinaciones que harán venir a las manos y acumularán en el fondo de los cofres, el oro, esa alma de la vida moderna! Feliz tú que encerraste en los límites de un cuadro la obra de arte soñada y diste en un libro la esencia de tu alma, si se te compara con el fanático tuyo que a los veintiséis años, al escribir estas líneas, siente dentro de sí bullir y hervir millares de contradictorios impulsos encaminados a un solo fin, el mismo tuyo: poseerlo todo! ¡Feliz tú, admirable Nuestra señora del Perpetuo Deseo!» (1).

La revolución de ideas y de procedimientos que he bosquejado, trajo como consecuencia la necesidad de renovar, en la poesía, los moldes antiguos. En lo que hace a la poesía castellana, las nuevas generaciones, sin querer renegar del todo de la métrica que tradujo la inspiración de sus más grandes poetas, hallaban ahora que ella era deficiente como única forma de expresión a las tendencias innovadoras. Fué Rubén Darío el primero que, desde París, lanzó a la América hispana, con su hermosa *Marcha Triunfal*, el pregón de la nueva escuela. Cabe aquí apuntar que

(1) María Balhkirtseff nació en 1860 en la propiedad señorial, de Pawonzi, cerca de Pultava (Rusia Medioeval) y murió en París, en 1884.

en ese mismo momento—y como si el viento llevase por sobre los mares el polen renovador—Silva, en el distante Bogotá, domaba nuevos metros y escribía aquel *Nocturno* único en su clase en castellano, que sólo puede hallar paralelo en *El Cuervo*, de Poe:

Una noche,
una noche toda llena de murmullos,
de perfumes y de músicas de alas;
una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda
las luciérnagas fantásticas.

Y Poe, en su poema:

Una fosca media noche
cuando en tristes reflexiones
sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones
inclinaba soñoliento la cabeza,
de repente a mi puerta oí llamar
como si alguien suavemente se pusiese
con incierta mano tímida a tocar...

Y es digno de anotarse que al ser reproducidas en Bogotá algunas de las más características poesías de Darío, Silva escribiera de ellas una parodia burlesca que él tituló *Sinfonía*, y que no veo insertada en el volumen de sus poesías; dos grandes poetas hispanoamericanos que se cruzaron sin conocerse.

Ya entonces Silva, como si la sola poesía no bastara para exteriorizar todo su pensamiento y necesitase de forma más amplia, aun que menos sugestiva de expresión, había comenzado a escribir una serie de novelas cortas, cuyos personajes en unas y otras irían unidos por hilo sutil, y que reuniría en uno o más volúmenes con el título de *Cuentos Negros*. El destino adverso

que parece presidió a la vida de Silva, hizo que los manuscritos de aquella obra se perdieran en el naufragio del vapor *Amérique*, cuando más tarde regresaba de Caracas a Bogotá. Recuerdo el título de dos de las novelas desaparecidas: «*Del agua mansa...*» y «*Ensayo de perfumería*». Pérdida grande fué ésta para la literatura colombiana.

Todo haría pensar, en las condiciones que he ensayado de bosquejar, que no obstante su vacilante situación financiera, la vida de Silva podía todavía correr en Bogotá perezosa y sosegada, como la de tantos otros que también escribieron versos y fueron escritores y poetas de renombre. Todo lo tenía, salvo una situación desahogada de dinero; pero, ¿acaso todo mundo debe ser rico, y deja, si no lo es, de vivir como los demás hombres? Verdad es; pero grave error sería el de medir a Silva con el mismo metro con que medimos al hombre de la calle.

(Continuará).

SEÑALES

¿Cambios o trucos?

□ En una señal del número de Diciembre, al comentar el Congreso de Escritores Soviéticos, se recalca el posible renacimiento del individualismo en la literatura comunista y la consideración importantísima que este aspecto había tenido en la reciente magna reunión de Moscú. Los tonos parecían sinceros. Mejor dicho, el tono era totalmente sincero; lo necesario será que haya eco a dicha tonalidad.

Una sorpresa por el estilo, más violenta, y al mismo tiempo, productora de un mayor escepticismo (el que señala habla por él, sin decir plurales), es la producida por una tendencia recientísima de la prensa alemana, vale decir, nazi. «Se admiten críticas», parecen haber puesto en carteles fugaces los jefes del Nacional-Socialismo. Más aún: «Se ruegan unas cuantas críticas, para no dar impresión de rebaño». Y los inexistentes carteles, que el señalador imagina, han producido sus efectos. La prensa alemana ha comenzado, muy suavemente por cierto, a criticar algunos aspectos de la naciente sociedad hitlerista.

¿Truco?... ¿Cambio?... «*Ai posteri* (de unos meses) *l'ardua sentenza*». Una revista publica, seleccionados y bajo el título común de «Autocríticas en el País de los Nazis», algunos párrafos de periódicos alemanes. El efecto es despampanante. Prueba quizá de que los pastores incitan a las ovejas a que hagan unas cuantas cabriolas y se deje de pastar y dar balidos de elogio. Así, entre ellos:

□ «Voelkischer Beobachter» de Múnich: «En medio de grandes dificultades, llevada por un inmenso deseo, Alemania se forja en formas nuevas, nuevos cuadros de existencia. La más grave falta que podríamos cometer ahora, sería dejarnos adormecer por ilusiones. No es al través de lentes de color de rosa, como hemos de mirar las cosas. Al contrario, estamos en el deber de ir reconociendo las faltas cometidas, a fin de evitar nuevos errores».

□ «Kreuz Zeitung», de Berlín: El substituto del *Führer* ha dictado la siguiente ordenanza.: Con gran extrañeza por mi parte, constato que la prensa no cesa en su empeño de invitar a la población a empavesarse, ni de publicar artículos de bienvenida, desagradablemente bizantinos y obsequiosos, cada vez que un dirigente de nuestro Partido, llega o pasa por una ciudad. Estos artículos completamente desprovistos de gusto, lo mismo que ciertas biografías escritas ocasionalmente, ponen a los *führer* incensados de tal manera en ridículo, que con ellos se encuentra ridiculizado todo el movimiento nacional-socialista. Prohibo desde este punto, y por última vez, todo incensario y toda publicación de artículos obsequiosos dirigidos a los jefes del Partido».

□ El más pintoresco de los artículos de autocrítica es el siguiente, que se reproduce en sus más importantes fragmentos. Los eliminados no quitan ni ponen nada al sentido total:

Un Museo de mal gusto. (Del «Franckfurter Zeitung»): «En el museo de Industrias Locales de Stuttgart, que cuenta, entre las instalaciones industriales, un «departamento de aberraciones del gusto» se ha constituido una pequeña exhibición del mal gusto nacional que merece ser descrita de un modo más detallado. He aquí, por ejemplo, una cabeza de Hitler, dividida en numerosos trocitos cuadrados, componiendo un juego nacional de palabras cruzadas. Allí, un despertador que toca el «Horst Vessel Lied». En la otra vitrina, se ve un pañuelo en el que están

representados los grandes generales alemanes, los cuales no se regocijarán mucho de que cualquier ciudadano pueda recoger los mocos encima de sus caras. ¡Qué decir de la famosa idea del compatriota que se ha dedicado a fabricar rosarios con pedazos de granadas del 42? Pero lo que sobrepasa todo esto, es un paisaje, donde el autor ha pintado, en el horizonte, un sol en forma de cruz svástica; el pintor quiso, ciertamente, demostrar que al fin el verdadero sol alemán se eleva sobre Alemania pero, por desgracia, ha pintado, sin querer, el sol svástico a la izquierda del paisaje y en vez de ser una aurora, resulta ser un ocaso. El sol gamado que se pone. ¡Inútil comentar este desprecio!».

□ También el «Deutsche Allgemeine Zeitung», publica unos artículos sobre la joven poesía alemana, a la que tacha de poco viril y fuera de consonancia con el tiempo. Y el «Simplicissimus», para remate de exposición, una caricatura en la que se representa un jefe nazi, rodeado de humos de incienso, que le arrojan anónimas manos turiferarias, y el cual jefe, en actitud de mandato, dice:

«Afuera esta niebla! ¡Afuera el incienso! Nuestro trabajo exige claridad».

¿No tiene gracia este grupo de pastores que grita al rebaño: «Diviértase un poco, buena gente... No tanta inclinación de cabeza?...».

¿Será monsieur Flandin el único gobernante cuerdo del continente europeo?...

Más sobre Alemania

□ La verdad es que a este pueblo se le ven tantos aspectos susceptibles de comentario jocoso, que las demás ocurrencias están bajo una capa secundaria y como esfuminadas en lo profundo. Pero hay en Alemania, indudablemente, una tan honda tragedia, un malestar tan intenso, un alarido tan desgarrado, que sería estúpido mirar solo un aspecto de las cosas y juzgar

por él. No. Hay mucho de cómico, pero todo ello está producido por una intensa tragedia que excusa, si no llega a justificar, muchas de las otras cuestiones y hasta el exceso de uniformes pomposos del general Hermann Goering. No es toda Alemania la que trasciende al través de las camisas castañas y los pasos exagerados de las fuerzas de asalto.

Una impresión de dolor, es la que se saca, mirando a Alemania, al terminar el reciente libro de André Chamson, «L'Année des Vaincus», editado por Grasset. La vida de un obrero francés entre compañeros alemanes se desarrolla en estas páginas, llenas de un amargo sabor de actualidad. El amor flota en medio de todas las desventuras. Es un libro más crudo, más sangriento y menos humano (en el exacto sentido de la palabra), que el de Hans Fallada. Más ambiente, por ser multitudinaria la vida, de angustia y desasosiego. Menos consuelo, porque la tragedia lleva y arrastra. Obra de una gran actualidad, más por las consecuencias que se coligen de ella que por su propia narración. Al leer el libro de Chamson, se vuelve la vista hacia el acto inédito del «Siegfried», de Giraudoux, publicado hace poco y se aúnan ambos cuadros, para completar un retablo trágico y dolorido de lo que es la masa alemana de nuestros días.

Teatro

□ El teatro francés sigue siendo el dueño del cotarro. Los trabajos de Copeau, Dullin, Pitoeff, Gastón Baty y otros directores y actores, (no hay que olvidar a Louis Jouvet, de quien se habla más abajo), han conseguido que París no pierda la hegemonía teatral del mundo, a pesar de los duros golpes del capitalismo norteamericano, de la entusiástica fuerza de los rusos y de la amable complacencia que luce en los escenarios de Londres.

Ahora, varios estrenos sonados y famosos ya, ponen la luz que atrae la mirada entre las bambalinas y trastos de los escenarios de París. Limitados en espacio, las «Señales» se concentran

en dos obras: «Tessa», representada en l'Athenée, por Luis Jouvet, Yolande Laffon y Madeleine Ozeray. Y «Liberté Provisoire», estrenada en el teatro Saint-Georges, con Pierre Blanchard, Madeleine Lambert, René Worms y Nilda Duplessis.

□ «Tessa», es una adaptación de Jean Giraudoux, hecha de una obra de Margaret Kennedy. Las novelas de Margaret Kennedy, tituladas «La ninfa de buen corazón» y «El tonto de la familia», han tenido un éxito tan extraordinario, que han pasado del libro al teatro, del escenario al cinema, del inglés a varios idiomas. En ellas se narran las aventuras y tribulaciones de la familia Sanger y esta familia compone los personajes de la obra que con un éxito no menor que sus originarias, se está representando estos días en París.

Albert Sanger, es un músico famoso. Vive con su familia en una casa de campo, llamada «Karindehutte», situada en un pueblecillo del Tirol. La familia Sanger está compuesta del propio Sanger, de la última de sus queridas, Linda y de una hijita que ha tenido de ésta; más los hijos de queridas anteriores, (que Sanger, abandonador de mujeres, no lo era de los hijos que de ellas iba teniendo). Estos hijos son cuatro muchachas, Kate, Antonia, Paulina y Tessa, y un muchacho, Sebastián. Pero como si no bastara con ellos, viven en la Karindehutte los siguientes personajes: Lewis Dodd, alumno de Sanger, músico, bohemio y artista. Jacob Birnbaum, empresario judío de varias salas de espectáculos; Kiril Trigorin, crítico musical y admirador ferviente de Sanger. Un criado italiano, llamado Roberto. Tessa ama a Lewis Dodd. Pero Lewis se casa con una prima de los Sanger, Florence y se va a vivir con ella a Londres. Muere Sanger y los hijos de éste, se presentan en casa de Lewis, negándose a salir de allí a pesar de los esfuerzos de Florence por echarlos. Florence no es la mujer indicada para Lewis. No son felices. Y al cabo de un poco de tiempo, Lewis comprende que la mujer ideal es Tessa. Florence lo comprende también y desde ese punto se dedica a echar sobre Tessa, frágil, bellísima y delicada mucha-

cha, todos los sinsabores posibles. A tal extremo, que el día en que Lewis da un concierto definitivo en su carrera artística, Florence encierra a Tessa para que no pueda llegar al teatro. Se escapa, llega al concierto y al salir, Lewis y ella huyen, guareciéndose, llenos de felicidad, en Bruselas. Mas, Tessa está herida de muerte por su enfermedad y al llegar a su albergue, se siente sin fuerzas. Lewis cree que es un ligero vahido y dice a Tessa: Abre la ventana. Y al llegar la mujer junto a la ventana y alzar los brazos para abrirla, pierde sus últimas fuerzas y cae. Lewis la lleva en brazos al lecho y Tessa muere al ser colocada en este.

Los personajes, la interpretación, todo ha sido aclamado por la crítica teatral, que recomienda en sus resúmenes y comentarios, vaya el lector a ver la obra representada, por ser difícil e incompleta la idea que se pueda dar de ella en una exposición resumida. El eje de la interpretación es Louis Jouvet, que ya está identificado con los principales personajes masculinos de Giraudoux, como Madeleine Ozeray, con los femeninos.

□ En cuanto a la obra de Michel Durán, «Liberte Provisoire», sin ser más que una excelente comedia dramática, sin pretensiones extraordinarias, ha constituido por su sencillez, diafanidad y hondo sentimiento, un triunfo para el joven autor lionés. Una muchacha llamada Madeleine Courtois, recibe una intempestiva visita. Un perseguido de la justicia, Gerard, se mete en casa de Madeleine para escamotear la policía, diciéndose policía él mismo y afirmando que necesita hacer un registro domiciliario. Pasa la primera impresión, Gerard, confiesa ser quien es y cuando evitado el peligro, se dispone a partir, se tiene que ocultar por que van llegando a casa de Madeleine diferentes caballeros que desean ser los preferidos para la *soirée* que se aproxima. Ni que decir tiene que Madeleine vive con cierto lujo, debido a estas solicitudes de caballeros acomodados, pero a pesar de todo es una excelente muchacha. De los tres caballeros llegados, uno de ellos, Hulin, es el preferido; otro, Barnaud, el más insistente, el enamorado de Madeleine. Y cuando ésta, pasado un largo rato,

se arregla y adorna para recibir a Hulin, al notar que llaman y dicen: «*C'est toi, chéri* », al que piensa es Hulin que llega, se encuentra con Gerard, el fugitivo, que vuelve.

Después de un largo cambio de impresiones, muy sutil y bien trazado por el autor, Gerard y Madeleine están discutiendo la partida del perseguido. Pero este no puede salir, porque el cordón de unos cuantos policías diseminados por la calle, que Madeleine le muestra desde un balcón, le impide la tentativa. Y lo curioso es que no son tales policías, sino gente pagada por Madeleine para que Gerard, al verlos, no salga de su casa.

Pasan los días y el amor aumenta. Madeleine no sale con sus antiguos amigos ni los recibe a su casa. Y una tarde, cuando Gerard confiesa su gran amor a la que le dió albergue, entra Barnaud, que está dispuesto a denunciar a Gerard si no se larga inmediatamente. Madeleine dice que si Gerard es aprisionado, ella se declarará encubridora. Barnaud termina prometiendo a Gerard el pago de un viaje al extranjero, con tal de que Madeleine acepte dejar a su amigo y acepte asimismo el matrimonio que él, Barnaud, le ofrece, con promesa de una agradable vida acomodada y tranquilamente burguesa. Ella acepta. Se convence de que Gerard, inquieto, bohemio, independiente, anárquico, no será feliz con una mujer a la que tenga como una carga inevitable. Pero Gerard no acepta y el telón cae cuando Madeleine mueve la cabeza negativamente a todo lo que Gerard le propone: Una casa de campo en el sur de España, el mar cerca, campiñas verdes alrededor...

El señor Silva Castro diría que en estas comedias no pasa nada, que son síntomas de mediocridad humana. Al día siguiente, suicidio doble de Giraudoux y Durán, por el disgusto...

Un hombre tranquilo

□ El «*Archivo Rojo*», periódico de Moscú, ha revelado las páginas del diario íntimo del zar Nicolás II, aquellas que fueron escritas por el emperador en los aciagos días del comienzo de la

gran catástrofe. Es interesante la transcripción de algunos fragmentos, sobre todo si, al principio de ellos, se coloca un breve resumen indicador de los acontecimientos que en aquellas horas se desarrollaban. Muestra de que el gran bayardo no se preocupaba sino de minucias familiares y protocolares mientras se encendía la gran guerra y se anunciaba la ruina del imperio. La comparación de los fragmentos con los sucesos del día en que fueron escritos, es obra de Z. Luoski. Pertenecen al año 1914.

Martes 21 de Julio: (*Choques entre cosacos y huelguistas en San Petersburgo*). «He trabajado hasta las diez y cuarto y he ido a ver a Poincaré, con quien he charlado hasta las once y cuarto. El se ha ido hacia San Petersburgo y yo al palacio inglés. He pasado revista a la compañía de cazadores, he recibido a los oficiales, con los que me hice retratar en las escaleras de palacio. Al mediodía he vuelto a casa y he recibido por un cuarto de hora a Sukhomlinoff, ministro de la guerra. Después de almorzar, tennis. Lectura. A las 7, baño en compañía de Dmitri, que se ha quedado a comer con nosotros. Paseo en canoa-automóvil. Muy contento de la jornada. El pobre Poincaré ha vuelto de la ciudad a las doce y cuarto de la noche».

Viernes 24 de Julio: (*Habiendo sido enviado a Servia el ultimátum austríaco, se comienza la movilización del ejército ruso*). «La temperatura ha llegado a los 30 grados a la sombra. Estuve trabajando hasta la 1 y media. El Príncipe Bragattion almorzó con nosotros. Paseo hasta las 3 y cuarto y luego, salida para el Pueblo Rojo en compañía de Olga y Tatiana. He recibido a los oficiales de la gran escuela de caballería en el salón de lujo. He llegado tarde a las carreras de caballos. Comí con los caballeros de la Guardia y fuí al teatro por la noche».

Domingo 26 de Julio: (*Preparativos militares en Austria. Montenegro moviliza*). «Me levanté a las nueve. Llovía a torren-

tes. Después de la misa, recibí al picador de la Corte, Mecklenburg-Strelitzki, llegado para darme parte de la muerte del Gran Duque. Almorzó aquí. A las 2, la lluvia terminó y empezó a lucir el sol. Di un paseo con los niños y una excursión breve en canoa. Lectura. Baño. Mi hermana Olga Alexandrovna comió con nosotros. Pasamos la tarde juntos».

Martes 28 de Julio: (*Austria declara la guerra a Servia*). «He recibido a Sukhomlinoff y a Janushkewitch, jefe de mi Estado Mayor. A las 2.30, a los representantes del Congreso del Clero Marítimo y Militar. Jugado al tennis. A las 5, salida con las niñas y Olga para tomar el té. A las 8, Sazonof me viene a decir que Austria ha declarado la guerra a Servia. He leído y escrito casi toda la noche».

Jueves 30 de Julio: (*El Zar firma la orden de movilización general en Rusia*). «Mañana tranquila. He recibido algunas visitas, entre ellas a Sazonoff y Tatisheff. He paseado solo. Tiempo caluroso. Baño delicioso. Pasamos la *soirée* con Olga, que vino a cenar con nosotros».

Sábado 1.º de Agosto: (*Alemania declara la guerra a Rusia*). «La mañana la pasé corrientemente. Hice venir a Nicolás para decirle que le nombro General en Jefe hasta que yo vaya al frente. Paseo con los niños. Misa. A la salida, supimos que Alemania nos había declarado la guerra. Han cenado con nosotros Olga, Dmitri y Juan, hijo del Gran Duque Constantino. Por la noche, vino Buchanan, embajador de Inglaterra, con un telegrama de Jorgito. La respuesta que hemos redactado juntos nos ha cogido mucho tiempo. Cuando se fué Buchanan, recibí a Nicolás otra vez y al Barón Frederik, ministro de la Corte».

Martes 4 de Agosto: (*Alemania entra en Bélgica y declara la guerra a Francia*). «Mamá llegó ayer de Inglaterra a Copenhague, vía Berlín. De 9 a 1, he recibido visitas sin interrupción. Alek,

príncipe de Oldemburgo, llegó el primero. Alemania ha declarado la guerra a Francia. Vinieron con sus carteras Goremikine, Suhomlinoff y Sazonoff. Está de guardia el Gran Duque Cirilo».

Jueves 6 de Agosto: (*Austria declara la guerra a Rusia*). «Hoy, por fin, nos declaró Austria la guerra. La situación es clara. Estuve en Consejo de Ministros. Alix fué a la ciudad. Ha llovido suavemente todo el día. He paseado un poco. Tuvimos algunos parientes para la cena y después nos fuimos a la ciudad todos reunidos».

Y así sucesivamente. ¿Qué clase de hombre era este emperador, visto al través de su diario, donde los acontecimientos importantes desaparecen a la vera de un vano y cotidiano suceso familiar o de la corte?...

Los oppermann

□ León Feuchtwanger, el escritor judío expulsado de Alemania, sigue tratando, después de su primer gran éxito editorial, los temas relativos a su raza. Lo que antes fué historia resucitada, hoy es actualidad palpitante. «Los Oppermann», (Albin Michel, editor de la traducción francesa), es la querrela doble contra el régimen que ha expulsado de Alemania a los nacionales de raza israelita y contra sus propios corraciales, que cándidamente han esperado los acontecimientos sin prepararse para ellos, cuando pudieron adivinar lo que se les venía encima.

En esta obra se presentan las tribulaciones de una familia judía, al ser expulsada por las órdenes del nazismo. Los profesionales, médicos, como el propio Oppermann, jefe, tienen que sufrir antes de la expulsión la necesidad del abandono de sus profesiones, con descuido de sus clientes y desmedro del ejercicio que cultivaban en ayuda del prójimo. Hay en esta novela, como antes se dice, una fuerte sátira, o requisitoria contra los judíos alemanes, que no se prepararon para las contingencias que sobre-

vendrían, contingencias relativas, puesto que según Feuchtwanger las señales que precedieron a la persecución fueron manifiestas y previsibles.

Enero

□ Propósitos generales. Las naciones entran por buen camino, pero son capaces de salir de él en cuanto se les antoje o les convenga. Los individuos, que no han podido suprimir o evitar algo inconveniente durante el año, se deciden a corregirlo ahora. Como si un desagrado, una pesadez o un hábito no pudieran suprimirse a mediados de Abril, pongo por caso!

Buenos planes para el año que se inicia. Todos quedan en aire, excepto aquellos que se pudieran llevar a cabo en otro cualquier día del año que pasó. La vida sigue y la gente sigue como ayer, como a mediados del año pasado. Como a mediados de la Edad Media. Unos príncipes se casan y los cesantes dejan de ir a la sopa municipal para ver los regalos de la princesa. Un ministro se traslada para visitar al compañero transalpino y quedar de acuerdo sobre asuntos que estarán anticuados dentro de un poco de tiempo. La vida sigue.

Pero siempre la esperanza nos hace idear al año nuevo como un material intacto de bienandanzas. Al menos, la fecha inicial porta con ella una solemnidad de pitidos de barcos y de campanas al vuelo. Las campanas y las sirenas tienen algo de solemne, de misterioso, de alto, de medroso, de extraño y hacen que al oírlas, uno se sienta limiado y renovado hasta los tuétanos. Pero aquellos que se pasaron la hora decisiva bailando entre humos y haciendo el canelo junto a mesas floripondeadas, esos, no saben lo que es una entrada de año. Porque lo único que puede cimentar buenos ideales y limpiar el pensamiento, es ese arrebatado de sirenas y campanas que sólo se puede oír en soledad, o a lo más, acompañado en la soledad por alguien que no la perturbe.—JOAN SELVAS.

LOS LIBROS

CAMINO DE LAS HORAS, SONETOS LIBRES ESCRITOS por *Pedro Prado*,

Se diría que Pedro Prado hubiera nacido con una facultad de doble visión. Jamás ha visto las cosas en el primer plano solamente, siempre las ha visto en profundidad, en vasta perspectiva de espacio y tiempo. Da la impresión de un observador persistente, de un Judío Errante que hace siglos viene recorriendo el mundo con sus plantas desnudas, y como ha sido testigo de la transformación de las cosas y de los hombres, de la evolución y recurrencia incesante, nada está para él mudo y aislado, sino que le entrega su secreto, le revela su misión en la armonía general.

La obra de Prado está escrita, por así decirlo, en clave. Parábolas, mitos, alegorías, símbolos. Pocas veces ha escrito por el mero placer de entretener y entretenerse. Sus obras son una invitación a meditar. La belleza de la forma, las agradables apariencias, son solo un medio para entregarnos su sabiduría, como la flor llama al insecto con matices y aromas para hacerlo depositario de su porvenir. Como la nube que se irisa en la luz y tan pronto es hoguera, témpano y joya, pero no se ha remontado para decorar la monotonía azul del aire, sino para llevar pedazos del océano a la cumbre.

El caso de Prado, con su serenidad y amplitud de visión, es insólito en nuestro ambiente, donde todos vivimos quemándonos en el purgatorio de las pasiones y llevamos la anarquía en el cerebro.

Los antecedentes de su formación pueden explicar en forma más o menos satisfactoria su personalidad. Huérfano en hora temprana, ha vagado solitario en la heredad paterna, en la quietud del suburbio, donde se confunden la paz bíblica de los campos y el tumulto de la ciudad. El equilibrio perfecto de su organismo, que se manifiesta en el ritmo del andar y del hablar, la situación económica holgada, la ausencia o suavidad de las crisis dolorosas de la adolescencia y de la pubertad, todo contribuyó a que su atención se proyectara desde temprano al mundo exterior. Sus pensamientos, como naves, como pájaros, salen a cruzar mares y cielos y regresan enriquecidos. El crecimiento de su personalidad da la impresión de una dilatación de ondas concéntricas en un lago sereno. Una serenidad griega y una sabiduría de oriente parecen presidir su desarrollo. Nada es demasiado grande para su atención, nada es pequeño para su curiosidad. Hijo de un médico, parece llevar en la sangre el afán de conocer todos los fenómenos de la vida. La dedicación a la arquitectura, labor a la que parecen converger todas las ciencias y las artes, lo habitúa al culto de los detalles y a la visión de los conjuntos, lo familiariza con la labor de análisis y síntesis del pensamiento humano. Recorre y cultiva personalmente su heredad, recibiendo esa inmensa dádiva de confianza que sube del suelo agradecido.

Desde sus primeras obras, de los veinte y veinticinco años, Flores de Cardo, La Casa Abandonada, maneja el símbolo y la parábola como un pequeño maestro del Evangelio. Y lo mejor es que este explorador del misterio, este navegante de lo absoluto, no tiene nada de caótico. Otros, cuando suben a la montaña o bajan a los abismos, vuelven con la voz alterada por el eco de las profundidades, con la mirada extraviada en el horizonte. Hay en Prado una bonhomía burguesa, un buen sentido práctico que le conserva el equilibrio. La verdad se posa en él y solo un leve temblor acusa su presencia, como el estremecimiento de la rama en que se posa un ave.

La Reina de Rapa Nui y Un Juez Rural son acaso sus obras

más objetivas. Pero siempre sus escenas tienen un eco, una resonancia, y recuerdan las escenas del teatro griego, que se recortaban sobre las montañas. Alsino, por la amplitud de la creación es tal vez su obra máxima. La parte ideal, poemática de la obra, tiene la belleza de un mito helénico. Los antiguos, cuando creaban un mito o una leyenda, se mantenían en el terreno de lo maravilloso. Prado, siguiendo una tendencia de su temperamento y de la época, hace tocar tierra a su héroe y lo enreda en humanas aventuras y desventuras. La obra es admirable en su parte poemática y en su parte realista. La mirada de Alsino no se ha extraviado en el cielo y se derrama agradecida sobre la gracia de lo pequeño, así el día, que satura de luz el lago como el ojo del insecto. Quizás si la manera de engranar el ideal y la rutina es a veces un poco forzado. La diferencia de velocidades hace que los aterrizajes sean un poco violentos. La dualidad del hombre sencillo y práctico y del artista y filósofo que hay en Prado, se revela claramente en Alsino. (1)

Camino de las Horas es un místico devocionario de belleza. Es tal vez la obra en verso más pura y diáfana del autor. Todo está escrito en estado de éxtasis, de inspiración trascendente. No recordamos haber leído otro conjunto de poemas tan estremecidos de Más allá, tan empapados de azul y ungidos de gracia. Ya no es sólo Lázaro que se levanta de la tumba y nos cuenta cómo su sangre se iba por las arterias del mundo, cómo sus manos empezaban a florecer y sus ojos cegados a llenarse de estrellas en la fuente. El espíritu se ha ausentado del cuerpo en el sueño o la inspiración y nos entrega su divino mensaje. Cada poema merece una devota glosa. Las condiciones de Prado: su facultad de expresarse en imágenes y símbolos, que es sólo la consecuencia de su clara percepción de las relaciones entre las cosas, los seres y las almas; su aptitud para ver en lo transitorio lo permanente; lo general en lo particular; la pureza llena de contenido de su lenguaje; su equilibrio y claridad, resplandecen en esta obra. Si nos atreviéramos

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1934.

a señalar alguna deficiencia, serían algunos giros forzados que suelen observarse y que contrastan con la belleza general del estilo. Tal vez el poeta sacrifica a veces la armonía y la pureza a la precisión, o se trata de trozos agregados para ligar estrofas creadas en la más alta inspiración, junturas en el mármol de la estatua. Pero la mayoría de los poemas están esculpidos en un solo bloque.

Para dar una muestra de la alta calidad del libro citaremos al azar dos sonetos:

Circulan en nosotros nuestros muertos,
circulan en la vida y las ideas,
más lejanos están, menos inciertos
te ayudan en la vida, sin que veas.

¿Por qué sólo llorarlo? El está vivo;
oigo cuanto me dicta su consejo.
Mi corazón, mi ritmo pensativo,
mis acciones, son sólo su reflejo.

El llevaba a su padre, y éste a otros;
todos están en mí, yo nunca mido
la inmensa multitud que hay en nosotros.

La oculta sucesión de mis abuelos
es luz de mi pensar, es el latido
que sostiene a mis alas en sus vuelos.

¡Oh! tarde que en los cielos eres la flor del día,
inmensa rosa mustia que el véspero deshoja,
tú tienes la belleza de la melancolía
y aroma de infinito que el ánimo acongoja.
¿Dónde aspiré tu aliento, oh flor que me conmueves?
¿qué recuerdo profundo tu perfume revive?

En pétalos de nubes, que lentamente mueves,
un aliento divino mi esperanza concibe.
Insecto pequeñito se interna en una rosa
y el dulce néctar bebe en embriaguez que olvida.
En ti me interno, ¡oh! tarde, y olvido toda cosa,
y al beber de tu néctar, ¡oh! rosa enrojecida,
tú despiertas la vaga memoria misteriosa,
el confuso recuerdo de una suprema vida.

Este pequeño libro, breviario de fe artística, devocionario de belleza mística, debe ser recibido con el alma limpia, como los fieles reciben la hostia consagrada. Concebido en estado de gracia, sólo puede comunicarse a los que logren ese divino estado, por la pureza del pensamiento y la intención.

Se ha dicho a veces que las obras de Prado no se encuadran perfectamente en un género literario determinado, que Alsino no era precisamente poema o novela, que Androvar no era teatro ni dejaba de serlo. Es probable que alguien salga a discutir si estos sonetos son realmente sonetos o no, si son religiosos, o líricos o profanos. Creemos que estas discusiones carecen absolutamente de importancia. Cuando un autor escribe una obra que se encuadra perfectamente dentro de la forma tradicional del teatro, de la novela, etc. ello quiere decir que en él ha prevalecido el instinto de imitación sobre el espíritu creador. Mientras más vigoroso, independiente y espontáneo es el pensamiento original, menos analogía guardará con un género literario tradicional. Sólo después, por un penoso trabajo de adaptación, a veces de mutilación, se logra encuadrar la idea primera en el lecho de Procusto de un género literario. La consideración, entonces, de género literario es muy secundario. Lo único importante es el contenido humano y divino de la obra.—DAVID PERRY B.



MERCEDES URÍZAR, *Novela* por *Luis Durand*. Editorial Nascimento. Santiago.

¡Mercedes Urizar! Qué poco revela el título inexpresivo, del hondo contenido humano, la sostenida emoción, la abierta sinceridad, la delicada poesía de la novela. Luis Durand, tras de ensayar paciente y tesoneramente sus aptitudes en el cuento y la novela breve, entra ahora en los dominios del relato de vasto aliento. En esta zona inexplorada aún, lo siguen sosteniendo sus cualidades esenciales: En primer término su fina, sedienta, hambrienta sensibilidad, que le permite retener y trasladar al relato una gran variedad de panoramas y personajes, estos últimos con su metal de voz, su mímica, su ideología y conducta propios. El paisaje sigue desempeñando un papel importante, pero generalmente es sólo el escenario de los actores. A veces la naturaleza pasa a primer término, como en la excursión a Lolén y a los lagos del sur, se impone a los hombres con su grandeza y hermosura y modifica o acentúa sus estados de alma. El sentimiento y la emoción prevalecen también en la obra. El libro palpita con los sufrimientos prematuros y luego con la inmensa pasión de Andrés García. Durand, es a veces, un poeta en prosa. Sensibilidad, emoción, sentimiento, imaginación para combinar los datos de la realidad, convertirlos en valores estéticos y crear con ellos la obra de arte, son cualidades de poeta. Cuando el autor se enfrenta a la naturaleza, o describe estados de alma exaltados de sus héroes, es todo un poeta. Sin embargo, luego su atención, dejando a un lado las relaciones del hombre con la naturaleza, con la eternidad, entra a ocuparse de la vida cotidiana de los hombres y entonces el narrador toma la palabra. Las mismas condiciones que permiten componer un poema sirven para la novela. El poeta ha de tener además el don de la expresión rítmica y mayor tendencia a cuidarse de lo esencial y trascendental, a ver las cosas con más amplia perspectiva. Naturalmente es muy sa-

tisfactorio que el novelista sea a la vez un poeta, pues este puede tomar la palabra en los momentos culminantes, así como la opereta pasa de la prosa al canto.

La novela tiene un sabor personal muy marcado que hace pensar en la autobiografía. Parece a veces que el autor se hubiera puesto la máscara de la novela para alzar ese velo de pudor o vanidad que nos impide mostrarnos desnudos a los demás. En la vida, pasión y muerte de Andrés García hay mucho de la vida y pasión de Luis Durand. Con estos antecedentes podemos comprender la personalidad del protagonista. Factores raciales y familiares superiores al medio en que le toca vivir, determinan una naturaleza de selección y una delicada sensibilidad. Siguen, naturalmente, sufrimientos precoces, causados por su naturaleza y por circunstancias desfavorables para su educación y desarrollo, y por la lucha inevitable entre el ser evolucionado y el ambiente vulgar. El niño y el adolescente, doloridos, principian a inquirir las causas de esa hostilidad de la vida, y sintiendo que sólo podrá desarmarla con amor y humildad, abrazan a la dura madrastra para sujetarle el látigo, inquieren anhelosos las causas de la desavenencia, y acaban por comprender que si la vida los trata con rigor, es porque ha hecho en ellos un depósito de confianza, ha puesto en ellos energías que sólo pueden desarrollarse en la lucha, gérmenes que necesitan el golpe de los elementos para madurar. Los orgullosos se aíslan y endurecen ante el medio hostil, los humildes como Andrés García desarman a la flageladora con su bondad. Un fondo de sibaritismo lleva también a los hombres de esta índole a conciliarse pronto con su ambiente. Así vemos a García subir oblicuamente en la sociedad. Pasa por todos los oficios y los ambientes. En el ambiente de los placeres y diversiones nocturnas frecuenta a los Lazarillos y Guzmanes de nuestro mundo picaresco. Las circunstancias lo llevan luego a la Pampa, se mezcla a una aventura eleccionaria y tiene de protector a un diputado. Trajina inútilmente en «la sala de los pasos perdidos», pero al fin sale de preceptor para Villa Hermosa,

pueblo que considera su destierro y, luego se convierte en su paraíso.

El lector va recorriendo con García los diferentes medios a que lo lleva su singular destino: la escuela de provincia, el Instituto Nacional, el cabaret nocturno París Soir, las oficinas salitreras, Villa Hermosa, etc. La novela tiene mucho valor como pintura de ambientes y personajes. El novelista nos revela a los lectores el valor anecdótico de hombres y escenas que nos habían pasado inadvertidos. Hacía falta que Andrés se ocupara en el París Soir para que tuviéramos esas estampas y aguas fuertes de un Santiago nocturno que va desapareciendo ante una civilización más activa, y que tenía su sabor y su encanto innegables. Era necesario que García fuera un domingo a las carreras para que viéramos la expresión de poseídos de los apostadores que incitan a sus caballos, la fiereza trágica de sus rostros cuando sus favoritos se atrasan y otros, como empujados por un resorte, salen a ponerse al frente del lote. La ola de insania, el vértigo de la locura del público apostador se palpan con extraño relieve en el relato. Allí aparecen al desnudo las protuberancias que acusan la puerilidad y el egoísmo de los hombres. Villa Hermosa acaba por ser un villorrio tan real como los que hemos habitado. Las escenas en la trastienda del almacén de don Pedro Arriagada, el comerciante piadoso que recomienda las virtudes de la confesión a un auditorio irónico que asiste entusiasmado para que sigan circulando el vino y los comestibles del anfitrión; las tertulias en casa de Jerónimo Cereceda, El Rey; las veladas de la familia Loyola, el rapto consumado por Tito Jara, el casamiento de don Pedro, son escenas que el lector ve, oye y huele, por así decirlo. Los pelambres de la viuda Fernández son impagables. Armados con el aguijón del odio, servidos con la sal de la gracia y la pimienta de la malicia, constituyen un valioso documento humano. Allí vemos la modesta cuna del humorismo. Constatamos que Voltaire, Wilde, todos los maestros del ingenio y el humor, proceden del pelambre lugareño, como el hombre del mono. El odio

latente en el hombre, frenado por la civilización, se desahoga en la malevolencia verbal. Poco a poco el odio disminuye y aumenta la gracia y se llega sin grandes transiciones a la ironía de Voltaire y a la paradoja de Wilde.

Mercedes Urizar se sale del relato, toma cuerpo y figura, alienta, trajina, batalla valerosamente para salvar su amor de la encrucijada de la fatalidad. Si no fuera ingenuo, agregaría también que nos enamora. Cobra tanto relieve que a veces García se esfuma a su lado. Es una mujer de selección, delicada en el sentimiento, pero de carácter firme. Su voluntad prevalece sobre la de García, un poco acostumbrado a dejarse llevar y traer por la corriente de la vida, y es ella quien toma la dirección de la aventura amorosa. Es ella quien guarda serenidad ante el peligro, y un destello de inteligencia en la hora suprema que le permite arrollar bajo su caballo a Fernando Arlegui, el mal hombre de su pasado, su verdadero pecado de juventud. Andrés García sucumbe sin gloria. Es verdad que al ver ultrajada y en peligro a su amante, Andrés sacude su nonchalance, se saca los guantes de la timidez y sale en busca de su rival. Pero no lo encuentra y esta actitud disuena un poco con su línea general. En las escenas de amor, Andrés sale más mimado que Mercedes. Nos habría gustado un Andrés más viril, que el felón de Arlegui hubiera caído arrollado bajo el caballo de Andrés y que Mercedes hubiera sucumbido de la puñalada traidora, ya que uno de los tres sobraba para la decencia del relato. Pero estos son gustos particulares. La vida puede asumir una u otra forma y todas son verosímiles.

Si García aparece un poco deficiente en carácter, iguala o supera a Mercedes en fuerza pasional. Gracias a ello se teje uno de los idilios más bellos que hemos leído en nuestra literatura. El amor de Andrés ilumina la novela con apasionada luz crepuscular. Mercedes se mueve en una atmósfera electrizada por la pasión o el sentimiento de su amante. Está bien aquel pasaje en que Andrés, mordido por los celos, pasa del insulto a la caricia y


siente variar el color de su alma como varía el plumaje de las aves o la piel de los reptiles al influjo de las estaciones.

En resumen, Durand ha salvado felizmente el obstáculo magno de su carrera. Ha logrado moverse con propiedad en la gran pista de la novela, donde se necesita otro aliento que para estar en el pequeño ring del relato corto.

Se puede observar, para poner algunos reparos, que falta aún algún entrenamiento al estilo; que ciertas palabras, como ser cosa, algo, sirven de comodín al autor; que se desearía una cultura más amplia para tratar de ciertos asuntos desde un punto de vista más actual. Estos elementos pueden adquirirse. En cambio, Durand aparece dotado de aquellos elementos que sólo la naturaleza concede: sensibilidad, sentimiento, imaginación.

Mercedes Urizar quedará como una de las más fieles y sobresalientes pinturas del ambiente chileno. No desmerece al lado de los temas rurales de Latorre, Prado, Maluenda, Espinosa. Con *Un Perdido*, de Barrios, guarda cierta analogía de tema en la pintura de una infancia atormentada y del medio pecaminoso y bohemio de Santiago.

Como observación general, agregaríamos que la novela chilena no se ha ocupado bastante de los elementos positivos, constructivos, de nuestra sociedad. Hasta aquí, lo mismo que los médicos, se ha ocupado de lo anormal y patológico, de los perdidos, los delincuentes, los vencidos por la vida. Creemos que nuestra literatura refleja un tipo de sociedad inferior al que tiene por modelo. Si el país avanza, lo que es un hecho, y este progreso no se debe sólo al esfuerzo extranjero, lo que también es un hecho, debe haber en nuestro ambiente hombres de esfuerzo y lucha, que se levantan y levantan el medio en que actúan. Creemos que un país necesita recibir estímulo y no siempre desaliento de su literatura.—DAVID PERRY B.



CANCIONERO, por *Alberto Guillén*.

Desde aquella «Linterna de Diógenes», que revolvió airadamente los círculos literarios de Madrid, Alberto Guillén ha seguido alarmando a la burguesía que lee con su egolatría y su desenfado.

Pocos poetas sudamericanos han mostrado una personalidad tan definida como el autor de este «Cancionero» (1). Su «Deucalión», libro de sonetos que dió vueltas el Continente y llegó a España, para alcanzar en toda parte calurosos elogios, le situó en definitiva junto a los grandes líricos del idioma. Y se hizo perdonar así el pecado juvenil de su «Linterna», que si no fué pecado literario, lo fué, y grande, por el encono que despertara entre los escritores de la Península.

Otros discutirán la vida política de Guillén, y acaso dirán que no supo dejar en ella los arrestos de su «Deucalión»; otros le juzgarán como prosista, y dirán lo que les venga en gana. A nosotros, lectores entusiasmados de su «Cancionero», nos basta con su obra lírica para reafirmarnos en el aserto de su valía indiscutible.

Sus «Coplas», «Cantares Cholos», que dice él, tienen el fuerte sabor de lo autóctono, la voz primitiva y gruesa del criollo peruano. En cambio, sus «Cantares», lo más valioso de este Cancionero, son la voz irónica y agudizada del poeta en tensión.

Oyendo cantar la vida,
de bruces sobre el torrente
que soy, te espero, querida.

Como anoche ha llovido,
se le ha refrescado la voz
al río.

(1) Arequipa, Perú, 1934.

Llenos de imágenes frescas y originales, el paisaje y la vida asoman rotundamente en estos Cantares de Alberto Guillén. En ellos, como en «Deucalión», está latiendo su recio corazón de poeta.—C. P. S.



REVOLUCIÓN, por Miguel Bustos Cerecedo. (Prólogo de Lorenzo Turrent Rozas).

El prologuista de este libro nos dice que su autor tiene apenas veinte años, y que está entre «Los poetas-hombres, cuyas canciones cooperan al alumbramiento de una sociedad mejor».

Miguel Bustos Cerecedo tiene—no hay por qué dudarlo—grandes condiciones para la lucha ideológica y social, y no sería de extrañarse que en día no lejano su nombre nos dijera la actuación valiente de un caudillo político. Pero de ahí a que logre tener figuración en la poesía mexicana, tomando como base para tal augurio esta «Revolución» (1) de hoy, hay trecho, y no poco.

El libro comienza así:

En la epopeya tibia de tus estruendos sordos como
latigazos en la noche sin rumbo,
se arrullan las primaveras asustadizas
de mis complicadas mocedades.

En la epopeya tibia de tus estruendos sordos como
latigazos en la noche sin rumbo,
has escondido el misterio de mis melancolías
que amanecieron llenas
de las emanaciones lacerantes de tu belleza
cruel.

(1) Editorial Integrales. Jalapa, Veracruz, México.

¿Serán, efectivamente, una contribución eficaz al movimiento revolucionario de México estas cosas de Bustos Cerecedo? Estamos demasiado distantes para dar la respuesta.—C. P. S.



CANCIONES EN FLAUTA BLANCA. Prólogo de Gabriela Mistral.—
Carmen Alicia Cadilla.

Frescura y emoción es todo este libro de Carmen Alicia Cadilla, poetisa de Puerto Rico, la tierra víctima del imperialismo norteamericano.

Mañana recién nacida.
—Flauta blanca de mi canto.—
El cuerno de luz del día
se me ha volcado en los labios,
y estoy alegre de sol
y de rosales y pájaros.

Desde hoy,
toda la vida
me la pasaré
cantando...

Esta sencillez, esta transparencia que se han hecho casi desconocidas en la poesía de América, asoman en todas las «Canciones en flauta blanca» (1). Ni trascendentalismos ideológicos ni rubor de usar como medio expresivo el viejo molde clásico. La poetisa siente y canta sin reparar en el público, y en ocasiones escribe a sabiendas de que la finura de una idea o de un matiz

(1) Río Piedras, Pto. Rico, 1934.

no llegará hasta el público. Gabriela Mistral lo dice ya en el prólogo: «a ella le importa mucho la comprensión y poco el elogio».

Voz fina, sin alardes del cansado sensualismo cerebral, trae voces nuevas a la lírica esta joven poetisa de Puerto Rico. Oigámosla una vez más:

DÁDIVA ALEGRE

Se me quedó la voz
agazapada...
jera
tan quieto
aquel silencio!

Quise decirte
muchas cosas,
pero
las palabras
se me perdieron.

Cuando empezó la sombra
a echar raíces.
me dijiste muy quedo:
...samaritana, tengo sed...
y te ofrecí
en el cuenco
de mis ojos
agua
sazonada de sueños...

Quien escribe en este tono, sencillamente emocionadamente, bien puede contarse entre las elegidas.—C. P. S.

RUMOR DE ACEQUIA, por *Vicente Nacarato*.

Este escritor argentino que en «Rumor de Acequia» (1), nos da su tercer libro, no es un desconocido en Chile. Su «Carroussel de la Noche», publicado en 1931, tuvo, a pesar de su escasa circulación entre nosotros, buenos éxitos de crítica.

Estos poemas de ahora, que el poeta dedica «a la tierra nativa, a la lujutia de los pámpanos, el éxtasis de los cerros empinados», obtuvieron el premio municipal de Mendoza, en 1933.

Sencillos, delicados, a la sordina, dicen de un poeta enamorado de su tierra, que siente el paisaje y sabe trasmitirlo a sus lectores.

Está cantando la acequia
no se qué canto olvidado.
El agua lleva rumores
de cantos que hemos soñado...

Nacarato cultiva con maestría el romance, sin seguir la huella de García Lorca, como lo hacen tantos poetas de la hora. Damos aquí algunos versos de «Pelea criolla»:

Juan Cruz huye por las sombras
embozado en su chalina;
rubíes de sangre espesa
se escurren de la cuchilla.
Mañana cuando haya sol
habrá rosas encendidas.

(1) Rosario, Argentina, 1934.

Y nadie sabrá por qué
 anoche, cuando dormían,
 oyeron como entre sueños
 tintineos de cuchillas,
 y una voz que blasfemaba
 y otra voz que se moría.

Sorprende, por lo desusado en esta hora de innovaciones y de «ismos», la manera sencilla de Vicente Nacarato. Y no tendrá, es claro, el aplauso de las capillas intransigentes.—C. P. S.



HERODIAS. Poema Bíblico, por *Máximo Soto-Hall*.

Sólo conocíamos de este escritor sus ensayos políticos, y en especial su estudio sobre el imperialismo yanqui en Nicaragua.

Prosa ágil, siempre correcta, se hace leer con agrado, y tiene el argumento macizo para convencer a sus lectores que desconozcan la materia que trata.

Este poema «Herodias» (1) nos muestra a Soto-Hall como a lírico de grandes condiciones, dueño de la técnica del verso, aunque sin gran novedad en las imágenes ni en la adjetivación.

La leyenda de Salomé, tan llevada y traída en todas las literaturas, en prosa y verso, tiene en él a un intérprete feliz. Logra dar cierta originalidad al desarrollo y lo encuadra con verdadera maestría en los siete Cantos de que consta la obra.

Es lógico que tema casi agotado no se preste para aquilatar, todas las condiciones líricas de un poeta. Pero así y todo, Soto-Hall nos dice con esta leyenda lo que podrá dar en obras más personales, de visión más íntima.

(1) Buenos Aires, 1934.

¿Es este libro del escritor centroamericano apenas una golondrina en su labor política y diplomática? Sería de lamentar su silencio lírico ya que su canto ha remozado, dentro de lo posible, una bíblica leyenda que desde hace tiempo no tiene secretos para nadie.—C. P. S.

DOCE SILUETAS, por *José de la Cuadra*.

De finos y claros contornos estas Siluetas de Augusto Arias, Aguilera Malta, Gil Gilbert, Gallegos Lara, Pareja Diez-Canseco, Jorge Carrera Andrade y otros artistas ecuatorianos.

José de la Cuadra, compañero de todos ellos, los enfoca con viva comprensión, sin dejarse llevar por esas «simpatías de temperamento», de que hablara alguien. Les juzga severamente, pero sin el afán preconcebido de hallar lunares, manía tan común entre los críticos chilenos, que, casi siempre, escriben en postura de examinador, felices de «pillar» al examinado que les cae entre las manos.

El autor de estas Doce Siluetas es suficientemente conocido entre los escritores chilenos,—es claro que todavía no ha llegado al público nuestro, como no llegaron, tampoco, sus compatriotas, que hoy asombran a la América con sus novelas y sus cuentos, y se aprecian las excelencias de su esilo y su gran cultura.

Aspecto nuevo este que de la Cuadra deja ver en sus Siluetas (1). Le conocíamos por sus cuentos, apretados de emoción y de calor humano, pero no sabíamos sus condiciones de crítico sagaz, de visión dilatada y firme cultura clásica.—C. P. S.

(1) Editorial América.—Quito (Ecuador) 1934.

RASCACIELOS, por *Rosario Beltrán Núñez*.

El poema corto en prosa no tiene en América cultivadores de renombre. Fuera de Amado Nervo, y de Augusto d'Halmar, en su «Nirvana», no recordamos a otros escritores que hayan dejado su rastro en ese sendero.

Estos poemas breves de Rosario Beltrán Núñez, llenos de emoción y bellamente escritos, no hacen sino reafirmar sus prestigios de escritora, que «Sol de Amanecer» y «La llama en éxtasis», pusieran muy en alto. Damos aquí su poema «Tú y yo en el bosque»:

Tumulto verde el bosque en la mañana. Verdes de bronce, verdes de oro, de jade y de esmeralda, bajo el cielo azul luz.

En la tierra obscura, aspereza de hierbas, agresividad de pedruscos, y senderos que saben del secreto de la espesura y de la campesina gracia de la flor de trébol.

Y en la profundidad del bosque, tú y yo, ebrios de luz, de amor y de poesía. Bendecimos en besos la sombra del árbol y el oro del sol.

Nuestra risa clara salta entre rumores vagos; y es nuestra mirada pájaro jubiloso por verdes de bronce, verdes de oro, de jade y de esmeralda.

Pensamientos áureos, como esas monedas de luz que para nuestra dicha desparrama el sol bajo las frondas, nuestros pensamientos.

¡Tú y yo en el bosque! Tendemos fuertes raíces a la vida; y afirmamos en cada palabra y en cada beso la dicha de existir».

Lejos de la vulgaridad, pecado en que se cae fácilmente cuando se estrecha el marco de las ideas en busca de la concisión, este libro de la escritora argentina se deja leer con agrado constante.—C. P. S.



HUASIPUNGO, por *Jorge Icaza*.—Quito. Imprenta Nacional.

Hemos de confesar que con la lectura de este libro, nos ponemos por primera vez en contacto con la literatura ecuatoriana. Los libros que en el Ecuador se publican, no se encuentran en las librerías chilenas, y apenas suele llegar uno que otro volumen que por alguna referencia personal envían los autores de allá a algún escritor chileno, a manera de saludo fraternal. Debemos pues, agradecer muy sinceramente este amable envío que nos hace Jorge Icaza, de su novela «Huasipungo» por medio de cuya lectura, tenemos la oportunidad de conocer aspectos interesantísimos de la vida rural en aquel país.

«Huasipungo» es la novela del indio ecuatoriano, y nos muestra con brochazos enérgicos una realidad tan terrible de como éste vive allí, que a veces hace pensar en que el autor exagera la nota, pues se hace difícil creer que en este siglo de civilización y de piedad humana, pueda el hombre arrastrar una vida tan abyecta y miserable, tan espantosamente primitiva.

¿Que es el huasipungo? A través de muchas páginas de la novela de Icaza no pudimos informarnos con claridad del significado de esta rara palabra. No obstante poco a poco lo hemos comprendido perfectamente. Huasipungo en el Ecuador es la vivienda campesina del indígena, a la cual rodea una pequeña extensión de tierra de cultivo, y donde crecen los escasos animales que le es posible poseer. Es lo que acá en Chile, se denomina «puebla» o «posesión» de inquilinos.

Pero si aquí en nuestro país la vivienda del campesino es deplorable y triste, desprovista de toda comodidad, la del indio ecuatoriano, que hace el grueso de la masa trabajadora en el campo de aquel país, es una cueva de alimañas, tal vez, según nos la pinta Icaza más abyecta que el cubil donde se revuelca una fiera. El terrateniente, no se preocupa de eso. El indio allí,

es menos que una vaca o un caballo. Se le considera también una bestia, pero menos valiosa que las citadas. Arrastra una existencia que no se diferencia en nada con la de un animal. No existe piedad para considerar sus dolores, sus necesidades. Allí el indio vive en plena época de la encomienda. El látigo cae diario con ferocidad inexorable para dominar el más mínimo asomo de rebeldía, o el menor desmayo cuando ya no puede trabajar, rendido por el hambre o por una enfermedad. En tales casos, sólo la extorsión y el látigo, la cruel caricia del «amitu» es su única esperanza. Y en las noches cuando llega al huasipungo, a tirarse para descansar de su mortal fatiga, lo recibe la mujer y el hijo que gimen de necesidad, entre la mugre y los piojos.

En esta novela palpita con la fuerza de un torrente desencadenado, toda la rebeldía que el autor siente en presencia de aquella existencia trágica. Es una pintura trágica también, hecha con sangre, con dolor palpitante y empapada en el gemido sordo de una raza vencida y expoliada que no tiene siquiera fuerzas, ni inteligencia para comprender que puede tener derecho a una condición superior a la que arrastra.

El terrateniente, el jefe político y el cura, aparecen aquí, como una especie de demonios que se embriagan en la sangre y en el dolor humano. El indio no tiene ni siquiera la posibilidad de probar la alimentación destinada al hombre blanco, o al mestizo que ejerce siempre como capataz y es su verdugo más cruel. Se le da, eso sí, mucho alcohol, (guarapo) que le infunde una energía ficticia y le permite de esta manera entregar el máximo de su esfuerzo en provecho del amo insaciable.

Esta novela, es la pintura más tétrica y feroz de una de las más penosas realidades de nuestra América. La explotación del hombre por el hombre, alcanza proporciones tan inauditas, tan espantosas dentro de este relato, que el lector se siente traspasado de congoja y de indignación, porque el libro convence sin esfuerzo. No se advierte en él, intención parcial del

autor, al narrar la miserable existencia que arrastra ese infeliz ejemplar humano, que es el indio ecuatoriano.—LUIS DURAND,



LOS SANGURIMAS. Novela Montuvia ecuatoriana (1). *por José de la Cuadra*

La novela ecuatoriana pasa por un período de esplendor. Se ha desarrollado sin precedentes notables en el siglo pasado y con escasos indicios precursores en los comienzos del actual. Los nuevos escritores se dividen en dos o tres grupos. Entre ellos sobresale el del Guayas que abarca una zona considerable cuyo foco es Guayaquil, ciudad hasta ayer liberal y en la actualidad centro de inquietudes revolucionarias.

La novela del Guayas tiene dos o tres características intensas: preocupación social, estilo simple y directo, técnica novísima de grandes planos. En su primer aspecto es originalísima y entrega a la atención de los americanos todos los problemas profundos de la nacionalidad ecuatoriana: la explotación del campesino, la miseria ciudadana, la brutalidad de los gamonales, la rapacidad del clero y la ignorancia general de las masas.

Estos temas se repiten y alternan con dramatismo fecundo en los cuentos de Enrique Gil Gilbert, en las novelas de Aguilera Malta y de Pareja Diez Canseco y en los poderosos relatos de José de la Cuadra. En la sierra también existen idénticos escritores que afirman su garra crítica en parecidos tópicos que en la actual novelística americana se reproducen en México en las obras de José Mancisidor y de Francisco Sarquís, en Colombia, en los cuentos de Antonio García, y en Chile en algunos casos aislados como Sepúlveda Leyton, Jacobo Danke y Laurencio Gallardo.

(1) Editorial Cenit, Madrid.—1934.

José de la Cuadra es un escritor guayaquileño que ha merecido los honores de la edición europea y del comentario continental. Su personalidad es vigorosa y rica.

Así lo revela su reciente novela montuvia *Los Sangurimas* que hemos leído en relación comparativa con *Don Goyo*, de Aguilera Malta.

De la Cuadra es un escritor sin complicaciones ni exquisiteces. Ha buscado sus personajes en un campo doloroso y desesperanzado. O bien en el mundo tropical de los montuvios donde vencen la audacia; la violencia y el atropello. Podríamos anotar en este reciente libro de De la Cuadra dos clases de tipos; unos que viven esclavos del instinto y hacen pesar sus arbitrariedades sobre los explotados y aun en personas familiares como esos patológicos Sangurimas que dan color autóctono a la primera narración; y otros que se abandonan al triste fatalismo de sus existencias miserables y sin optimismo.

Entre ambas clases de tipos hay algunas estampas intermedias; el arrendatario inescrupuloso y voraz, el cura criollo y sacacuartos, el amo rapacísimo y tuno, la negra sensual y milagrera que mezcla en su vida lo supersticioso al deleite carnal.

Estos últimos tipos acentúan el rasgo crítico de De la Cuadra. Su pincel es crudo e impresionista. No se detiene morosamente en los detalles y no hace gran filosofía social sobre sus creaciones novelescas. Está distanciado de la literatura comunista mejicana que hace propaganda y predica ideas entre relato y relato.

De la Cuadra es un narrador amenísimo. Tiene el don de interesar con pocos elementos, aun en aquellos cuentos que son episodios descarnados sin gran composición ni esfuerzo en el estilo.

Por esto habría que precisar si la literatura de De la Cuadra es o no una expresión proletaria de arte. Creemos más bien que equivale a esa etapa crítica en que el escritor desvincula-

do de la burguesía nativa se coloca en una actitud de repudio a sus procedimientos feudales y a su inmisericorde predominio.

De la Cuadra es sobrio y posee una pupila sagaz de novelista. Toma lo esencial del paisaje y enclava en medio del campo, en la ciudad o en las orillas del río, a sus personajes.

La primera narración del volumen que comentamos es una novela de familia. Presenta una galería de patológicas creaciones, en que dominan los instintos primitivos desde Nicacio Sangurima, el abuelo de raza blanca, casi pura, hasta sus nietas María Mercedes, María Victoria y María Julia. Al lado de estas, anímanse unos extraordinarios sujetos llamados «Los Rugeles», que son hijos del Coronel Sangurima.

En esta familia montuvia todos se acechan y viven en una especie de guerra sorda de sensualidades, caprichos eróticos y degeneraciones sexuales.

Felipe Sangurima, apodado el «Chanchorengo», vivía públicamente con su hermana Melania, Terencio Sangurima, cura de San Francisco de Baba, es ejemplar primitivo de ese fraile que florece en el trópico y que se ha ordenado casualmente sin haber hecho grandes estudios. Su padre decía de él: «Mi hijo cura sería un gran cura de no gustarle tres cosas: verija, baraja y botija».

La tragedia y el incesto se mueven con un aliento voraz entre estos individuos que no reconocen más moral que sus apetitos.

Un Sangurima mata a otro. Los Rugeles se llevan a la prima María Victoria, y después de violarla agregan el crimen al rapto y a la posesión.

En medio de esta ola de salvajismo, el viejo Sangurima se levanta como una trágica estampa que desenvuelve una filosofía justificadora de todas las depredaciones de sus hijos y nietos. Es algo elemental, primario y cavernícola, lo que dice este inolvidable tipo. Cuando Felipe, su hijo, comete un incesto, lo explica diciendo: «Le habrá gustado esa carne, pues. ¿Y? Lo que se ha de comer el moro, que se lo coma el cristiano, como decía

mi compadre»... Del mismo modo filosofa sobre el hijo cura, que tiene barraganas, se emborracha y se trenza en una solidaridad alcohólica con su hermano Ventura.

Las ideas sexuales y morales del viejo Sangurima, se repiten en los célebres Rugeles, especies de ídolos selváticos del abuelo.

Estos tenían por lema amoroso el siguiente: «La mujer no es de naiden, sino del primero que la jala. Mismamente como la vaca alzada. Hay que cogerla como sea. A las buenas o las malas».

La novela termina con la prisión de los Rugeles, y con un intento desesperado de liberación hecho por el coronel, padre de los asesinos y violadores.

«Los Sangurimas», es una novela que en otras manos habría dado material para unas quinientas páginas apretadas. De la Cuadra la ha condensado, la ha apretado hasta hacer de ella una esquema de tragedia. De ahí sus defectos, su excesivo impresionismo, la inconsistencia de algunas escenas. Pero, en todo caso, ha resultado un documento social formidable en que ha quedado prendida esa realidad ecuatoriana, que en otros aspectos acaba de revelar con nervio Jorge Icaza, en *Huasipungo*.

De la Cuadra, completa el volumen que nos ocupa, con cinco cuentos de calidad dramática, en que las notas desgarradoras y punzantes predominan por sobre todo sentimentalismo.

El primero se titula «Sangre expiatoria». Es un cuento de superstición y de muerte. Se destacan en él dos personas: Ña Macaria, negra guapetona y varonil; y el mocetón Juan Quishpe. La vieja devora la virginidad del muchacho y en seguida lo asesina. Hay en estas escenas un intento de penetración en la psicología de los negros, cuya sensualidad se mezcla a lo supersticioso. Está bien logrado y no se olvida el ataque epiléptico de Ña Macaria con que termina el relato.

«Candado» es la tragedia de una mujer llamada «la Piltrafa» y de su hijo. Es un cuento ciudadano en que Guayaquil sirve de escenario.

Sirve a De la Cuadra para satirizar la sordidez de los que dan limosna por interés. Cuando la Piltrafa solicita limosna para su hijuelo muchos le hacen caridad en cambio de una oración. Ella dice: La gente es muy interesada... Nunca da por gusto... El que menos, quiere que uno rece...»

Más adelante es un lego que da la sopa boba de un convento. Cuando el limosnero no rezaba al recibir su ración, al día siguiente se le pasaba por alto...

«Candado» se completa con el relato «Barraganía» en que se describe un prostíbulo del Guayas. Hay allí cuatro tipos bien bocetados: el dueño de la chingana, Nemesio, dos mujeres, Mariana y Laura, el amante y explotador de ambas, el sagra Jesús Tenén.

Las mujeres pelean, pero acaban siempre reconciliándose. Frente a ellas hay una estampa india, Pilote, que con sus frases venenosas es como el coro de esta pequeña tragedia abyecta.

También De la Cuadra coloca su ironía y su crítica en este cuento. Una de las mujeres al describir su deshonor dice: «A mí me malograron en Ríobamba, cuando estuve de servir... Uno de los amos Recaldes...»

Terminan «Los Sangurimas» con dos cuentos en que el ala sombría del drama vuela sobre sus protagonistas: *Shishi la Chiva* y *Calor de Yunca*.

En el primero hay una apretada emoción. Un indiecito presiente que sus padres le van a llevar su chiva. El hambre los obliga a vender esta compañera amable del indiecito. Este tiene una hermana y la mata para que los padres la lleven a vender. Es el drama del hambre y de la miseria de la montaña.

Shishi, la chiva pasa a ser un atormentado símbolo de ese cúmulo de miserias y de explotaciones que aplastan al indio.

De la Cuadra remata admirablemente su obra con *Calor de Yunca*. El calor exalta ahí la sensualidad de José Tiberíades que termina por cometer un incesto con su hermana Refugio.

Así son todos los personajes de De la Cuadra. Unos cometen incestos, otros mueren sombríamente, los de más allá son carne de miseria y de explotación por obra del mayoral y del cura. Un indio dice en un relato a propósito de una mujer: «Dizque amo cura quiso dormirla, y la Lucha no se dejó...» En ese «quiso dormirla» late toda la existencia de estas mujeres pintadas por De la Cuadra. Sus vidas ruedan entre la servidumbre doméstica en que pierden la virginidad y el matrimonio que las aplasta y embrutece junto a un marido borracho y que las apalea.

Esta literatura no tiene refinamientos ni floripondios retóricos. Es una salida humana y dolorosa que la nueva sensibilidad ha buscado para expresar la gran desesperanza de un pueblo. No puede, pues, ser gustada por aquellos críticos majaderos que exigen al arte un refinamiento y un preciosismo que se halla tan lejano de las almas primitivas de los montuvios y yungas.

De la Cuadra significa en la novela americana de este momento un hermoso ejemplo de realismo veraz, de interés dramático y de sinceridad artística. Con su reciente libro se coloca reciamente al lado de Azuela, de Icaza, de Robleto, de Antonio García, de Aguilera Malta; de Pareja Diez Canseco y de otros espíritus que amasan sus obras con las más puras esencias de nuestra dolorosa realidad.—RICARDO A. LATCHAM.



CHARCA EN LA SELVA, por *Fernando Santiván Ercilla*, 1934.

Mientras permaneció allá en el sur, Fernando Santiván, por lo menos aparentemente, no sintió gran inquietud por publicar libros. Recordamos, y de esto hace ya años, que en una ocasión en que nos encontrábamos en casa de Mariano Latorre, estaba ahí Santiván, que había venido por unos días a Santiago.

En esa ocasión conversamos por primera vez, y recordamos también que al preguntarle si tenía alguna obra en preparación, nos respondió con aire un tanto desencantado:

—¿Y para qué? Creo que no hace falta. Mire Ud. como están los libros aquí...

Y al decirnos esto, nos mostraba los libros que en estantes, sillas y mesas llenaban por completo el escritorio de Mariano Latorre.

Tal vez aquella respuesta, no fué sino el resultado de un momento de hastío, de cansancio, de momentánea desesperanza. De uno de esos momentos en que el hombre siente que ninguna de las satisfacciones de la vida ha colmado sus anhelos. Pero en el corazón del escritor que es Santiván, aquello no podía subsistir, no podía ser sino un estado de ánimo pasajero. Tal vez el deseo de descansar largamente, de rehacerse para recomenzar de nuevo, con mayor energía, una segunda etapa de su labor literaria. Y en realidad los hechos nos han venido a confirmar en esta idea.

Vuelto a Santiago, Santiván, ha ido entregando unos cuantos libros, a las editoriales santiaguinas, que allá, en medio de la naturaleza y de la tranquilidad de su hogar, fuera escribiendo poco a poco. Primero sus «Recuerdos Literarios», libro lleno de animación, de vida; empapado en emoción y en calor humano, en el cual traza con admirable nitidez, cuadros muy interesantes del ambiente literario, y de los hombres que en él actuaban en una época que Santiván vivió y conoció muy de cerca. Luego un volumen titulado «Escuelas Rurales», en el cual hace un detenido estudio sobre lo que es y debe ser la educación primaria en el campo. Y ahora, recientemente, acaba de entregar al público lector, una novela: «Charca en la selva», vigorosa pintura de lo que es la vida en una aldea del sur.

Desgraciadamente, la vida en aquella aldea, no dejó huellas de simpatía ni de afecto en su corazón. En medio de una naturaleza espléndida, junto al lago azul que predispone al en-

sueño, existe un pudridero humano, en donde se agitan y entremezclan las pasiones, los odios, las envidias, y todos aquellos elementos negativos del alma humana. La gente que allí vive, estrechada por la pequeñez del medio, no se ha empapado en la generosidad de la naturaleza, sino que por el contrario, viven como los alacranes mordiéndose el corazón, sólo preocupados de alimentar una guerra sorda, mezquina, odiosa. Quien llega allí a establecerse, es recibido ávidamente, y siente muy pronto la sugestión de dos fuerzas contrarias que tratan de atraérselo como un nuevo elemento que puede robustecer su causa. Una causa mínima y ruin por lo demás, pues no se ve ninguna razón superior y grande que la justifique, o la haga siquiera necesaria.

El enredo de la novela es de una simplicidad muy grande. Franco Linares, llega a X^{ooo} y oye muy pronto a un matrimonio—los hoteleros alemanes del pueblo—contar malévolamente la historia de todas las gentes del poblacho. Entre ellas, la de Mario Casals, un ingeniero que allí vive, y de quien se dice que su mujer lo burla, con amores que mantiene con un señor Préndez, el macho Préndez, como lo llaman allí. Realmente no se ve cuál es el objeto de la llegada de Linares, ni de su aparición en la novela. Tampoco se sabe nada de lo que piensa Casals, de lo que desea hacer, o de si se siente escarnecido por su mujer. Es un ser silencioso y triste, que siente a su alrededor el odio de la gente, porque ya no les puede dispensar favores como antes. Luego se enferma, y en un día gris y triste de invierno, lo llevan a Santiago en un pequeño coche. Por el camino va Linares con su mujer, que ahora manifiesta desdén por Préndez. Desde su coche, que le sirve de lecho de dolor, Casals los ve aparecer en un alto del camino, conversando muy juntos el uno del otro.

Abatido, deja caer la cabeza, y cuando el mozo que va a caballo cerca de él va a verlo, está muerto.

Esa es la novela. Como se ve, el asunto es de una gran sencillez y sin ninguna complicación. Es tal vez un drama doloroso contado con la pericia del novelista experimentado y lleno de

recursos que es el autor. Hay bellas notas del paisaje, y la descripción de una tempestad en medio de la selva. En suma, una novela como todas las de Santiván, muy amena y llena de interés, pero en la cual se advierte en él, una falta absoluta de simpatía por los seres y las cosas que, a pesar de todo, le infunden ánimo para meterlos en las páginas de una novela.—L. D.



PACIFICO - ATLANTICO, por Domingo Melfi.

Los anteriores libros de Melfi merecen un estudio detenido, que nosotros no estamos autorizados para emprender en este artículo. Lo merecen porque en cada uno de ellos, el autor ha logrado extraer de nuestra vida colectiva, pretérita y actual, un buen número de figuras decisivas para la evolución social e ideológica de la raza, y al mismo tiempo, un cúmulo de verdades que era necesario desescombrar para utilizarlos, quizá, algún día, en una nueva estructura, digna y desapasionada, de nuestra historia social y política. Lo merecen, y esto es esencial para la mejor comprensión del nuevo libro de Domingo Melfi, porque en aquellas obras de aguda y cálida observación, están asentados los orígenes emotivos y los móviles espirituales de «Pacífico-Atlántico» (1). Melfi se define en este libro, como el ensayista sin careta que tanta falta hacía en Latino América. Espléndidamente ubicado en los cómodos ángulos de una cultura que supera los límites de nuestra raza, recoge la verdad esquemática y revelante de tierras y hombres, sin otra vinculación personal con el objeto que el fervor humano, bien iluminado por una rara intuición y una leal inteligencia; fervor que aproxima y funde nacionalidades y pueblos. Mucho más que el deleite intelectual del mero ensayista, malabarista de las imágenes y de las ideas

(1) Ediciones «Atenea», Santiago 1934.

sutiles, guarda el último libro de Melfi. El pulso de una inteligencia ardiente y persuasiva es el que construye estas «notas de viaje» y las transforma en un cuerpo ideológico viviente, de trascendencia americana, en un paralelo de naciones sometidas a las influencias elementales y diversas del paisaje y a las convulsiones de su etnografía. Naturalmente, más allá de la segura interpretación de pueblos, de la perfecta valorización de tipos, de la conciencia un tanto escéptica con que señala nuestras posibilidades está el anhelo de coordinación, de aproximación de los valores americanos, en favor de la integridad de la tierra americana, en su cuerpo y alma. La oposición del paisaje pampero y de nuestra tierra altibaja, le hace meditar, en las características opuestas de las razas que habitan estas regiones de América. La visión de la pampa, inolvidable, le hace comprender de una vez toda la tragedia del gaucho, preso de la inmensidad de su tierra, su alma libre y afanosa de leyenda, soberbia y triste, fundamentalmente llana, despótica y soñadora. Una mirada atrás le basta para recoger en seguida, la tragedia del país cerril, sufrido, sinuoso y enérgico, cuya vida espiritual se recuesta en la encrucijada y en la acechanza. No creo que alguna vez se hayan escrito páginas más aceradas y sensibles, que estas en que el escritor, con el alma desnuda, abraza la verdad de nuestra vida, al influjo de la llanura soberana que lo acoge, iluminada por un sol inmóvil. «Era, pues, un mar vasto con un sentido inmóvil de perennidad. Un mar que hacía surgir su monotonía del seno de su misma grandeza, sin nada humano, sin nada que determinara en el espíritu, la posibilidad de la huella sobre la cual el hombre había dejado un resto de su minúscula personalidad». «Allí, sin embargo, vivía una raza». . . «En aquella planicie sin riberas, que cruzábamos, el hombre había recorrido vastas extensiones, señor de sí mismo, rebelde a toda ley, como devorado en su corazón por la soledad que no le permitía sino la aventura y el coraje. . .». Veamos ahora lo nuestro: «Pero, detrás de la cordillera andina había una tierra de montañas y de recodos. Las llanuras

eran estrechas como los tortuosos cajones de sus cordilleras. El hombre estaba en acecho siempre. No tenía poderosas sugerencias para echar a volar su fantasía, sino limitados claros entre los cerros y entre los ríos que ondulaban como las serpientes o que se precipitaban desde la altura en un ronco y turbulento clamor de espumas y de guijas. Las ciudades crecían a la sombra de los cerros o en las orillas de los ríos. Siempre una naturaleza opresora que estrechaba la visión o el alma entristecida del campesino. Por eso el cuerpo era nervioso y lento a un tiempo, con el recelo de la soledad poblada de fantasmas que había que sorprender en cualquier rincón de los cerros, de los bosques o de los matorrales».

Cada detalle que hiere su espíritu, estimula el proceso íntimo de elaboración en síntesis colectiva y da margen a la comparación severa y al estudio fundamental de los países por donde ha pasado, tomando como punto de arranque la imagen íntima de su país, que ahora, en la ausencia, se desenvuelve a sus ojos con extraordinario vigor y claridad, frente a la poderosa visión de los sucesivos panoramas que lo solicitan. El paisaje hidrográfico, lo nota que, como los cerros, da tanto carácter a una región y a un país, está captado con intensidad, en imágenes vitales, extractivas, cargadas de todas las fuerzas y de todos los jugos que el autor logra desentrañar de esta tierra todavía virgen: «El Paraná Guazú venía del corazón de América virgen. Su agua bronceada parecía llevar en su seno la disolución de todos los gérmenes prodigiosos de la selva, la trasudación de los metales ricos y codiciados, desde antiguo, la pujanza de las razas sombrías y errantes que se habían estrellado en los cañaverales de la orilla, asechando las primeras expediciones de los conquistadores». En seguida, al conjuro de la palabra clara y emocionada, se desenvuelve la extensión de nuestra tierra abrupta, estriada por los ríos de accidentado curso, turbulentos y sonoros. En cada telón, la nota racial, en un movimiento natural del pensamiento afinado, que identifica sin esfuerzo al hombre en el paisaje.

«El río tenía algo del alma encajonada del país. Algo de su diaphanidad simple y de su turbulencia airada, pero fugaz».

El espectáculo de la tierra uruguaya, la imponencia perfecta de su vieja capital, culta y exquisita, lo llevan en rápidos y certeros buceos, hacia los heroicos gestos de su formación histórica, que él resume en el duelo entre la llanura y la ciudad. Lucha en que habría de imponerse a la larga el más hábil, única razón de una civilización superior. Por desgracia, tras el triunfo,—y esta es, quizá, la observación, el pensamiento fundamental del libro, desde que señala el rumbo de la historia americana y el destino de las «razas abandonadas»,—tras el triunfo, la ciudad vencedora, olvidó las sugerencias formidables de la pampa y se encerró en sus lucubraciones brillantes y mistificadoras. Pocos escritores han logrado como Melfi, el relieve trágico que realmente tiene este hecho. Demás está decir que esta verdad tan bien interpretada alcanza a todos los pueblos de América, escepto Méjico. «Así crecieron estos países, así fueron entregados al caudillaje político de la ciudad, sin que éstas comprendieran jamás el espíritu de la tierra que se extendía detrás de las fortalezas y bastiones».

En armonía de contraste con el hombre libre y arrogante formado por la llanura, Melfi nos evoca en sucesivas páginas, el carácter de nuestro tipo, «el hombre del país de los cerros», con rasgos tan intensos y totales, que hemos pensado si acaso Melfi, sea quien nos dé algún día el libro de nuestro roto, la novela de la raza cerril y huraña que los escritores no han querido o no han podido escribir por «olvido de su tierra». Hay en esta parte del libro que comentamos imágenes y trazos que acusan la sensibilidad de un novelista. «Debajo de su poncho misérrimo y defendido del pedruzco de los caminos por la ojota de cuero, el hombre del país de los cerros, vagó a lo largo de sus sendas cruzando los desfiladeros sin saber qué había en su obscuro destino de abandonado». «La tierra había formado un hombre de repechadas. Pero no había formado un hombre de horizonte». «Hay una como voluntad de silencio, una como afanosa búsqueda de

abrigo en la escarpa filuda y en la ribera del río cantarino. El hombre está en acecho de posibilidades».

Libro éste de claras y profundas verdades, en que se vierte a caudales la observación y el juicio de un hombre que ha sabido mirar por encima de la pasión, de la maldad y del egoísmo, la realidad dispersa y turbia de nuestra América, hasta señalar en ella un sentido, una raigambre, que explica nuestros yerros y nuestros épicos aciertos. Libro sincero, recio y altivo sin énfasis, que debieran leer todos aquellos que aman a su raza, inútilmente, porque no la entienden, y todos lo que la desprecian porque no la merecen.—LAUTARO YANKAS.

ASTERISCOS

Con elementos muy simples Luis Durand ha escrito su primera novela en forma. Ha elegido un medio vulgar y unas almas grises. Pero ha logrado con uno y con otras, en las reacciones sentimentales o en las pequeñas pasiones de la aldea, efectos curiosos en que la observación justa se une a un estilo suelto, desenfadado a veces, simple y moviente. El autor que ha demostrado en otros aspectos—en el cuento, en algunos cuentos—un pulso firme para el vuelo, en esta novela de intento acaso—y he aquí para los curiosos un interesante problema de estética literaria—ha colocado su trepidación a tono con el ambiente y ha acompasado en semitonos su valorización novelesca. Es un triunfo. Y luego esa serie de reflexiones que suscita este drama obscuro, entre un maestro improvisado por la burocracia política y esta maestra, de viva presencia, bien articulada por la creación interna del autor. Son reflexiones un poco amargas. ¿Son así todos los maestros? ¿Así todas las maestras? ¿Así todos los hombres de una aldea? En general, la existencia en esos poblachos no es más que lentitud, monotonía, aplanamiento. Discurre entre los goces mínimos que franquea la aldea, entre las pequeñas pasiones, entre los chismes, entre las emboscadas.

Es la aldea típica, hacia la cual van y vuelven los novelistas y cuentistas nuestros, en su mayoría. En cada creación surgen ángulos distintos de observación, personajes diferenciados, aunque con un común aire de familia. La aldea los nivela hasta en sus arranques sentimentales. Durand tiene un tono singu-

lar en sus narraciones. Es suelto, natural, ondulante. No da la impresión de esfuerzo. No se piensa al leerlo en que ha debido luchar mucho para encontrar las expresiones justas o la nota oportuna. Mueve a sus personajes con gracia. Los hace hablar con una exactitud sorprendente. Hablan colocados en su medio, con la atmósfera de su medio. Lo cual es en gran parte el secreto del novelista. Identificación curiosa del autor con el ambiente. ¿Qué más se quiere? De pocas novelas chilenas puede decirse lo mismo.

* * *

¿No sería materia digna de estudio investigar si la crítica chilena ha cumplido fielmente su cometido? ¿Fue ella un estímulo o fue una negación de la función misma que estaba obligada a desempeñar? ¿Dijo las palabras oportunas en el momento en que debía decir las o se limitó a comentar con el criterio simplista de un ama de llaves? ¿Las historias literarias que se han escrito, los panoramas y otras cosas por el estilo, dieron un cuadro aproximado de nuestra evolución, de las manifestaciones del espíritu, de su marcha a través de las continuas transformaciones del alma chilena? ¿El crítico que periódicamente cuenta sus impresiones, procede acaso como ese señor citado por Anatole France, que para hacer crítica decía: «Señores voy a hablar de mí a propósito de Shakespeare, Moliere, Milton» o bien como el Zoilo que se pone a dar lecciones sin haber antes estudiado o sin antes haber creado nada? He aquí una parte de una serie de interrogaciones que iré formulando a medida de estos asteriscos. ¿No habrá alguien que quiera responder? Se habla mucho de los autores, se escribe mucho acerca de los novelistas. ¿No es hora ya de hablar de los que critican y del arte de hacer crítica?

* * *

Yo leí hace años una novela chilena de gran calidad. *El Zapato Chino*. ¿Qué se ha hecho esa novela? ¿Qué se ha hecho el autor? En *El Zapato Chino*, crítica aguda de un sistema, brioso análisis de una época, admirable documento de una falsa educación, que torcía y malograba en flor el alma de los niños, había un estilo y la garra de un verdadero novelista. Cayó sobre ella, como cae sobre los libros de verdad o de ataque a lo infectamente establecido, a lo que es costumbre y decadencia aceptada por la complicidad del medio, el silencio, ese espeso silencio que es como una persecución. Hay en ese libro unos toques balzacianos magníficos; una sobriedad que no parece nuestra y sobre todo un examen tan fino y a la vez tan mordaz de un determinado aspecto de la vida chilena—vida de periodismo y vida de colegio y vida de hogar—que bastaría todo eso para colocarlo entre los mejores que se han escrito en Chile. Su autor: Juan Barros. ¿De entre todos estos editores que han brotado no hay alguno que quiera intentar la reimpresión?—
OBERON.

NOTAS DEL MES

Premio literario "Atenea"

Con un almuerzo celebró, la Sociedad de Escritores de Chile, el día 12 de enero, el premio ATENEA correspondiente a 1933, otorgado a Ernesto Montenegro, por su libro *Cuentos de mi tío Ventura*. No tenemos para qué insistir en lo que significa esta recompensa que nuestra revista ha instituído para premiar el mejor libro literario de cada año. Se dijeron durante ese ágape las palabras que merecía el autor laureado por su labor literaria, ceñida y limpia. Periodista condenado a tratar todos los temas, viajero por Yanquilandia y otros países, regresó un día, después de largos años, a su patria y entró silencioso en su jardín. Y de allí van surgiendo los libros. Trabaja Montenegro con la conciencia de un buen creador. Por lo mismo que ha podido sentir de cerca la zarpa de la vida, tiene en la obra un acento inconfundible, en el que la amargura está encubierta por un suave velo de ironía. También hay en Montenegro una vigilancia continua de las emociones y de las ideas. Es claro y es hondo.

En el ágape a que nos referimos se dijeron también palabras muy cordiales sobre la labor de ATENEA y su influencia en la cultura chilena. Lo agradecemos. Pronunciaron discursos los señores, Fernando Santiván, Augusto d'Halmar, Ernesto Montenegro, el escritor argentino Ramón Doll, Januario Espinoza,

el escritor peruano Luis Alberto Sánchez y Manuel Eduardo Hübner.

Estuvieron presentes: Ernesto Montenegro, Marta Brunet, María Luisa Inza de Muñoz, Laura Agrella, Ramón Doll, Enrique Espinoza, Luis Alberto Sánchez, Augusto d'Halmar, Domingo Melfi, Januario Espinosa, Fernando Santiván, Jerónimo Lagos Lisboa, Alfonso Escudero, Luis Durand, José S. González Vera, Alberto Romero, Carlos Jorge Nascimento, Enrique Vergara, Ignacio Domeyko, Misael Correa, Laureano Rodrigo, Diego Muñoz, Guillermo Koenenkampf, Augusto Millán, Manuel Eduardo Hübner, Arturo Ossandón, Heriberto Horts, Wáshington Espejo y Oscar Cerutto.

Enviaron cordiales adhesiones: Embajador de España Rodrigo Soriano y señores Enrique Molina, Félix Armando Núñez, Arturo Meza Olva, Armando Donoso, Alfredo Guillermo Bravo, Mariano Latorre, Carlos Préndez, Ricardo Latcham, Edgardo Garrido Merino, Jorge Gustavo Silva, José M. Souviron, Milton Rossel, Jorge González Bastías, Julio Ortiz de Zárate.

Fué, sin duda, una nota interesante la presencia de algunos escritores extranjeros. Luis Alberto Sánchez, escritor e infatigable propagandista del APRA, desterrado por el gobierno autoritario de Benavides. La figura de Sánchez es sobrado conocida en Chile, en donde se le estima y se le considera como uno de los escritores peruanos de más enjundiosa calidad. Sánchez es uno de nuestros más asiduos colaboradores.

Ramón Doll, crítico argentino, autor de los libros «Policía intelectual» y «Liberalismo», dos contribuciones de importancia en el examen de la vida literaria argentina. Libros que han promovido ardientes y encontradas polémicas. Doll ha manifestado en sus escritos una independencia no siempre estimada en su justo valor. La revisión de algunos mitos de la historia de su patria, hecha con severidad, le ha acarreado no pocos contratiempos. Es un escritor interesante y muy personal.

Enrique Espinoza (Samuel Glugsberg), antiguo conocido

nuestro, goza también de generales simpatías entre nosotros. Ha escrito algunos libros como «Trinchera», críticas y ensayos, en que se advierte una vasta cultura y un decidido propósito de imparcialidad crítica, que le hace merecedor a muy justos elogios, y un bello libro de cuentos «Ruth y Noemí», en que la narración está ceñida por un fino matiz irónico. Espinoza dirigió el recordado periódico «La vida literaria» y hoy mantiene los cuadernos «Trapalanda», caracterizados por la selección y buen gusto de los trabajos que en ellos se insertan.

Oscar Cerutto, del que pronto daremos algunos trabajos en nuestra revista, es un escritor boliviano de la nueva generación, que también se encuentra entre nosotros. A todos ellos nuestra adhesión.

Libros recibidos

MARCOS VICTORIA.—*El viajero y los paisajes*.—Buenos Aires, 1934.

MARCOS VICTORIA.—*Un coloquio sobre Victoria Ocampo*.—Buenos Aires, 1934.

JORGE ICAZA.—*Huasipungo*.—Ecuador. Quito, 1934.

JOSÉ ANTONIO IRISARRI.—*Escritos polémicos*.—(Selección y notas de Ricardo Donoso).—Imprenta Universitaria. Santiago, 1934.

TRAPALANDA.—*Un colectivo porteño*.—Buenos Aires, 1934.

LUIS ARCE GALLO.—*Los naufragos*.—(Novela). Editorial Nascimento. Santiago, 1934.

AUGUSTO D'HALMAR.—*Capitanes sin barco*.—Editorial Ercilla. Santiago, 1934.

AUGUSTO D'HALMAR.—*Lo que no se ha dicho sobre la actual revolución española*.—Editorial Ercilla, 1934.

Indice del año 1934

Año XI de su publicación

A

	Tomo	Núm.	Pág.
ARGUEDAS, ALCIDES.—La muerte de José Asunción Silva.....	XXVI	106	188
AZCOAGA, ENRIQUE.—Ese ir y volver.....	XXVI	107	330
AZCOAGA, ENRIQUE.—William Faulkner.....	XXVII	117	600
ANDERSON, LOLA.—Un chileno traduce cuentos Norteamericanos. (Libros).....	XXVI	107	402
ALONE.—La revolución Rusa y la dictadura bolchevista, por Enrique Molina (Libros).....	XXVII	110	554
A. T.—La alcancía de cristal, por Rosa María Rojas Guerrero. (Libros).....	XXVII	110	364
A. T.—Mosko-Strom, por Rosa Arciniega. (Libros).....	XXVII	110	367
A. T.—La vida de Savonarola, por Ralph Roeder. (Libros).....	XXVII	112	649
A. T.—Camarada, apuntes de un hombre sin trabajo, por Humberto Salvador. (Libros).....	XXVII	109	169
A. T.—Una novela de Lavreneff. (Libros).....	XXVI	108	564
A. T.—Mapa de un corazón, poesía, por Rodrigo Rodríguez San Martín. (Libros).....	XXVI	105	88
A. T.—Una novela Alemana. (Libros).....	XXVI	107	395
A. T.—La jeune peinture Belge, por André de Ridder. (Libros).....	XXVI	107	398
A. T.—Les femmes peintres du Dixhuitieme siecle, por Ch. Oulmont. (Libros).....	XXVI	107	400
A. T.—Hacia la nueva moral..., por el Dr. Juan Marín. (Libros).....	XXVIII	114	308

	<u>Tomo</u>	<u>Núm.</u>	<u>Pág.</u>
A. T.—El Kollao, por Alejandro Peralta. (Libros).....	XXVIII	113	156
A. T.—Pascualita, por Andrés de Piedra-Bueno. (Libros).....	XXVIII	113	144
A. T.—Una obra sobre la situación en el Oriente. (Libros).....	XXVI	108	58
A. T.—Uno, Dos, Tres, por Alejandro Manco Campos. (Libros).....	XXVIII	113	145
B			
BINVIGNAT, FERNANDO.—Romance de la flor del duraznero. Canción de ensueño.....	XXVI	105	31
BUNSTER, ENRIQUE.—Historias para una tertulia de personas escépticas.....	XXVI	107	347
BRICE-PARAIN, M.—Un ensayo sobre la miseria humana.....	XXVIII	113	46
C			
CORONEL, RAFAEL.—Sancho Panza.....	XXVII	112	560
CORONEL, RAFAEL.—Publicaciones pedagógicas hechas en Valparaíso.....	XXVII	110	370
CURTIUS, E. R.—La restauración de la razón..	XXVI	107	253
CUADRA, PABLO ANTONIO.—¡Torturados!..	XXVIII	113	38
C. P. S.—Veinte poemas de Paysandú, por Manuel Benavente. (Libros).....	XXVI	105	92
C. P. S.—Vida, por Oliveira Ribeiro Nieto. (Libros).....	XXVI	105	93
C. P. S.—Pascualita, por Andrés de Piedra-Bueno. (Libros).....	XXVI	105	94
C. P. S.—Lírida, por C. Sabat Ercasty. (Libros)	XXVI	105	94
C. P. S.—El Kollao, por Alejandro Peralta. (Libros).....	XXVI	105	95
C. P. S.—Las letras Chilenas, por Domingo Amunátegui Solar. (Libros).....	XXVI	107	418
C. P. S.—El muelle, por A. Pareja Diez Canseco. (Libros).....	XXVI	108	560

	Tomo	Núm.	Pág.
C. P. S.—Mezclilla, por Francisco Sarquis (Libros).....	XXVI	105	86
C. P. S.—Don Goyo, por D. Aguilera Malta. (Libros).....	XXVI	105	87
C. P. S.—Ella, por Mercedes Pinto. (Libros)....	XXVI	108	561

CH

CHARLIN OJEDA, CARLOS.—Los isleños de «Te Pito Henúa»	XXVI	105	75
---	------	-----	----

D

D'HALMAR, AUGUSTO.—Un discurso de d'Halmar.....	XXVIII	113	163
DIEZ DE MEDINA, FERNANDO.—La Revolución Rusa y la dictadura Bolchevique	XXVII	111	509
DIEZ DE MEDINA, FERNANDO.—Tres libros de América	XXVI	105	35
DIAZ ARRIETA, HERNAN. (Alone).—Don Andrés	XXVIII	112	567
DAVILA SILVA RICARDO.—Portales	XXVII	111	440
D'HALMAR, AUGUSTO.—El castillo desmantelado y las huertas de Camacho	XXVII	109	76
DURAND, LUIS.—Alas sobre el mar, por Juan Marín. (Libros)	XXVII	111	512
DURAND, LUIS.—Pacífico Atlántico, por Domingo Melfi.....	XXVIII	114	300
D. M.—Yunga, por Enrique Gil Gilbert.....	XXVIII	106	240
D. M.—Una traducción de «La Vorágine».....	XXVI	108	572
DELANO, LUIS ENRIQUE.—Esquema de la poesía joven en Chile	XXVIII	113	24
DIEZ DE MEDINA, FERNANDO.—Versos de la Montaña.....	XXVIII	113	36

E

ENGLERT, SEBASTIAN P.—El finado don José Dolores Carrasco.....	XXVII	110	293
--	-------	-----	-----

	Tomo	Núm.	Pág.
EDWARDS, M. C. AGUSTIN.—La cuestión de la Plata. (Conferencia)	XXVII	109	100
EDWARDS M. C., AGUSTIN.—La cuestión de la Plata. (Continuación).....	XXVII	110	188
ESCUADERO, ALFONSO.—El que pudo haber sido nuestro mejor crítico, Eliodoro Astorquiza	XXVI	108	521
F			
FABRY, MAURICIO.—Omer Emeth y Dada. (Libros).....	XXVII	110	351
FELIU CRUZ, GUILLERMO.—Barrabás, precursor de la Independencia del Reino de Chile.....	XXVII	112	611
FRUGONI, EMILIO.—El canto de los desocupados	XXVI	105	42
G			
GALLEGOS, ROMULO.—Juan, el Veguero....	XXVI	108	473
GARCIA TELLO, DR. JOSE.—El V Congreso Nacional de Medicina Argentino.....	XXVII	112	628
GONZALEZ, MANUEL PEDRO.—Tres autores Americanos	XXVI	106	180
GONZALEZ, PEDRO MANUEL.—Motivos de Lirica Americana.....	XXVIII	114	184
G. K.—Minuto Muerto, por Gerardo Chiriboga. (Libros)	XXVII	110	360
G. K.—Romancero, por Daniel de la Vega. (Libros).....	XXVII	110	361
G. K.—Los poemas del amor perdido, por María Cristina Madrid. (Libros)	XXVII	112	664
G. K.—Romance de Tristán e Isolda, por Joseph Bedier. (Libros)	XXVIII	113	142
H			
HERSOG, ERNESTO.—Un centro de los científicos de todos los países en Berlín.....	XXVIII	113	98

	<u>Tomo</u>	<u>Núm.</u>	<u>Pág.</u>
HUXLEY ALDOUS.—Revisando a Esopo.....	XXVII	110	247
HEISE GONZALEZ, JULIO.—Werner Sombart y la historia del capitalismo.....	XXVI	105	49
HERRERA SILVA, JORGE... Bar Floreal	XXVII	112	588
HEDERRA, C. FRANCISCO.—Un hombre....	XXVI	107	310

I

IGLESIAS, AUGUSTO.—Semblanzas literarias de la colonia de E. Solar Correa (Libros)....	XXVII	106	228
---	-------	-----	-----

J

J. L. L.—Aguas Passadas, por Lamartine F. Méndez. (Libros).....	XXVIII	113	155
JAMMES, FRANCIS.—Oración para ir al paraíso con los asnos.....	XXVI	106	186
J. L. L.—Alamos nuevos, por Carlos Préndez Sal- días. (Libros)	XXVII	112	662
J. M. S.—Obras desconocidas de Rubén Darío (Libros)	XXVII	111	514
JOAN DE SELVAS.—Señales.....	XXVI	108	545
JOAN SELVAS.—Señales	XXVII	109	147
JOAN SELVAS.—Señales	XXVII	110	336
JOAN SELVAS.—Señales	XXVII	111	494
JOAN SELVAS.—Señales	XXVII	112	633
JOAN SELVAS.—Señales	XXVIII	113	103
JOAN SELVAS.—Señales	XXVIII	114	288

K

KOHNENKAMPF, GUILLERMO. — Historia amarilla	XXVII	109	42
KOHNENKAMPF, GUILLERMO.—La revolu- ción Rusa y la dictadura Bolchevique, por En- rique Molina. (Libros)	XXVII	111	517

L

	Tomo	Núm.	Pág.
LABARCA, EUGENIO.—Luis XV, y la Dubarry	XXVI	105	67
LABARCA, EUGENIO.—Delmira Agustini	XXVII	110	306
LATCHAM, RICARDO A.—Llampo brujo, por Sady Zañartu.	XXVII	106	235
LILLO, VICTORIANO.—Un nuevo símbolo del pensador	XXVI	106	199
LATORRE, MARIANO.—Karl Vossler y Lope de Vega. (Libros).	XXVII	109	157
LAGO, TOMAS.—Hijuna., por Carlos Sepúlve- da Leiton. (Libros)	XXVI	108	556
LAGOS LISBOA, J.—Eter	XXVII	110	229
L. D.—Santiago, calles viejas, por Sady Zañartu. (Libros)	XXVII	111	510
LHOTE, ANDRE.—Acerca de la materia pictó- rica	XXVIII	114	282

M

MAUROIS, ANDRE.—Introducción al método de Paul Valery	XXVI	108	482
MOLINA, ENRIQUE.—La Universidad de Con- cepción.	XXVI	106	107
MOLINA, ENRIQUE.—Complejidades del alma Rusa.	XXVI	107	264
MOLINA, ENRIQUE.—Intercambio cultural entre las Universidades de América	XXVII	111	381
MELFI, DOMINGO.—En las riberas del Paraná- Guazú (I)	XXVI	105	1
MELFI, DOMINGO.—En las riberas del Paraná- Guazú (II)	XXVI	106	124
MELFI, DOMINGO.—En las riberas del Paraná- Guazú (III)	XXVI	107	286
MELFI, DOMINGO.—Portales, por Francisco A. Encina. (Libros)	XXVI	107	408

	<u>Tomo</u>	<u>Núm.</u>	<u>Pág.</u>
MELFI, D.—Duque, novela por J. Diez Canseco. (Libros)	XXVI	108	574
MELFI, D.—Estructurando la medicina del futuro, por el Dr. García Tello. (Libros).....	XXVII	109	173
MELFI, D.—Mujeres de la historia Americana, por Héctor Pedro Blomberg. (Libros)	XXVII	110	373
MELFI, D.—La leyenda patria por Alberto Guillén. (Libros)	XXVII	109	167
MELFI, D.—Las letras Chilenas, por Domingo Amunátegui Solar. (Libros)	XXVII	109	162
MELFI, D.—El alma italiana por el Conde Sforza. (Libros).....	XXVII	111	504
MELFI, D.—Reflexiones sobre las novela Americana. (Libros)	XXVII	112	643
MELFI, D.—La estrella sobre los mástiles, por E. Rodríguez Mendoza. (Libros).....	XXVIII	113	111
MELFI, D.—Hacia la luz, por Blanca Luz Brum. (Libros)	XXVIII	114	297
MELFI, D.—Las dos fundaciones de Buenos Aires, por Enrique Larreta. (Libros).....	XXVIII	112	656
MELFI, D.—Los fusilados por Cipriano Campos. (Libros)	XXVIII	112	666
MONTENEGRO, ERNESTO.—Apreciación de d'Halmar.....	XXVII	109	1
MONTENEGRO, ERNESTO.—Misterio y Superchería.....	XXVIII	113	118
MARCO.—América, Novela sin Novelistas, por Luis Alberto Sánchez. (Libros)	XXVI	105	97

N

NUÑEZ, FELIX ARMANDO.—Claves de asombro.....	XXVI	107	281
NUÑEZ, FELIX ARMANDO.—Academia.....	XXVII	111	391
NUÑEZ, FELIX ARMANDO.—Regreso intemporal.....	XXVIII	114	227
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Memoria del Director del Instituto de Fisiología de la Universidad de Concepción por el año 1933	XXVI	107	378

	Tomo	Núm.	Pág.
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Memoria presentada por el Directorio de la Universidad de Concepción, correspondiente al año 1933	XXVII	109	130
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Memoria presentada por el Directorio de la Universidad de Concepción, correspondiente al año 1933.	XXVII	110	321
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Memoria presentada por el Directorio de la Universidad de Concepción, correspondiente al año 1933.	XXVII	111	482

O

ORREGO VICUÑA, EUGENIO.—Bello y Bolívar.	XXVIII	113	5
ORREGO VICUÑA, EUGENIO.—Prenociones para el estudio de la historia constitucional de la República Argentina y otros trabajos por Emilio Ravignani. (Libros)	XXVIII	114	304
OSORIO, LUIS ENRIQUE.—El Conde de Kayserling y su libro sobre Sud América.	XXVI	108	433
OYARZUN, AURELIANO DR.—Historia del desarrollo de la Anatomía Patológica en Chile	XXVI	108	459
OROZ, RODOLFO.—El problema de las lenguas universales.	XXVII	112	526
OBERON.—Asteriscos	XXVII	110	349
OBERON.—Asteriscos	XXVII	111	519
OBERON.—Asteriscos	XXVII	112	670
OBERON.—Asteriscos	XXVIII	113	161
OBERON.—Asteriscos	XXVIII	114	316

P

PRADO, PEDRO.—Camino de las horas.	XXVII	111	418
PICON-SALAS, MARIANO.—El intelectual y la humana discordia	XXVII	111	408
PEREIRA, CARLOS.—Gerontofobia y efebocracia.	XXVIII	113	55
PRENDEZ SALDIAS, CARLOS.—Alamos nuevos	XXVI	107	342

	<u>Tomo</u>	<u>Núm.</u>	<u>Pág.</u>
PERRY, DAVID.—Luis Durand y su novela <i>Piedra Que Rueda</i> . (Libros)	XXVII	112	646
Puntos de vista	XXVII	110	183
Puntos de vista	XXVII	111	379
Puntos de vista	XXVII	112	523
Puntos de vista	XXVIII	113	1
Puntos de vista	XXVIII	114	169
PETIT MAGDALENA.—Del arte en la crítica	XXVI	106	210
Premios Literarios.....	XXVI	106	223
Premios Literarios. Vera Rústica de Jorge González Bastías	XXVI	107	393

R

ROKHA, PABLO D.—Arquitectura de la vida dispersa.....	XXVI	106	206
REYES, CHELA.—Otoño.....	XXVI	108	514
RODRIGUEZ MENDOZA, E.—Oro de Indias..	XXVII	111	423
ROJAS, MANUEL.—Reflexiones sobre literatura Chilena	XXVII	112	547
ROSSEL, MILTON.—Cicerón, por Alejandro Vicuña. (Libros)	XXVI	105	102
ROSSEL, MILTON.—El misticismo revolucionario y los nuevos mitos	XXVI	106	46
ROSSEL, MILTON.—Dos libros sobre Alemania, por André Germain. (Libros).....	XXVI	106	249
ROSSEL, MILTON.—Hijuna...., por Carlos Sepúlveda Leyton. (Libros),	XXVI	107	425
ROSSEL, MILTON.—El hombre en la montaña, por Edgardo Garrido Merino. (Libros)	XXVI	108	562
ROSSEL, MILTON.—La vida de Saint Just., por Emmanuel Aegerter. (Libros).....	XXVII	111	506
ROSSEL, MILTON.—La vida amorosa de Baudelaire, por Camille Mauclair. (Libros)	XXVIII	114	313
ROSSEL, MILTON.—Romain Rolland, por Stefan Zweig. (Libros)	XXVIII	113	152

S

	Tomo	Núm.	Pág.
SACHS, MAURICE.—Contra los pintores de hoy día	XXVIII	113	76
SBARSKY, B. DR.—El estado actual y el desenvolvimiento de la alimentación colectiva en U. R. S. S.	XXVI	105	16
SHATZKY BORIS, PROF.—La Rusia soviética y la Sociedad de las Naciones	XXVIII	114	248
SANCHEZ, LUIS A.—Esquema de la cultura indo-americana	XXVI	107	322
SANCHEZ, LUIS ALBERTO.—Una ventana más sobre América	XXVIII	114	174
SEPULVEDA LEYTON, CARLOS.—La Fábrica	XXVIII	114	233
SILVA, JORGE GUSTAVO.—El trabajo impedido y el impedimento del trabajo	XXVII	110	258
SOUVIRON, JOSE M.—¿Quiere ser Ud. escritor?	XXVI	107	368
SOUVIRON, JOSE M.—Dos nuevos envíos de Alfonso Reyes	XXVII	110	405
SOUVIRON, JOSE M.—Los derechos de Autor y el porvenir del libro Chileno	XXVII	112	659
SOUVIRON, JOSE M.—Panorama en postales . .	XXVIII	113	113

T

TORRES RIOSECO, ARTURO.—Ricardo Jaimés Freire, Francisco Contreras y Vargas Vila	XXVI	105	56
TORRES RIOSECO, ARTURO.—El modernismo y la vanguardia en Inglés	XXVI	106	245
TORRES RIOSECO, ARTURO.—«Rubaiyat» de Omar Khayyam	XXVI	109	20
TORRES RIOSECO, ARTURO.—El caso de Edgar Allan Poe, en la literatura Americana	XXVII	111	398
TORRES RIOSECO, ARTURO.—Recuerdo de Raimundo Echeverría y Larrazabal	XXVIII	114	277

U

	<u>Tome</u>	<u>Núm.</u>	<u>Pág.</u>
URIBE-ECHEVARRIA, JUAN.—En la barca de Ulises, por Miguel Luis Rocuant. (Libros) . . .	XXVI	106	243
URIBE-ECHEVARRIA, JUAN.—La mujer que soñó un hijo, por Filomena Cervantes de Mujica. (Libros).....	XXVI	106	238
URIBE-ECHEVARRIA, JUAN.—Políticos y filósofos	XXVI	107	353
URIBE-ECHEVARRIA, JUAN.—Antología de poetas españoles.....	XXVI	107	421
URIBE-ECHEVARRIA, JUAN.—Alberto Rojas Giménez.....	XXVI	107	428
URIBE-ECHEVARRIA, JUAN.—Cartucho, por Nellie Campobello. (Libros).....	XXVI	108	577
URIBE-ECHEVARRIA, JUAN.—Su venganza, por J. M. Puig Casauranc. (Libros)	XXVII	109	176
URIBE-ECHEVARRIA, JUAN.—Registro de huéspedes, por Mariano Picón-Salas. (Libros).	XXVII	109	178
URDUETA, SANCHO.—«Canta Claro» el nuevo Libro de Rómulo Gallegos.....	XXVII	109	62

V

VICUÑA, ALEJANDRO.—La muerte del Magnífico	XXVII	110	233
VICUÑA, OSVALDO.—Anatole France y Madame Caillavet	XXVIII	113	65
VILLAURRUTIA, XAVIER.—Nocturnos	XXVI	106	143

W

WAPNIR, SALOMON.—Ramón Subirats	XXVII	109	69
---------------------------------------	-------	-----	----

Y

YAÑEZ BRAVO, CARLOS.—El centenario de Darwin en Chile	XXVI	106	167
---	------	-----	-----

	<u>Tomo</u>	<u>Núm.</u>	<u>Pág.</u>
YANKAS, LAUTARO.—Vendimia	XXVI	106	154
YANKAS, LAUTARO.—Esquema de Luis Durand.....	XXVI	108	516

Z

ZAÑARTU, SADY.—La atrapadora de luz....	XXVI	105	45
ZAÑARTU, SADY.—El vagabundo del espejo. .	XXVII	109	86



NOTA.— Se encuentra ya en prensa el INDICE GENERAL de ATENEA de los números 1 al 100 que hemos anunciado, y que aparecerá en un volumen aparte en la primera quincena de Marzo próximo.